
Una
ESPOSA CON
fecha de
VENCIMIENTO
D.A. LEMOYNE
SEDUCCIÓN SICILIANA - LIVRO 2

Table of Contents

Sinopsis

Nota de la Autora

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Epílogo 1
Epílogo 2
Bônus - Lucca Parisi Trovato
Bônus - Lucca Parisi Trovato
Palabras de la Autora
Sobre la Autora

D. A. LEMOYNE
Copyright © 2025

Otras obras de la autora D. A. Lemoyne

La Obsesión del Magnate Griego: Una brecha de edad y un romance de segunda oportunidad (La Familia Lykaios nº 1)

El amor que el siciliano rechazó

Una esposa con fecha de vencimiento

Una farsa que siempre fue amor **(Siguiente)**

El padre de mi hijo es el amor de mi vida **(Siguiente)**

Devoción siciliana: protegida por el **(Siguiente)**

Una Navidad con el pecador **(Siguiente)**

La Hija que esconde al siciliano **(Siguiente)**



Página de la autora en Amazon con una lista de todos sus libros

—¿Qué harías si te dijera que quiero irme ahora mismo? Ya tienes lo que querías: herederos. Voy a cuidar bien a nuestros hijos.
—No me preocupan los bebés. Olvídate del maldito contrato. Podemos ampliarlo, reescribirlo o romperlo, pero si intentas irte, vas a tener que enfrentar un infierno, porque tú eres mía.
Carmine y Lexi
(Una esposa con fecha de vencimiento)

D. A. LEMOYNE

dalemoynewriter@gmail.com

Derechos de autor © 2025 **D. A. LEMOYNE**

dalemoynewriter@gmail.com

Derechos de autor © 2024

Título original: *Uma Esposa com Prazo Final*

Una Esposa con fecha de Vencimiento

Primera edición 2024

Carolina del Norte - EE. UU.ma E

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ninguna persona, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la legislación vigente en materia de derechos de autor.

Nombre de la autora: D. A. Lemoyne
Traducción: Natacha Baraldi
Traducción: Matías San Miguel
Lector Beta: C. Freitas
Diseño de portada: L. A. Designer Editorial
Ilustraciones: Mery Ribeiro
Imágenes: Adobe Stock, DepositPhotos y Freepik
ISBN: 978-65-00-99982-2

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, negocios, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Independientemente de si se asemejan a personas reales, vivas o muertas, los eventos son pura coincidencia.

Índice

Sinopsis
Nota de la Autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Epílogo 1
Epílogo 2
Bônus - Lucca Parisi Trovato
Palabras de la Autora
Sobre la Autora

SINOPSIS

Aviso: puede contener desencadenantes.

Aviso: Esta obra consta de un solo volumen. Los siguientes libros de esta serie pueden leerse por separado, pero es probable que contengan spoilers de los anteriores.

Carmine Parisi Trovato, magnate siciliano y primogénito de cinco hermanos, es un hombre que organiza cada detalle de su vida con anticipación.

Pragmático, planea buscar en un futuro cercano una esposa por conveniencia que le dé un heredero. La idea es mantener una relación con un plazo definido y dejando claro que los sentimientos no formarán parte del acuerdo.

Lexi Ciambra McGhee trabaja en una biblioteca y proviene de una familia ítalo-estadounidense arruinada. Apasionada por los libros, la joven, que estudió toda su vida en un colegio de monjas, se siente acorralada.

Su padre, un hombre cruel, la chantajea para que se case con alguien tres veces mayor que ella.

Obligar al prometido a romper el compromiso es su única salida, y por eso, Lexi elabora un plan que culminará en un escándalo épico dentro de la alta sociedad siciliana, atándola a un multimillonario poderoso, sexy y frío... para siempre.

Para quienes creen en el poder del destino y en la fuerza de un amor sin límites. Espero que cada página de esta obra les caliente el corazón.

Gracias por acompañarme en otro viaje rumbo a Sicilia. ¡Grazie mille![1]

Carolina del Norte, 2025.

NOTA DE LA AUTORA

Una Esposa con fecha de Vencimiento, libro 2 de la serie **Seducción Siciliana**, contará la historia de Carmine Parisi Trovato y Lexi Ciambra McGhee.

Él ya es conocido por los lectores, pues fue presentado en el libro **"Un Amor Inesperado para el Viudo Siciliano"**, de la serie Encanto Italiano, y también en ***"El Amor que el Siciliano Rechazó"***, que es el primer libro de esta saga. Lexi, por su parte, es un personaje nuevo.

Carmine es el primogénito de los Parisi Trovato y, como sus hermanos, valora profundamente a su familia, aunque no cree en los "felices para siempre".

Lexi es una joven criada por padres frívolos, que ven a las personas como simples piezas en un juego para obtener beneficios.

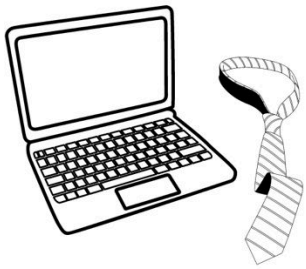
Cuando su familia cae en bancarrota, sus padres la chantajean para que se case con un hombre mucho mayor que ella, o perderá a la persona que más ama en el mundo: su abuela.

Y así, nuestra heroína, aliada con dos amigas tan alocadas como ella, idea un plan en el que terminará encontrando al amor de su vida.

Espero que amen este libro tanto como yo disfruté escribirlo.

Les mando un cariñoso beso y les deseo una feliz lectura.

D. A. Lemoyne



Lexi



Prólogo

Bostón
En el pasado

Por unos segundos, viajo con la abuela al pasado.

Si cierro los ojos, siento en cada célula de mi cuerpo lo que ella está narrando.

La música, las risas, la gente bailando en el salón durante su fiesta de quince.

Cuando mi abuela tiene uno de esos “días de recuerdos”, en los que su memoria regresa por completo y logra recordar cada detalle de su juventud, es como “escuchar” un libro de una historia real, especialmente cuando llega a la parte en la que conoció al abuelo.

Mi mamá dice que soy un alma vieja, porque me encanta hablar con mi abuela. Tal vez sea cierto o, tal vez, sea el hecho de que ella, incluso con la enfermedad, siempre me prestó más atención y me dio más amor que mis dos padres juntos.

Cada pequeño recuerdo que tengo de mi infancia es con ella a mi lado.

Los paseos en el parque, cuando aprendí a andar en bicicleta, a saltar la cuerda y, sobre todo, el mayor de todos los regalos que pudo haberme dado: el amor por la lectura.

Miro el reloj en mi muñeca y siento ganas de llorar, porque sé que no nos queda mucho tiempo. En más o menos media hora, el chofer vendrá

a recogerme y pronto estaré en un avión rumbo al internado en Suiza.

—Y entonces, él me tomó de la mano, me miró a los ojos y dijo que yo era la chica más bonita que había visto —sigue narrando la noche en que conoció al abuelo—. Te lo juro, Lexi, el amor a primera vista sí existe, y si tienes la suerte o la desgracia de que el cupido te atraviese como me atravesó a mí, estarás perdida para todos los demás hombres.

Sonrío y no dudo de lo que está diciendo. De lo que recuerdo de ellos, eran la pareja más enamorada que haya existido.

Tomo su manito delgada y le doy un beso en la palma.

No me gusta dejarla con mis padres. Como mi abuela tiene Alzheimer[2], ellos la ignoran, como si fuera un mueble en desuso. No se preocupan por hablarle ni por prestarle atención. Estoy segura de que la enfermera que la cuida desde hace años la quiere más que mamá, que es su hija.

—Tengo que irme. ¿Vas a estar bien? Prometo que volveré en el próximo feriado.

Ella me mira en silencio, y sé exactamente en qué momento se desconectó de mí.

—¿Quién eres tú, la nueva enfermera?

Me levanto y le doy un beso en la frente.

—Soy tu nieta, doña Leonitina Ciambra, y también la persona que más te ama en el mundo.



Lexi



Capítulo 1

Sicilia

En la actualidad

Sonrío al ver a una pareja besándose entre dos pasillos de libros.

¿De verdad creen que están escondidos? Aunque no fuera parte de mi trabajo pasar el día vigilando las obras raras, ¿acaso no saben que hay cámaras por casi todos lados aquí?

Por lo que averigüé gracias a mi jefa, no siempre fue así, pero hace como dos años intentaron robar esta biblioteca, que se mantiene con fondos públicos pero también recibe muchas donaciones.

Cuando recibieron como regalo un lote de primeras ediciones de clásicos de la literatura mundial (cada una valiendo una pequeña fortuna), eso atrajo la atención de gente con malas intenciones.

Hubo un intento de robo y, por eso, el gobierno decidió instalar cámaras por casi todo el lugar. Son pocos los rincones a los que no llegan, puntos estratégicos que solo el personal conoce.

Los libros se extienden por estanterías que parecen alargarse hasta el infinito, como soldados alineados esperando una orden, aunque sus generales (los lectores) son amables. O al menos yo lo soy.

Me siento como una niña en una tienda de dulces sin saber qué elegir primero. Todos mis descansos para almorzar los paso leyendo.

El haber estado encerrada en un colegio de monjas no me impidió soñar. Siempre fui capaz de dejar volar mi imaginación gracias a los

libros que leía.

Suspiro de pura felicidad, a pesar del caos en el que está sumida mi vida en este preciso momento, y miro a mi alrededor sin poder creer que conseguí mi primer empleo, y justo haciendo algo que amo: estar entre libros.

En la inmensidad casi silenciosa de la biblioteca, consigo olvidar mis problemas, al menos mientras estoy trabajando.

Recuerdo la conversación que tuve con mi madre el día que le conté que había conseguido trabajo.

Por lo menos no es algo tan vulgar como ser vendedora. Ser bibliotecaria tiene cierto encanto, te hará parecer culta, aunque yo creo que tener que trabajar para ganar dinero es algo de muy mal gusto.

No sirve de nada explicarle que no soy bibliotecaria, porque no estudié una carrera para eso. La verdad es que a mi madre no le importa lo que haga, mientras no moleste a mi padre, lo cual significa que, para ella, yo debería convertirme en una versión más joven de ella misma.

Me recuesto en una de las estanterías y cierro los ojos, intentando calmarme, porque pensar en lo desconectada que está mi madre de la realidad siempre saca lo peor de mí.

Mucha gente puede equivocarse conmigo, creyendo que el hecho de haber pasado casi toda mi vida en un colegio de monjas me volvió una persona alienada.

Primero, fui a un colegio de monjas porque no tuve opción. Era menor de edad, y si mis padres querían enviarme a estudiar a Suiza o a la luna, podían hacerlo.

Segundo, aunque amo a mi abuela por sobre todas las cosas, el haberme mantenido alejada de mis padres me ayudó a no volverme loca.

No es solo que mi padre sea un déspota, mi madre también parece sentirse cómoda en el papel de reina mimada que agacha la cabeza ante todo lo que él dice.

Nunca voy a entender cómo pudo ser criada por mi abuela. Ella vive en una realidad paralela, en la que el mundo es un cuento de hadas donde la casa en la que vives, la ropa que llevas puesta y la comida en la mesa simplemente aparecen, sin que nadie tenga que luchar por nada.

Lamentablemente, aunque mi lado soñador adore vivir dentro de las historias que leo, imaginándome en el lugar de la heroína, nuestra situación actual roza la desesperación más absoluta.

En un par de meses, entendí muy bien el significado de la palabra "lucha".

Salí de la comodidad y seguridad de Suiza para enfrentar la dura realidad que ahora sé que mi padre intentó ocultarme durante años: estamos completamente en bancarrota.

Aunque él no me deja acercarme a sus negocios, sé que la enfermera que cuida de mi abuela, y que también se convirtió en una gran amiga, no recibe su salario desde hace tiempo. Si sigue en casa es porque, además de necesitar un lugar donde vivir, le tomó cariño a la abuela como si fuera familia de sangre.

Estoy segura de que mi madre ni siquiera se ha dado cuenta de que las frutas de mi abuela ya no llegan cada semana, y si ella todavía las tiene, es porque yo las compro con mi salario. El haberme ofrecido como voluntaria en la biblioteca del colegio suizo fue muy útil, porque

aprendí mucho sobre este trabajo. Aunque la tarea que hago aquí sea más bien como “vigilante”, para asegurarme de que los estudiantes y visitantes no maltraten los libros, me hace muy feliz que mi sustento venga de estar entre mis “mejores amigos”.

Obligándome a volver a la realidad, continúo mi ronda por los pasillos y escucho la madera del piso antiguo crujir bajo mis pasos.

Siento el celular vibrar en el bolsillo y camino hacia el baño tan pronto veo quién es.

Constance, la novicia que conocí en mi último año en Suiza y que se convirtió en mi mejor amiga, junto con Romy, la enfermera de mi abuela.

—¿Cómo lograste escaparte para llamarme? —pregunto en lugar de saludarla, mientras una sonrisa se extiende en mi rostro.

El colegio donde estudié, aunque era de monjas, no era tan estricto. Incluso era moderno para el tipo de gente que atiende, porque la intención de los padres al dejar a sus hijas allí es prepararlas para buenos matrimonios, como perfectas futuras esposas, y para eso, además de aprender todas las reglas de etiqueta dignas de la realeza, también necesitábamos conocer al menos un poco del mundo real.

La mayoría de mis compañeras del colegio parecían robots con las mismas ideas, soñando con una casa, una valla blanca y un jardín (cuidado por jardineros, claro, porque ninguna se ensuciaría las uñas con algo tan indigno), un marido que gane por lo menos siete cifras al año y, al final, herederos.

Yo siempre fui la excepción, porque mis planes eran estudiar y volverme especialista en primeras ediciones[3].

También quiero una familia, claro. Sueño con un gran amor, como el que tuvo mi abuela, pero deseo, además de eso, una carrera.

Debí haber sospechado algo cuando, incluso después de cumplir dieciocho años, mi padre dijo que podía seguir estudiando los dos primeros años de la universidad, que no era más que un internado y una extensión del mismo colegio, solo para mujeres. Pero nada me preparó para la pesadilla que me esperaba al llegar a casa después de ese tiempo. Lo que se suponía que serían unas vacaciones se convirtió en mi salida definitiva del lugar que fue mi hogar durante casi toda mi adolescencia, y el inicio de la vida adulta.

Hubiera amado volver a casa para estar cerca de mi abuela, si no fuera porque él anunció, de la nada, que nos mudaríamos aquí a Sicilia, la tierra natal de mi madre y mi abuela, y que tendría que dejar los estudios porque estaba completamente arruinado.

Pero solo cuando llegué a Palermo me di cuenta de la gravedad del agujero en el que nuestra familia cayó. No es que estemos en bancarrota: estamos a un paso de pasar hambre, y si no fuera por mi trabajo, ni siquiera tendríamos dinero para los medicamentos de mi abuela.

—*Todavía no soy monja* —responde ella finalmente—. *Las reglas para mí son mucho más flexibles.*

—Si es verdad, ven a verme.

—*Voy a intentarlo. No estoy segura de poder.*

—¿Nunca vas a contarme por qué decidiste volverte novicia, Constance?

—*Tal vez tengo vocación.*

—Perdona si no lo creo. No te ofendas, tienes un corazón de oro, pero creo que estás ahí por obligación.

Como siempre que saco el tema, ella se escapa diciendo:

—*Estoy aquí porque quiero. ¿Cómo están las cosas por allá?*

—Creo que mi padre está tramando algo.

—*¿Qué?*

—Está siendo demasiado amable, y eso no es propio de él. Mi padre no tiene corazón en el pecho, pero ha estado actuando como si le importara mi bienestar y mi felicidad.

—*Tal vez haya cambiado.*

—Lo dudo, sobre todo porque ese cambio es solo conmigo. Sigue siendo un cretino con mi abuela.

—*¿Qué crees que está pasando?*

—No tengo la menor idea, pero en cuanto lo descubra, te lo cuento. Mientras tanto, intenta venir a verme. Puedes quedarte en mi casa.

—*Voy a hacer lo posible. Muero de ganas de verte. ¿Tu abuela está bien?*

—Sí, la mayor parte del tiempo está bien, pero hay días malos también.

—*¿Y quién no los tiene?*

—¿Constance?

—*Sí.*

—Nuestra amistad no es de una sola vía. Puedes contar conmigo para lo que necesites.

—*Lo sé.*

—¿De verdad lo sabes?

—*Sí, pero todavía no estoy lista para abrirme.*



Lexi



Capítulo 2

—¿Cómo pasó el día? —pregunto a Romy al llegar a casa.

—Bien… A veces me acusaba de dejarla con hambre, a veces recordaba el pasado y en muchos otros momentos, totalmente desconectada.

Ya me acostumbré a que acuse a Romy de dejarla con hambre. La abuela olvida que ya comió, pero la mayor parte del tiempo adora a la enfermera.

Aun así, siento el corazón apretarse en el pecho al ver a mi abuela tan frágil.

Todos mis mejores recuerdos de la infancia fueron junto a ella. Éramos como dos mitades complementarias. Opuestos perfectos.

Ella me enseñó a aventurarme al aire libre, en contra del deseo de mis padres, que querían convertirme en una princesa, o mejor dicho, una muñeca, tal vez esa sea una definición más precisa.

Alguien sin voluntad ni opinión.

Por mala suerte de ellos, doña Leonitina siempre estuvo presente en mi vida. Mi abuela creía firmemente que la ropa impecable y el cabello perfectamente peinado no generaban buenos recuerdos.

Por mi parte, yo le enseñé a usar el celular y algunas redes sociales antes de que apareciera la enfermedad.

Poco a poco, sin embargo, el Alzheimer comenzó a dar señales.

Pérdida de memoria, como aquella vez en que olvidó mi cumpleaños y pasó tres días llorando por eso. Luego vinieron las dificultades para

realizar tareas diarias, como bañarse. Pero lo que de verdad me asustó fue cuando empezaron los primeros problemas de lenguaje.

Quería decir *lámpara* y decía *alfombra*, y la primera vez que ocurrió, me asusté muchísimo. Fui yo quien notó todo, juntó los síntomas y exigió que mi madre la llevara al médico.

En ese entonces no había problemas de dinero, así que busqué al mejor especialista y le pedí a mamá que agendara la consulta, porque yo aún era muy joven para hacerlo. Pero nada en nuestra familia es gratis, y tuve que aceptar, a cambio, pasar las vacaciones de verano en casa de una familia siciliana amiga de ellos, lo cual fue bastante extraño.

Al principio, pensé que querían que conociera al hijo menor de esos amigos. Aunque en ese momento yo tenía apenas quince años y él veinticinco, mis padres siguen viviendo mentalmente en la Edad Media y creen en matrimonios arreglados.

Bueno, creo que mi padre cree en eso, y mi madre simplemente no le importa.

De todos modos, cuando terminaron las dos semanas de vacaciones y no pasó nada, por primera vez pensé que tal vez los había juzgado mal.

A mi favor, debo decir que esas vacaciones aquí en Sicilia fueron lo más inesperado del mundo para mí.

Aunque soy mitad siciliana, papá nunca quiso que lo recordáramos, tratando a la familia de mamá, que se limita a mi abuela y algunos parientes tan lejanos que jamás los vemos, como si fueran una especie inferior. Eso me hace preguntarme hasta hoy por qué decidió mudarse aquí.

—¿En qué estás pensando?

—Mi papá está actuando raro.

Ella sonríe sin decir nada, pero Romy es muy transparente y puedo leer en su rostro lo que no expresa con palabras: no *está raro*, él *es raro*.

—Si quieres entrar a verla…

—¿Sigue despierta?

—Sí, acabo de hacerle una trenza.

—Entonces voy a subir rápido. Mis padres dijeron que necesitan hablar conmigo.

—¿No dijeron por qué?

—No. Espero que no estén pensando en pedirme dinero prestado —digo, bromeando, aunque en el fondo siento una presión en el pecho, fruto de la ansiedad. Estoy en la cuerda floja. Si los medicamentos de mi abuela suben apenas un poco, no podré pagarlos.

Claro, mi padre ni quiere oír hablar de vender uno de sus relojes de oro, igual que mi madre ni piensa en desprenderse de sus joyas. Ambos dicen que sería "indigno" ponerlas en el mercado y que *¿qué va a pensar la alta sociedad si se entera de que estamos vendiendo todo?*

Yo no tengo orgullo y ya vendí todas mis joyas sin que ellos lo supieran. Ese es el dinero que uso como fondo de emergencia cuando surge algo inesperado, como aquella vez que abuela tuvo que ir a un médico extra por una caída hace dos semanas.

Es casi ridículo que hablen de "lo que va a pensar la alta sociedad si saben que estamos vendiéndolo todo".

Convenientemente olvidan que salió en todos los periódicos del mundo que su empresa quebró y que no les quedó casi nada más que sus bienes personales, lo que significa que probablemente cada alma en este planeta ya sabe que vivimos por encima de nuestras posibilidades actuales.

—Voy a ver a mi abuela y después bajo a hablar con ellos.

—¿No quieres darte un baño para la cena? Ya sabes cuánto le importa a tu madre que estés siempre perfecta.

—No, gracias. Algo me dice que esa conversación va a estresarme, y bañarme se ha convertido en mi terapia.

Ella aprieta mi mano con solidaridad, porque sabe que las posibilidades de que termine molesta son altas. Rara vez mis padres me invitan a cenar. Al principio, cuando volví del internado universitario para señoritas (una extensión del colegio), me quedaba callada durante las comidas, escuchándolos divagar sobre el pasado.

Está bien tener buenos recuerdos, pero el mundo se les está cayendo encima y lo único que pueden pensar es *"qué maravillosa fue aquella fiesta en Mónaco, en el palacio de tal príncipe, hace veinte años"*, o decir que *"darían un brazo por conseguir entradas para la semana de la moda en Milán".*

Sinceramente, no sé ni cómo están logrando mantener esta casa.

—Lexi, ¡qué linda estás hoy! —dice mi abuela, y la sonrisa que se dibuja en mi rostro al entender que está en uno de sus momentos de lucidez podría iluminar una ciudad entera.

Cierro la puerta de su habitación y corro a abrazarla.

Por lo menos por ahora, recuerda quién soy. No me importa que dentro de poco lo olvide todo otra vez. Atesoro estos minutos preciosos en los que la tengo conmigo no solo físicamente, sino emocionalmente conectada también. Son cada vez más escasos, pero todavía suceden.

—Hola, abuela. Tú también estás muy bonita con esa trenza. ¿Fue Romy quien te la hizo?

—Sí. Es muy buena conmigo. Cuéntame cómo fue tu día.

Le relato en detalle las horas que pasé en la biblioteca, y ella parece encantada con cada parte. Le brillan los ojos.

Sentada al lado de su cama, con su mano entre las mías, me siento en paz.

—Ay, mi querida. Estoy feliz porque tú estás feliz —dice, acariciándome la cara—. Ahora solo falta que me des un bisnieto.

No me sorprende ese tipo de comentario. Cuando está bien, a mi abuela le gusta hablar de bodas y bebés. Como vivió su propio cuento de hadas con mi abuelo, creo que desea lo mismo para mí.

—Estoy trabajando en eso —bromeo—, pero es difícil elegir a un "héroe" de la vida real, porque los termino comparando con los de mis libros.

Ella sonríe.

—Búscate un siciliano, Lexi. —Y luego susurra—: No te enojes con tu abuela, pero tu madre cometió un error al casarse con ese estadounidense —continúa, refiriéndose a mi padre—. Escoge para ti a un italiano, porque no hay comparación. Cuando aman, es de verdad, y la mujer se convierte en su reina.

—Sí, nunca pensé en casarme con alguien que no fuera un italiano alto, guapo y muy fuerte, para que pueda cargarme por todos lados cuando esté cansada.

Como esperaba, se ríe con ganas. Mi abuela, en sus momentos de lucidez, conserva la misma visión romántica del mundo que tenía en su juventud.

—Y tendrán muchos bebés.

—Ese es mi plan. Llenar una casa de niños.

—Te amo, Lexi.

—Yo te amo más, abuela.

"Y nunca voy a dejarte", completo en silencio.

—¿Puedes traerme un abrigo? —pide, y voy al clóset a buscar su cárdigan favorito, pero apenas me acerco otra vez a la cama, la expresión relajada y feliz que tenía hace un momento desaparece.

Regresó a su mundo solitario.

—¿Quién eres tú? —pregunta.

La ayudo a vestirse con la garganta cerrada y los ojos llenos de lágrimas.

Cuando la acomodo entre las almohadas, la abrazo fuerte.

—La persona que siempre te va a proteger de todo y de todos.



Lexi



Capítulo 3

—¡No puedes permitir que haga eso! ¡Por el amor de Dios, es tu madre! ¡Sabes perfectamente en qué condición está! ¿Cómo te sentirías si, dentro de unos años, yo te metiera en un asilo cuando ya no recordaras la mayor parte del tiempo el mundo a tu alrededor? ¡La abuela necesita cuidados que van más allá de un lugar donde vivir!

Estoy temblando tanto que temo desmayarme. Es algo que nunca había sentido, como escalofríos recorriendo todo mi cuerpo, que está helado. A eso se le suma un revoltijo en el estómago, producto del asco y la incredulidad ante lo que los dos están dispuestos a hacer, después de que mi padre acaba de amenazar con internar a mi abuela.

Sabía que él la había incapacitado legalmente y que, en teoría, podía decidir su destino, pero ¿desde cuándo dejar a mi abuela en un asilo puede ser considerado lo mejor para su bienestar?

—Mamá, no finjas que no me estás escuchando. ¡Por favor, no permitas esto!

Ella me mira con una mezcla de desprecio y, al mismo tiempo, como si yo también estuviera loca.

—¿No es exactamente de eso de lo que estamos hablando? Justamente porque ya no tenemos los medios para darle lo que necesita, estoy de acuerdo con tu padre en que debemos internarla.

Respiro hondo y me trago el orgullo.

—Se los ruego, no la internen —pido, mirando a uno y a otro, y por fin, enfocando a quien tiene el poder de decidir.

Sé que quizás me estoy asegurando un lugar en el infierno por lo que siento, pero la verdad es que detesto a mi padre, y mirarlo a los ojos es un sacrificio. En general, lo ignoro desde que fui lo suficientemente grande como para entender qué tipo de persona es.

Ninguno de los dos tiene compromiso con nada que no sea entre ellos. Jamás me criaron; ese fue un trabajo que asumió mi abuela. Y cuando ella enfermó, me mandaron a un internado.

Ahora que estoy de vuelta y se acabó el dinero, quieren tirarla en un asilo.

No dicen nada, pero no me pasa por alto la mirada que se cruzan.

—¿Por qué siento que no me están diciendo toda la verdad?

—Siéntate, Lexi. Tenemos que hablar —dice por fin mi padre.

—He estado intentando hablar con ustedes desde que me senté a la mesa para cenar, y en cambio, me han mirado como si estuviera loca. Justo cuando finalmente decido levantarme para darme una ducha y descansar un poco después de un día completo en la biblioteca, sueltan esta bomba sobre mí. No actúen como si estuviera exagerando. Saben perfectamente lo que la abuela significa en mi vida.

Normalmente no les doy a mis padres argumentos que puedan usar en mi contra, pero estoy desesperada y no puedo pensar con claridad.

—¡Dios mío, qué dramatismo, hija! —responde mi madre—. ¿No podemos tener una cena familiar tranquila? Tenemos que hablar antes de que llegue nuestro invitado.

—¿Invitado?

—No voy a decir nada por ahora, salvo que sería mejor que te comportaras con la dignidad que te dio tu educación.

—Tal vez tú y yo tengamos una visión muy distinta de lo que es dignidad, papá. Mientras yo cuento cada centavo para que a la abuela no le falte nada, ustedes gastan lo poco que queda en caprichos.

Hago todo lo posible por controlar la rabia, pero no es fácil. No estamos muertos de hambre, pero nuestro presupuesto es ajustado, y el otro día mi madre apareció con un bolso que sé que no cuesta menos de cinco mil euros. Lo compró en cuotas con las tarjetas de crédito estadounidenses que aún tiene, como si nunca fuera a tener que pagarlas.

Solo cuando volví a vivir con ellos descubrí que llevan años haciendo eso, sacando tarjetas nuevas para cubrir las viejas, lo que generó una deuda monstruosa. No sé cómo piensan saldarla, y me sorprende que todavía no haya acreedores tocando a nuestra puerta.

—No seas insolente, Lexi. Espero que te concentres en el hecho de que yo tengo las mejores cartas. Para resumir la conversación, el destino de tu abuela está en tus manos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si quieres impedir que mande a tu abuela a un asilo, tendrás que casarte con el hombre que he elegido.

El asco que ya sentía se convierte en histeria, y empiezo a reír.

—¿Tomaste tu medicación hoy, papá?

—Para ser una casi monja, eres bastante descarada.

—Nunca fui monja. Estudié en un colegio de monjas y luego dos años en la universidad que tenían, porque... mira qué cosa, ninguno de ustedes quería hacerse cargo de criar a una hija. La misma mujer de la

que ahora se quieren deshacer, y que fue la única madre que conocí, ya no "servía" para cumplir su papel porque se enfermó.

—Eres insoportable, Lexi. Si hubiera sabido que pagar ese colegio carísimo todos estos años terminaría en este tipo de personalidad, habría hecho un mejor uso de mi dinero.

—Lamento que estudiar en Suiza no me convirtiera en una idiota, papá. Ahora que ya aclaramos eso, ¿puedes seguir explicándome qué clase de locura es esta de que debo casarme con un hombre preseleccionado por ti?

—No hay mucho que decir. Me hizo una oferta que no puedo rechazar: pagará todas mis deudas y transferirá de inmediato a mi cuenta algo cercano a cinco millones de euros si aceptas casarte con él.

El shock que me atraviesa es tan fuerte que, en lugar de llamar a una ambulancia para que lo internen de inmediato en un hospital psiquiátrico (que es lo que se merece), me siento y pregunto:

—¿Acabas de decirme que me vendiste para beneficiarte?

—No. Lo que hice, en realidad, fue encontrar una solución a nuestros problemas. Tu madre y yo merecemos una vejez tranquila, y tú quieres quedarte con tu abuela. Desde donde yo lo veo, todos ganamos.

—Excepto que yo arruinaría mi vida casándome con alguien a quien no amo, cuando ni siquiera tenía planes de casarme en un futuro cercano.

—Piénsalo bien, Lexi. Si de verdad amas a tu abuela, como siempre dices, tienes que admitir que ella sería muy infeliz en un asilo sin tu compañía ni la de Romy.

—Y aún así estás decidido a mandarla allá.

—No tengo otra opción —dice él, con todo el descaro.

—Eres increíble, papá.

—¿Eso fue un cumplido? —Mi mamá suena esperanzada.

—No, fue la expresión de mi decepción. Pero no se preocupen, no es con ustedes —digo, poniéndome de pie otra vez—, es conmigo. Aún creía que existía algo de bondad en sus corazones, así que estoy enojada conmigo misma por haberme ilusionado con eso.

Vuelvo a ponerme de pie, pero apenas comienzo a caminar hacia la puerta, la voz de mi padre me detiene:

—No hagas eso o te vas a arrepentir. Tu futuro prometido llegará en media hora, así que cámbiate esos harapos por algo decente. Si no obedeces mi orden de recibirlo, mañana mismo interno a tu abuela en un asilo. Y —hace una pausa, como si disfrutara— no elegí un asilo bueno, es público. Con tu abuela en el estado en que está, ¿sabes qué significa eso? La van a abandonar. Probablemente no llegue ni a fin de año.



Lexi



Capítulo 4

—¿Me estás amenazando?

—No, solo estoy dejando todo claro entre nosotros para que entiendas que no tienes otra opción más que hacer lo que te estoy ordenando.

—Eso es una forma de disfrazar la verdad. Me estás chantajeando.

Debe pensar que por haber vivido tanto tiempo en el colegio de monjas estoy alienada del mundo, pero se equivoca. Voy a buscar un abogado y revertir el poder que tiene sobre el destino de mi abuela.

Ni siquiera intento enfrentar a mi madre, que es su hija y quien debería estar defendiendo a la abuela, porque estoy segura de que ambos están coludidos y ella lo apoyará en cualquier decisión, sin importar cuán inmoral sea.

Salgo de la sala temblando como un bambú sacudido por el viento, pero con la cabeza en alto, fingiendo una valentía que no siento.

Sí, de verdad pienso buscar un abogado, pero no soy estúpida y sé que existe una gran posibilidad de que ni siquiera pueda pagarle.

—Lexi, ¿qué pasó? —pregunta Romy apenas llego al segundo piso.

—Aquí no —respondo, sintiéndome un poco paranoica y pensando que quizá mi padre puso micrófonos en la casa. A estas alturas, no dudo de nada en lo que respecta a él.

Al principio vino con ese discurso de que necesitaba internar a la abuela porque ya no tenía dinero para mantenerla, pero lo que dijo

después, que había elegido uno de los peores asilos para dejarla, fue cruel e inhumano.

Ya no sé quiénes son estas personas que me dieron la vida. Hay una gran diferencia entre ser superficial, vivir en una burbuja de irrealidad, y ser cruel. Y lo que vi en mi padre hace un rato fue un matiz de maldad que jamás había mostrado frente a mí.

Le tomo la mano y la llevo conmigo al baño. Una vez dentro, abro la llave del lavamanos para dejar correr el agua y evitar que, si hay micrófonos en mi habitación, puedan oír algo. Lo vi en una película y espero que en la vida real también funcione.

—Lexi, me estás asustando.

—No quiero correr el riesgo de que nos escuchen.

—¿Qué?

—¿Y si hay micrófonos en el cuarto?

—¿Ahora estamos en una película de espías?

—No es una broma, Romy, y cuando termine de contarte todo sobre la conversación que acabo de tener con mis padres, vas a entender cuán grave es esta situación.

Quince minutos después, estoy sentada en el suelo del baño, con la cabeza entre las rodillas, temblando por completo. Decir en voz alta esta locura la hace parecer aún más irreal.

—¡Dios santo!

—Necesito encontrar un abogado. No tengo la menor idea de cómo voy a pagarlo, pero tengo que conseguir uno con urgencia. Tiene que haber una salida.

—Estoy de acuerdo, aunque…

—¿Qué?

—Tu padre no es tonto, Lexi. Para chantajearte así, seguro investigó antes. ¿Por lo menos sabes quién es el hombre? ¿Ese supuesto futuro prometido?

—No, no tengo la menor idea. Papá dijo que vendría esta noche y que debo bajar. Estoy pensando en ignorar la orden. Ni siquiera conozco al tipo y ya me repugna. ¿Cómo podría respetar a alguien que, en pleno siglo veintiuno, acepta un matrimonio arreglado propuesto por el padre de la novia?

—Estoy totalmente de tu lado, pero si quieres un consejo, necesitas mover las piezas de este juego con cuidado.

—¿Qué quieres decir?

—Tu padre tiene ahora mismo todas las reglas del juego en la palma de la mano, querida. No digo que debas aceptar esta locura, solo que actúes con calma, pensando en el bienestar de tu abuela. Si no bajas, incluso antes de hablar con un abogado, estarás cerrando las negociaciones para siempre, porque supongo que el hombre con el que tu padre quiere que te cases debe ser siciliano, y por todo lo que sé del pueblo de aquí, son orgullosos y de mucho honor. No creo que te dé una segunda oportunidad.

—No creo que el honor sea una cualidad dominante en la personalidad de ese prometido misterioso. ¿Qué clase de hombre acepta casarse con una mujer sin considerar su voluntad?

—Sí, lo sé, y te juro por todo lo más sagrado que no estoy apoyando esta locura de tu padre, Lexi, pero por otro lado, yo te conozco. Si él se lleva mañana a la abuela Leonitina sin previo aviso porque te negaste a recibir a ese prometido arreglado, sé que vas a sufrir y te vas a culpar.

Mi corazón galopa contra mi pecho. Pensar en mi abuela siendo sacada de la seguridad de esta casa para llevarla a un lugar desconocido me hace querer cometer un asesinato.

—Tienes razón. Me voy a cambiar de ropa y bajo.

—¿No vas a darte un baño?

—No. Como ya dije, el baño es mi terapia y, por mi propio bien, solo me voy a poner un vestido, sin maquillaje ni peinado. No soy una muñeca para ser puesta en una vitrina y exhibida. Tal vez en este momento tenga poco poder de decisión, pero no voy a actuar un papel. Si ese hombre quiere comprarme, no va a tener una "primera mirada" con envoltorio de regalo. Va a ver lo fea que soy.

—¿Fea, tú? Amor mío, eres una de las mujeres más hermosas de este país. Tal vez pasaste demasiado tiempo en ese colegio, Lexi, y no tienes ni idea de tu capacidad de seducción, pero si quisieras, ya habrías tenido una docena de novios.

—No quiero. Lo único que quiero es salvar a mi abuela de los desmanes de mi padre. Si ella está a salvo, yo estaré bien.



Lexi



Capítulo 5

Toda la noche parece extraña, irreal. Desde lo alto de la escalera, respiro hondo y comienzo a bajar en dirección a la sala de estar. Sé que mis padres me están esperando, y también estoy segura de que el "invitado" ya llegó, porque escucho otra voz masculina además de la de mi padre.

Nada me prepara, sin embargo, para el impacto de encontrarme en la entrada del salón cara a cara con Gagliano Basilotti, el amigo siciliano de mi padre, en cuya casa pasamos las vacaciones cuando yo aún era una adolescente.

Siento el estómago revolverse y la cena amenaza con subir por mi garganta.

No soy estúpida y, mientras me arreglaba para bajar, pensé en todas las posibilidades sobre a qué hombre estaba intentando venderme mi padre; de inmediato sumé dos más dos y supuse que podría tratarse de alguien de la familia Basilotti. Hasta donde sé, son los únicos sicilianos con los que mis padres tienen cercanía.

Jamás imaginé, sin embargo, que querría casarme con un hombre tres veces mayor que yo. Pensé que sería con el hijo menor, Bertolino, o incluso con el primogénito, Silvio.

Ellos aún no me han visto, así que aprovecho esos valiosos segundos en los que todavía no tengo que interactuar.

Escucho la risa vacía de mi madre y la charla ridícula de mi padre, hablando sobre el lanzamiento del próximo Ferrari, como si tuviera el

dinero para comprarlo.

Sí, quizás él realmente crea que lo tendrá, a costa mía, sacrificando mi vida y amenazando con mandar a la abuela a un asilo. Piensa que ya tiene todo el juego armado, pero lo que no sabe es que no voy a rendirme sin luchar.

No hay nada en este mundo que yo no haría por mi abuela, pero no creo que casarme con alguien a quien no amo (y que probablemente lo sepa y no le importe) sea garantía de que ella estará bien.

Romy tiene razón, sin embargo, y necesito actuar con cautela.

—Entonces, ¿piensas esquiar el próximo invierno? —Escucho preguntar a mamá al señor Basilotti y pongo los ojos en blanco.

En ese momento, sin embargo, recuerdo algo: ese hombre estaba casado hace un tiempo.

Cuando fui a su casa hace algunos años a pasar las vacaciones, había *una señora Basilotti*.

La recuerdo perfectamente. Una rubia escultural, con piernas eternas y llena de curvas.

Lucilina Basilotti.

Incluso entonces, cuando yo era prácticamente una niña, me pareció absurda la diferencia de edad entre ellos. Él parecía más su abuelo que su marido. Creo que ella no era mucho mayor que yo.

—Lexi, ¿qué haces escondida ahí? —pregunta mi mamá como si, hace apenas una hora, cuando salí del salón, nuestra despedida hubiera sido cordial y como si yo no me hubiera retirado destrozada por culpa de ellos dos.

—Ya iba a entrar —respondo simplemente, porque no soy buena mintiendo y temo delatarme.

Estoy tan enfadada con los tres que tengo que respirar varias veces para controlar las náuseas que me suben por la garganta.

No sabría decir cómo se dieron los saludos ni cómo terminé sentada en un sillón frente a nuestro invitado y a mis padres. Solo me concentro en mantener una expresión neutral, porque mientras más los escucho hablar, más segura estoy de que estos no son planes hechos de la noche a la mañana. Llevan tiempo pensando en esto.

No soy del tipo de persona que baja la mirada frente a los demás. Me gusta la gente y conversar, y suelo hacerlo mirando a mis interlocutores, pero hoy no enfoqué nada más allá de los bocadillos servidos en la mesa de centro, mientras mi mente intentaba procesar esta locura.

Respondo a las preguntas que me hace el hombre, Gagliano Basilotti, pero en ningún momento lo miro a los ojos. Solo soy educada, como me enseñaron.

Cometí el error de mirarlo cuando llegué. Ver la piel arrugada de su rostro y sus manos e imaginarlo tocándome me hizo querer salir corriendo.

Él no me sonrió, pero parecía reírse de mí, como si supiera lo que estoy sintiendo y también que estoy acorralada.

Los pensamientos corren desbocados por mi cabeza.

¿Cómo sería mi vida a su lado? Convertirme en su esposa no solo significaría perder mi libertad, mi juventud, sino también acostarme con él, dejar que me toque, cuando ni siquiera puedo soportar estar sentada a unos metros de distancia.

Y entonces, me quedo sin aliento por completo cuando Gagliano Basilotti declara que quiere herederos.

Siento que estoy a punto de hiperventilar, al borde de una crisis de pánico.

Después de lo que parece una eternidad, el hombre finalmente se va, prometiendo volver la noche siguiente.

¡Dios mío!

Apenas se marcha, subo corriendo las escaleras.

—Lexi —me llama mi padre.

—No quiero hablar ahora.

"Ni nunca", completo en silencio, aunque sé que eso no es posible.

—Te estás comportando como una niña —dice mi papá.

—¿Puedo preguntarte algo? Olvídalo, es una pregunta retórica, porque igual la voy a hacer. ¿Dónde está su esposa, Lucilina Basilotti?

¿Es idea mía o acaba de palidecer?

—Ya no están casados.

¿Y quién podría culparla?

—¿Cómo esperas que acepte a ese hombre como esposo, papá? ¡Parece mi abuelo!

—No voy a repetirte todo. No seas infantil.

Mi madre pasa a mi lado, sube las escaleras e ignora por completo cómo estoy temblando, mezcla de rabia y miedo.

Sin embargo, sé por haber convivido con ellos toda la vida que actuar emocionalmente no me llevará a ninguna parte. Si quiero vencerlos, necesito fingir que estoy jugando bajo sus reglas.

—¿Te consideras un hombre honorable, papá?

Es otra pregunta estúpida, claro. Un hombre honorable jamás vendería a su hija bajo la amenaza de internar a su suegra en un asilo.

Sin embargo, aparentemente mi padre tiene una buena opinión de sí mismo, porque su cara se pone tan roja que se torna violácea.

—Claro que sí.

—Estoy de acuerdo con este compromiso —digo, solo para ganar tiempo hasta hablar con el abogado, y veo cómo una sonrisa enorme se dibuja en su rostro.

—Hija, estoy tan orgulloso de ti y…

—Espera, aún no terminé. Si acepto casarme con él, no voy a romper el compromiso, pero tú me cederás el derecho de convertirme en la responsable legal de la abuela.

Él se encoge de hombros.

—No me importa.

—No he terminado mi propuesta.

—¿Qué más quieres?

—No romperé el compromiso con el señor Basilotti, pero si él lo hace, si es él quien decide no casarse conmigo, nuestro acuerdo seguirá en pie y yo seré la responsable de la abuela de todas formas.

No lo piensa mucho e incluso sonríe.

—Eso no va a pasar. Gagliano jamás romperá este compromiso. Eres una princesa, hermosa y bien educada. Él te quiere.

—Necesito tu palabra, papá.

—La tienes. Si Gagliano Basilotti comete la estupidez de dejarte, estarás libre, Lexi.

—Jura por la vida de tus padres.

Sé que, a pesar de su carácter flexible, por decirlo así, mi padre amaba profundamente a mis abuelos paternos.

—Lo juro —dice.

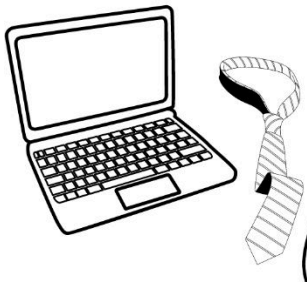
No planeo llegar al punto de casarme con Basilotti, pero necesito un plan B por si el abogado no responde como espero, y mientras hablábamos, una idea empezó a tomar forma en mi cabeza.

No me despido.

Apenas llego a la seguridad de mi habitación, corro al baño. Las piernas me fallan y caigo frente al inodoro. El contenido de mi cena sale de golpe. El vómito amargo es una manifestación física de la repulsión que siento por esta situación.

Al mismo tiempo, una certeza me golpea de lleno.

Nunca me voy a casar con ese hombre.



Carmine



Capítulo 6

Unos días después

—Tienes que dejar eso atrás, Carmine —dice Rafaelle[4] al entrar en la biblioteca de la casa de nuestra madre y ver que tengo frente a mí un periódico con la fotografía del hombre que un día fue mi mejor amigo.

—Aunque tuviera esa capacidad, la prensa nunca va a olvidar la historia de su suicidio. Aunque no tengan idea del motivo que lo llevó a quitarse la vida, yo sí lo sé.

—¿Por qué tuvimos que heredar de *mamma* justo su sentido del deber y esa manía de cargar el mundo sobre nuestros hombros?

—Es mejor eso que ser unos tramposos, como el donante de esperma que contribuyó en nuestra concepción —digo, refiriéndome a mi padre, ya muerto, y el mayor de todos los traidores.

—No hay beneficio en quedar atrapado en el pasado, hermano. Los medios nunca llegaron siquiera a sospechar cuál fue la verdadera razón que lo llevó a hacer lo que hizo.

—¿Debido a que un asesino mata a alguien escondido en medio del bosque, eso significa que la persona no está muerta? No. Él sabe que la mató, aunque sea el único que lo sepa. Quitó una vida, y nada podrá cambiar ese hecho. Lo mismo ocurre en mi situación con Copertino. Por culpa de cómo era nuestro padre, me prometí vivir esta maldita vida sin cruzarme en el camino de nadie. Estoy orgulloso de mi honor y de mi carácter.

—Solo pudo haber sido esa mujer quien lo envenenó.

—¿Y qué diferencia hace? Los dos están muertos.

—Sí, lo están, pero tú todavía tienes una vida por delante, hermano mayor.

—¿Cuál es tu punto, Rafaelle? ¿Por qué insistes en hablarme de esto?

—Porque estás obsesionado con algo que ya no puedes resolver. Ya pasó un año desde que murieron.

—¿Por qué están encerrados aquí discutiendo? —Nuestra madre entra en la biblioteca, poniendo fin a la conversación.

Aunque sé que sabe perfectamente de qué se trata, ya que es lo único que ha sacudido mi mundo en los últimos doce meses, finge que no. Y lo hace porque sabe cuánto me molesta hablar de mi vida personal.

—No estamos discutiendo —responde Rafaelle—. Solo estamos teniendo una conversación entre hermanos.

—Bueno, entonces háganlo en la sala. No me gustan los secretos en esta familia. Además, Allyson trajo sus creaciones para que las probemos después del almuerzo. Está ansiosa por saber si nos gustarán y no quiero ver triste a mi niña.

Veo cómo una sonrisa rendida se dibuja en el rostro de mi hermano, y sé que es por la forma cariñosa en que *mamma* se refirió a su nuera.

A pesar de que su relación comenzó de manera turbulenta, después de que finalmente asumió ante el mundo que Allyson era la mujer de su vida, Rafaelle la trata como a una reina.

Allyson ha sufrido mucho en su corta vida, y encontró en nosotros la familia que solo tuvo durante su infancia.

—No puedo dejar esperando a mi esposa. Piensa en lo que te dije —dice mi hermano, dándome una palmada en la espalda antes de salir.

Cuando estoy a punto de hacer lo mismo, *mamma* me detiene tomándome del brazo.

—¿Sirve de algo si te pido que olvides el pasado?

—No.

—Carmine…

—Te amo, madre, pero ese tema no está abierto a discusión.

Ella suspira y, con un gesto muy suyo, se lleva ambas manos al cabello, como si estuviera por jalárselo de frustración, tal como hacía cuando éramos niños y la sacábamos de quicio. Luego, sonríe.

—Y yo los amo a todos, hijo mío, pero creo que Dios se equivocó cuando tomó una dosis extra de terquedad para ponerla en el carácter de mis *bambini*. No voy a insistir más en eso.

—Te lo agradezco.

"Porque de todos modos no serviría de nada", completo en silencio, ya que no hay razón para molestarla.

—Quiero pedirte un favor. ¿Recuerdas los libros de tu abuelo que decidí donar a la biblioteca pública?

—Sí, ¿qué pasa con ellos?

—Tuve un sueño anoche en el que tu *nonno* me preguntaba si estaban bien cuidados. Me desperté con eso en la cabeza y pensé que era solo una tontería. Pero entré a la página de la biblioteca pública y descubrí que hace unos años hubo un robo de primeras ediciones. Creo que tu abuelo quería advertirme que los libros corren peligro.

—*Mamma…*

—Sé lo que vas a decir, Carmine. Que los sueños son una tontería, pero él hablaba tan claramente en el sueño.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que vayas tú mismo a verificar si están realmente en un lugar seguro. Me deshice de esos libros porque pensé que era egoísta guardar un tesoro así solo para nosotros, cuando nunca los disfrutábamos. Era solo posesión. Pero valoro cada una de esas páginas porque mi papá amaba los libros. Solo quiero asegurarme de que sigan allí.

—Voy a enviar a mi asistente y…

—No.

—¿Cómo que no?

—Necesito que me prometas que irás personalmente.

—¿Vendrás conmigo?

—No lo creo necesario. Sé que, de todos mis hijos, tú eres el más meticuloso, y no dejarás pasar nada si han dañado las obras de alguna manera.

—¿Cuándo quieres que lo haga?

Me mira de esa forma a la que es imposible decir que no.

—¿Mañana? —pregunta, como si yo no supiera ya que eso iba a decir.

—Lo intentaré. Sabes que necesitan agendar la visita con antelación.

—¿A quién estás intentando engañar, hijo mío? Eres Carmine Parisi Trovato. Uno de los hombres más poderosos del país. Tu deseo es una orden.

Sonrío ante su descarado intento de manipulación.

—No necesito un masaje al ego, *mamma*. Haré lo que me pediste.



—¿Estás seguro de eso? —pregunta mi cuñada Allyson, unos minutos después, durante nuestro almuerzo.

Me encojo de hombros.

—El castillo es mío en los papeles, pero le pertenece a la familia. Además, casi nunca voy allá.

Ella mira a su marido con expresión soñadora.

—Será como en un cuento de hadas. No puedo creer que voy a lanzar mi nueva línea de chocolates en un castillo de verdad.

Allyson está por lanzar una línea muy exclusiva de los chocolates Blanchard[5] y ha estado meses dudando sobre dónde hacer la recepción. Acabo de ofrecerle un castillo que tengo cerca de la costa, en nuestra región.

—¡*Un castello*! —dice mi sobrina Belle[6], como una típica *bambina siciliana*, uniendo los deditos de una mano como quien dice "¡qué maravilla!", y todos ríen.

Nunca he sido muy apegado a los niños, salvo los hijos de mi primo Santo[7], pero escucharla hablar en italiano es realmente adorable.

—Sí, *bambina, un castello*[8] —digo.

—*Sono una principessa*[9].

—Claro que sí —responde Rafaelle con una sonrisa—. Belle es la princesa de papá.

Si alguien me hubiera dicho hace unos años que mi hermano se convertiría en un “hombre de familia”, no lo habría creído jamás. Después de lo que vivió con su ex prometida, Filomena, es un milagro que haya dado a Allyson la oportunidad de acercarse.

Observo a los dos como si fuesen criaturas en un laboratorio. La forma en que se sonríen, como si compartieran un lenguaje propio que nadie más entiende, es tan íntima que excluye al resto del mundo.

No, no creo que Rafaelle le haya abierto el corazón a Allyson… más bien, ni se enteró de en qué momento ella se le metió hasta los huesos.

Eso jamás me va a pasar a mí. Cuando elija una compañera para tener mis herederos, ella sabrá desde el principio que se trata de un acuerdo.

El corazón y los sentimientos solo complican las cosas.



Lexi



Capítulo 7

Sentada en la escalinata de piedra de la plaza central de Palermo, frente a la biblioteca donde trabajo, me pierdo por un instante en un viaje mental mientras observo el paisaje a mi alrededor.

Es verano y el calor es tan intenso que lo siento vibrar contra mi piel; la luz del sol crea un espectáculo centelleante sobre las fachadas de los edificios cercanos.

—Que hayas venido fue lo único bueno que me pasó esta semana —le digo a Constance.

Estamos comiendo un sándwich de jamón crudo y bebiendo *aranciata*, que no es más que jugo de naranja fresco, pero juro por Dios que el de aquí tiene un sabor único.

Es mi hora de almuerzo y la gente pasa frente a la biblioteca, caminando sin prisa. Algunos hombres sonríen y nos lanzan comentarios, aparentemente indiferentes al hecho de que mi amiga lleve puesto su hábito de novicia.

—No podía no venir. No después de lo que me contaste.

Me acostumbré a estar sola. Las chicas que estudiaron conmigo en Suiza no siempre permanecían allí durante toda la adolescencia como yo, así que, con el tiempo, no pude construir amistades duraderas. Solo cuando Constance llegó al internado, ya cuando yo estaba por irme, pude decir que hice otra amiga además de Romy, la enfermera de mi abuela.

Desde que volví a casa, la mayoría de las veces hacemos videollamadas entre las tres, y que ella haya venido a quedarse conmigo durante esta semana horrible ha sido mi único motivo para sonreír. Eso, y la abuela, que ha pasado varios días completamente lúcida, feliz y habladora. Verla así me reafirma que haré lo que sea para que no me separen de ella.

—La situación es desesperante, lo admito, pero no vamos a rendirnos todavía. Siempre hay un plan B —continúa, quizá extrañada por mi silencio.

Nunca nos faltó tema de conversación. Si no fuera por su ropa, olvidaría por completo que está estudiando para ser monja y pensaría que es una chica común.

En cierto modo, estoy de acuerdo con Constance respecto a ese plan B, y de hecho tengo uno: lograr que Gagliano Basilotti renuncie a casarse conmigo, mostrándole que estoy muy lejos de ser una novia ideal. Debe esperar una dama de la alta sociedad como esposa, y si hago el ridículo o lo avergüenzo, no tengo dudas de que desistirá. Pero aún no he pensado cómo hacerlo.

Además, no confío del todo en la palabra de mi padre. Incluso si Gagliano Basilotti ya no quiere casarse conmigo, conociendo a mi papá, no va a rendirse así de fácil. Intentará casarme con otro.

No me importa que haya dado su palabra. El honor solo tiene valor para los hombres con principios, y ese no es su caso. Creo firmemente que, si le conviene, pasará por encima incluso del juramento que hizo por sus propios padres.

Así que, lo único que conseguiré al terminar el compromiso con Gagliano será un poco de tiempo, un respiro, hasta pensar en una

estrategia real para liberar a la abuela de las garras de su yerno sin escrúpulos.

—Yo viviría aquí sin problema —dice ella, cambiando de tema, lo cual agradezco internamente.

—¿Entonces por qué no vienes? Podríamos alquilar un lugar. Tú, yo, Romy… y traemos a la abuela.

No vuelvo a decir que no creo que pertenezca al mundo religioso. Ya tuvimos esa conversación antes. Pero mi pregunta lo deja implícito.

—He estado pensando en eso —dice, sorprendiéndome.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Nunca vas a contarme por qué decidiste hacerte monja?

—¿Por qué no crees que sea por vocación?

—Porque no va contigo. Conviví con monjas prácticamente toda mi vida y puedo decir que el noventa y nueve por ciento tiene vocación. Transmiten una sensación de paz consigo mismas, como si supieran con certeza que están justo donde deben estar.

—¿Y qué pasa con el uno por ciento?

—Creo que se arrepintieron, pero tienen más miedo del cambio que de seguir como están. Y eso es muy triste, porque tal vez el mundo de afuera realmente las lastimaría si decidieran salir, pero sería una herida que tarde o temprano sanaría. Nada se compara con una vida entera de soledad y arrepentimiento.

—Eres muy sabia, Lexi. A veces me siento como una niña a tu lado.

—Soy muy lectora, y eso también me hace soñadora. Tal vez en el mundo real no haya vivido tanto, pero dentro de mi mente ya viajé por todas partes. Ya amé y fui amada. Sé lo que quiero para mí, y no es

casarme con un hombre que podría ser mi abuelo y que me ve como una mercancía.

Cómo me gustaría que esto fuera solo una conversación más entre dos amigas… Pero aunque por unos segundos haya conseguido distraerme de mis problemas, no hay nada casual ni rutinario en este día. Me siento saturada de preocupaciones, y enfocarme en la vida de Constance me alivia un poco.

—Tal vez conozco a alguien que podría ayudarnos con lo de tu abuela.

—¿Alguien?

—Sí, un abogado. Pero no cualquiera. Es excelente.

—Yo no… —Me detengo, avergonzada, antes de admitir que probablemente no tengo cómo pagarlo.

Como si lo entendiera, ella levanta una mano.

—Lo haría gratis si se lo pido. No te prometo nada, porque me cuesta mucho ir a hablar con él, pero lo voy a considerar.

—Te adoro, Constance, pero no hagas nada que te duela. No sé quién es ese hombre, pero si es alguien a quien claramente no quieres ver, puedo arreglármelas sola.

—No. Como te dije, voy a pensarlo en serio. Ahora, vamos a intentar encontrar una forma de sacarte del peligro inmediato: el compromiso con Gagliano Basilotti.

Suspiro, fastidiada.

Él ha venido a casa todos los días, y hoy será nuestro “compromiso”, en una cena a la que irán también sus dos hijos, uno de los cuales pensé que sería con quien mi padre querría casarme.

Solo de pensar en llevar en mi dedo un anillo que me comprometerá con Gagliano Basilotti, me da asco. Pero me concentro en el bienestar

de mi abuela y en el hecho de que este matrimonio jamás va a suceder, sin importar qué tenga que hacer para impedir que mi padre siga adelante con sus planes absurdos.

El abogado al que acudí me robó toda esperanza, diciéndome que mi padre obtuvo legalmente el derecho a decidir por mi abuela, pero tal vez solo lo dijo porque pensó que yo no tendría con qué cubrir los gastos del juicio, lo cual, en efecto, es cierto.

Sin embargo, jamás voy a rendirme.

La felicidad de mi abuela siempre será mi objetivo final.



Lexi



Capítulo 8

En cuanto mi jefa me llamó para una conversación privada, justo después de que regresé del almuerzo, supe de inmediato que algo estaba pasando. Y cuando cierro la puerta detrás de mí, puedo sentir la tensión en ella, como si estuviera a punto de estallar la Tercera Guerra Mundial.

La expresión de la mujer muestra preocupación.

—Lexi, voy a enviarte a una misión —dice, tras un saludo breve.

—¿Misión?

Ella asiente con la cabeza.

—Es un asunto delicado y, como eres una joven de "buena familia", que creció rodeada de riqueza —continúa, y yo hago un esfuerzo por no poner los ojos en blanco—, y además viviste en un internado de monjas, desde mi punto de vista, eres la persona más adecuada para esto.

No lo tomo como un elogio. Al contrario, es como si pensara que el hecho de haber estudiado en un colegio de monjas suizas me volviera un ser asexuado, si estoy entendiendo bien sus insinuaciones.

Más allá de ese inicio de conversación absurdo, está el hecho de que soy una persona ansiosa. Detesto los mensajes de texto donde alguien dice solo "hola" y espera que yo responda para recién después decir lo que quiere. Prefiero que me lo suelten todo de una vez.

Súmale a eso que tengo una imaginación muy activa, y el desastre está hecho.

Mil escenarios empiezan a pasar por mi cabeza. Desde que me va a pedir hacer algo ilegal hasta que podría despedirme, lo cual no tiene ningún sentido, claro, ya que acaba de decir que me necesita. Pero, ¿quién dijo que la "señora ansiedad" es lógica? La mejor definición que leí en Instagram el otro día fue que *la ansiedad es vivir en el futuro sin tener las herramientas para resolver los problemas que aparecen, ya que solo existen en nuestra imaginación*.

—¿Qué desea de mí, *signora* Genevose?

—Es un asunto delicado. ¿Recuerdas aquel cargamento de libros raros que recibimos como donación hace un tiempo?

—Mmm… Creo que todavía no trabajaba aquí. No me suena haber recibido una remesa de ese tipo.

—Ah, claro. No, no estabas aún. Bueno, la cuestión es que uno de nuestros benefactores, que es el primogénito y actual jefe de la familia Parisi Trovato… —dice, y hace una pausa dramática, como esperando que reconozca el apellido—. Claro que sabes quién es.

—No, no lo sé. Lo siento. Apenas llevo poco tiempo viviendo en Sicilia y soy más de libros que de portales de celebridades.

Ella me mira casi con lástima y me dan ganas de reír. Tengo todas las redes sociales, solo que me olvido de publicar.

—Está bien. Tal vez eso sea lo mejor. Como decía, tienes una misión importante esta tarde. Necesito que recibas a ese hombre, el *signor* Carmine Parisi Trovato. Él viene a verificar el estado de los manuscritos raros que su familia donó.

El aire se me queda atrapado en los pulmones.

—¿Quiere que yo lo reciba? ¿No cree que sería mejor que lo hiciera alguien más experimentado?

—Me encantaría hacerlo yo misma, pero en breve debo salir hacia Roma. Fui convocada para reunirme con un donante importante y no puedo faltar. Quiero que sepas que lo pensé mucho antes de decidir esto, Lexi, y te elegí por una razón.

—¿Porque estudié en un colegio de monjas? —ironizo sutilmente.

Me observa de arriba abajo, ya que sigo de pie. Soy inquieta por naturaleza y quedarme plantada fingiendo una calma que no siento solo empeoraría mi ansiedad.

—No, querida. Espero que no te ofendas por lo que voy a decir, pero haber estudiado en un colegio de monjas es solo parte de lo que influyó para que te eligiera. Tienes un rostro bonito, pero no eres exactamente del tipo que hace que los hombres pierdan la cabeza —dice, y al menos tiene la decencia de parecer incómoda—. Sin ofender, pero tu ropa y esas gafas de pasta gruesa…

Tiene un pequeño estremecimiento, como si mis gafas fueran lo peor que ha visto.

—No me arreglo para un baile, sino para trabajar. Normalmente no las necesito. Veo bien a pesar de mi astigmatismo, pero las uso para lectura y como a veces tengo que revisar cosas en el turno, me hice unas bifocales.

—Bien, eso no es problema, pero querida, tu ropa parece la de alguien tres veces mayor que tú.

—No necesitábamos arreglarnos mucho en el colegio. Usábamos uniforme, así que nunca pensé en moda después de eso.

No sirve de nada contar que en los pocos eventos a los que asistí en vacaciones (cuando todavía teníamos dinero) era mi madre quien elegía la ropa por mí, porque yo soy más de estilo casual que *súper producida*.

—No te ofendas, Lexi, de verdad. Justamente por eso eres perfecta para lo que necesito. Tienes el juicio de una monja y te vistes como una.

¡Jesús!

—Por favor, siga explicándome lo que espera de mí.

—Necesito que recibas al *signor* Parisi Trovato porque es un hombre muy poderoso, y lo último que quiero es que se sienta incómodo o acosado aquí.

—¿*Acosado*?

—Solo con saber que vendría, las otras empleadas ya estaban… muy entusiasmadas, digamos. Las mujeres del equipo se le pegarían como moscas a la miel.

—Entonces pensó que sería buena idea elegirme porque incluso si me pareciera guapo, él no me miraría dos veces.

No responde. Y no hace falta.

—Está bien, *signora*. Solo dígame qué debo hacer. Estaré a su disposición y le prometo que no me enamoraré a primera vista.

—¿Estás siendo irónica?

Claro que sí.

—Claro que no. Solo digo que no tengo intención de enamorarme de alguien que, según usted, ni siquiera me notará.

—Perfecto —responde, algo más aliviada ahora—. Debes ir al salón principal, donde recibimos a los donantes importantes. Asegúrate de

que sepa cuánto valoramos la donación de su familia. Necesitamos que siga contribuyendo con libros raros, ya que son de un valor incalculable.

—Sí, haré lo mejor que pueda.

Me hace una última seña con la cabeza, como dándome permiso para salir, y no espero un segundo llamado.

Sé que la tarea que tengo por delante es importante. No solo por el valor de los libros que donó ese hombre, que debe de ser alto, o mi jefa no estaría al borde de un ataque de nervios, sino porque está en juego la reputación de la biblioteca, y tal vez mi empleo también.

Entro en la sala que me indicó y me siento un poco mejor, porque sé que estoy dentro de un verdadero santuario literario.

Para la mayoría, sobre todo los que no aman los libros como yo, las pilas de encuadernaciones en las estanterías no son más que papel viejo con olor raro. Pero yo valoro cada hoja, cada línea escrita, como si fuera un tesoro.

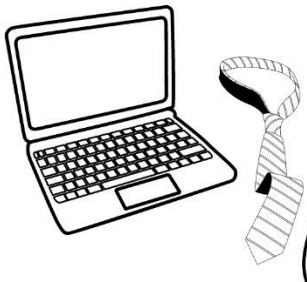
¿Será que el siciliano que voy a recibir también ama los libros, o para él no son más que una posesión más? No, probablemente los adora. De lo contrario, no vendría él mismo a verificarlos.

Me siento un poco más optimista.

Sí, puedo hacerlo.

Si yo fuera más sensible, lo que dijo la *signora* Genevose podría haberme destrozado, pero convivir con mis padres me hizo desarrollar una coraza, y hace falta mucho más que una jefa prejuiciosa para hacerme tambalear.

Me distraigo mirando las estanterías llenas. Solo me doy cuenta de que ya no estoy sola cuando oigo una tos discreta detrás de mí.



Carmine



Capítulo 9

Minutos antes

Apenas pongo un pie sobre el piso de madera envejecida de la biblioteca pública, me pregunto por qué casi nunca vengo aquí. El lugar es exactamente de mi estilo. Una construcción antigua y cargada de historia.

Tal vez la razón sea que no tengo tiempo para nada más que manejar mis negocios y los de la familia. Mucho antes de que muriera mi padre, yo ya había tomado las riendas de todo, y simplemente seguí haciendo lo mismo año tras año, sin darme cuenta de que la vida estaba pasando.

El sonido de mis zapatos resuena en el recinto de forma agradable.

Me gusta lo antiguo, todo lo que tiene historia. No necesariamente los libros, sino edificaciones, ruinas, leyendas. Y en ese sentido, Italia entera es un paraíso.

Ordené a los guardaespaldas que me esperaran afuera, porque no quería causar revuelo, pero mientras me acerco a la recepción, tengo la sensación de escuchar cuchicheos de las empleadas, y en cuanto llego a la mesa donde una rubia ya sonríe para mí, otras tres mujeres se le suman.

Sé que estaban esperando mi llegada, o al menos, la directora de la biblioteca sí, pero la situación roza lo ridículo. Es como si todas estuvieran intentando llamar mi atención.

No es raro que las mujeres me miren, pero todo en la vida depende del contexto. No vine por diversión. Considero este compromiso como parte de mi trabajo, prácticamente.

Los ojos curiosos de las cuatro me siguen mientras me acerco. Ignoro a las tres que rodean a la recepcionista y me dirijo solo a ella.

—Mi nombre es Carmine Parisi Trovato y agendé una visita.

No le explico nada más. No suelo dar información gratuitamente.

La mujer se pone de pie demasiado rápido y de forma nada discreta, finge alisar su falda, quitando arrugas que no existen, cuando en realidad pasa ambas manos por sus caderas de forma insinuante.

—Ah, señor Parisi Trovato, es un inmenso placer conocerlo. Ya lo estábamos esperando, por supuesto. Además de revisar las obras, ¿hay algo más que pueda hacer por usted?

Su voz suena dulce y completamente inapropiada para alguien que está atendiendo a un cliente.

Pierdo toda tolerancia. El tiempo es algo precioso para mí y, más allá de eso, no me gustan los jueguitos de ningún tipo.

—No.

La miro con expresión seria. La misma que hace que mis empleados salgan corriendo sin que yo tenga que decir una sola palabra. Después de unos segundos, un fuerte rubor le sube a las mejillas y, como por arte de magia, las demás mujeres desaparecen.

—La funcionaria encargada de mostrarle los libros raros está disponible para recibirlo. Un momento, por favor —dice, visiblemente avergonzada. Se vuelve a sentar y toma el teléfono, hablando rápido con alguien. Cerca de un minuto después, continúa—: Un guardia lo acompañará hasta la sala.

Esta vez no levanta la vista, no sonríe, y no hay nada en su tono que insinúe algo. Exactamente como me gusta. No soy del tipo de hombre que deja las cosas en el aire. Si quiero algo, lo busco. Si no lo quiero, lo sabes con solo mirarme, y por lo visto, ella captó el mensaje.

Tal como anunció, no pasó mucho tiempo hasta que un guardia se ofreció a guiarme al encuentro con la funcionaria designada.

Dejamos atrás la parte abierta al público de la biblioteca y caminamos por un pasillo silencioso. Al final, me espera una puerta cerrada.

—Puede pasar cuando guste. Como ya le informaron, hay una empleada adentro.

Toco dos veces, pero nadie responde. Impaciente, agarro el picaporte de hierro macizo y abro.

No sé exactamente qué esperaba. ¿Quizás otra mujer ansiosa por agradarme como las cuatro anteriores? Desde luego, no era a una joven de espaldas, vestida con una falda lápiz gris por debajo de las rodillas, una blusa blanca de manga larga y unos zapatos que le quedarían perfectos a una madre superiora.

Además, parece completamente ajena al mundo que la rodea, como si estuviera deslumbrada por los libros a su alrededor, como Alicia llegando al País de las Maravillas.

A pesar de mi impaciencia habitual, me sorprendo observándola por un momento. La forma en que la falda fea se ajusta a su cuerpo delicado, de curvas sutiles, y esa melena castaña que cae hasta la mitad de la espalda, abundante y en cascada, como si fuera una cadena de eslabones suaves.

Podría quedarme mirándola mucho más tiempo, pero imagino que aquí debe haber cámaras, y quien sea que las revise pensará que soy un pervertido.

La sala es acogedora, con estanterías por todas partes y una mesa sólida, grande y cuadrada en el centro, donde hay una caja de guantes, seguramente para que quienes consulten las primeras ediciones no las dañen.

Carraspeo la garganta para que note mi presencia, pero pasan unos cinco segundos hasta que se gira, y cuando lo hace, me quedo sin palabras.

Soy un admirador de la belleza y, más allá de eso, sé cuándo algo o alguien me agrada desde el primer vistazo.

Cuando estaba de espaldas, aún con ese cuerpo atractivo, por su ropa imaginé que tendría un rostro severo, tal vez algo endurecido, aunque estaba seguro de que era joven.

Pero la mujer, a unos cinco metros de distancia, aunque lleva unos lentes enormes y gruesos que parecen sacados de una caricatura de televisión del siglo pasado, no puede ser descrita solo como bonita.

Ella es *hermosa*.

Ni siquiera ese accesorio espantoso logra ocultar los ojos verdes brillantes, del color de las hojas, que en este momento están bien abiertos, mirándome.

Diría que tiene poco más de veinte años.

No tiene una belleza discreta. Es deslumbrante.

Sus ojos son de esos imposibles de ignorar, profundos y luminosos como dos faros.

Su rostro tiene facciones armoniosas, suaves, con cejas bien definidas, de un tono castaño más oscuro que su cabello. La nariz es ligeramente respingada, lo que le da un aire sutilmente travieso. Los pómulos altos y los labios rosados contrastan con su piel clara.

Es una contradicción viviente. No tengo dudas de que, bien vestida, haría que los hombres de la alta sociedad italiana compitieran por su atención, y sin embargo, aquí está, escondida en una sala oscura de una biblioteca.

Pocas situaciones logran dejarme sin palabras, pero eso es exactamente lo que siento, lo cual es casi irónico, considerando que hace poco estaba irritado por el exceso de atención que me dieron las otras empleadas.

—Presumo que es usted el doctor Parisi Trovato, ¿no? —toma la iniciativa—. Mi nombre es Lexi Ciambra y fui designada para recibirlo y asistirlo en todo lo necesario.



Lexi



Capítulo 10

—Mi nombre es Lexi Ciambra y fui designada para recibirlo y asistirlo en todo lo necesario.

El hombre me mira en silencio y el nerviosismo se esparce por mi cuerpo como una ola violenta.

Dios, ¿acaso lo ofendí? ¿Fui demasiado directa? Lo cierto es que su presencia me impactó.

Yo esperaba a un hombre de mediana edad, tal vez un poco calvo, fuera de forma. Sí, puede que sea un prejuicio mío, pero cuando pienso en hombres poderosos, los que me vienen a la mente son figuras como mi papá o Gagliano Basilotti, y no los CEOs y magnates de las novelas que leo, porque esto es la vida real.

Intento arreglar mi falta de cortesía.

—Perdóneme. Nunca he atendido a un benefactor antes. ¿Podemos empezar de nuevo?

Tenía la esperanza de ver al menos una sombra de sonrisa en ese rostro masculino, pero no sucede. Él parece inamovible y, más que eso, imposible de interpretar.

—Voy a tomar su silencio como un sí, doctor Parisi Trovato. Como dije antes, fui designada por la directora de la biblioteca para atenderlo. Soy Lexi Ciambra y…

—¿Ciambra? —pregunta el hombre, mirándome de un modo en que no recuerdo haber sido mirada antes—. Usted no es siciliana.

Lo dice como si intentara desenmascararme. Aunque no elevó la voz, su postura es agresiva, como la de un tigre. Atractivo y peligroso.

¿Atractivo?

No, él podría ganarse la vida solo con su apariencia si no fuera tan rico como imagino, basándome en lo que dijo la *signora* Genevose.

Es imposible no mirarlo.

Ojos azules que parecen querer alcanzar el alma de quien los mira; mandíbula fuerte, firme, ligeramente cubierta por una barba que sospecho fue rasurada en la mañana, pero que ya le da un aire algo áspero, lo que me provoca el deseo de sentirla con la palma de la mano; un cuerpo tan sólido como el de un jugador de fútbol americano.

Es muy alto también, de hombros amplios y una contextura sin un gramo de grasa sobrante, delineada por la camisa ajustada bajo el traje gris claro y la corbata del mismo azul que sus ojos, azul bebé.

Tiene una nariz recta y perfecta, y su boca… estoy segura de que haría suspirar a cualquier mujer afortunada que reciba un beso suyo. Pero, aunque este hombre es la imagen de un hermoso macho alfa, son sus manos las que capturan mi atención por más tiempo. Son enormes, de dedos largos, y me resulta casi imposible disimular el escalofrío al imaginar cómo se sentirá ser tocado por ellas.

—Señorita Ciambra, le hice una pregunta.

—Oh, disculpe. Soy mitad siciliana, mitad estadounidense. En realidad, algunos dirían mitad irlandesa, ya que la familia de mi padre proviene de Irlanda. Mi nombre completo es Lexi Ciambra McGhee.

Él parpadea un poco, sorprendido, tal vez porque le disparé toda esa información en un segundo.

Carmine Parisi Trovato, sin embargo, sería un excelente jugador de póker, porque se recupera enseguida.

—¿Y se considera más irlandesa que siciliana?

—Nadie me había preguntado eso.

—Yo no soy cualquier persona. Respóndame, *signorina* Ciambra. ¿O debería decirle *signora*?

Siento las mejillas arder.

—Soy soltera.

No pasa desapercibido que él usó solo mi apellido siciliano, y la forma en que lo pronunció hace que mi corazón se acelere.

Es como si intentara convencerme de asumir mi lado italiano, cosa que ya hago, en realidad, ya que fui criada por mi abuela hasta el momento de ir al internado, y toda mi cultura proviene de Sicilia. Mi padre nunca se tomó la molestia de hablar sobre mis abuelos paternos, y todo lo que sé de ellos es por fotos y recortes antiguos de periódico que busqué por mi cuenta. Pero fuera de esa carga genética y el apellido, no hay nada irlandés en mí.

Aun así, me resisto a responder. No tengo experiencia con hombres, pero no la necesito para entender que este hombre representa un peligro con mayúsculas.

Ahora comprendo la preocupación de la *signora* Genevose respecto a mis compañeras acosando al doctor Parisi Trovato. Además de ser rico y poderoso, es guapo de una forma que hace suspirar a las mujeres.

Más aún a las que, como yo, viven con la nariz metida entre las páginas de novelas románticas soñando con un amor como los de las historias que leemos.

—Primero quiero disculparme por lo que voy a preguntar, pero no puedo resistirme. ¿Por qué es importante saber si me considero más siciliana que irlandesa?

—Todo lo que se cruza en mi camino y despierta mi interés es importante para mí.

—¿Y hay muchas cosas que despiertan su interés?

—No —dice simplemente, provocando una oleada de calor en todo mi cuerpo.

—Me considero más siciliana —respondo, mientras me repito a mí misma que este hombre solo es arrogante y probablemente le gusta tener el control de todo.

Hay una razón por la que estoy atendiéndolo: mi jefa me considera la mujer menos atractiva de la biblioteca, y fue por eso, porque pensó que no tendría la menor oportunidad con el magnate, que me asignaron esta tarea.

—¿Hace cuánto vive usted aquí? Tiene acento estadounidense, aunque habla bien mi idioma.

—Hace pocos meses. Y quien tiene el mérito de que hable bien su… hum… *nuestro* idioma, es mi abuela. Una siciliana legítima —digo, sin poder evitar sonreír.

No lo pensé antes de decirlo. Me salió natural, porque pensar en mi abuela siempre me hace sonreír, pero al alzar la mirada hacia el *signor* Parisi Trovato, noto un cambio en su expresión.



Carmine

Sí, sin duda, Lexi Ciambra es una mujer hermosa. Una joya escondida bajo ropa sin forma, pero al observarla más de cerca, no está tan lejos de la primera impresión que tuve de ella. Claro que no tiene edad para ser madre superiora, pero novicia… sí.

Ese pensamiento ocupaba mi mente mientras intentaba presionarla para que se soltara, hasta que sonrió, y la mujer que al principio me pareció linda se volvió también completamente deseable, haciendo que la temperatura de mi sangre siciliana se elevara.

—Es un placer conocerla, Lexi Ciambra —finalmente la saludo como corresponde, aunque soy consciente de que la estoy mirando sin disimular mi interés, lo cual no tiene el menor sentido.

¿Qué demonios me pasa?

Molesto por esta atracción inesperada, no solo hacia alguien tan joven, sino también claramente ajena a mi mundo, le digo, usando el mismo tono con el que hablo a mis empleados:

—Estoy listo para revisar los libros en cuanto usted lo esté también.



Lexi



Capítulo 11

Media hora al lado de Carmine Parisi Trovato y mi corazón late desbocado.

El hombre es implacable en sus preguntas sobre los libros que donó a la biblioteca y parece concentrado únicamente en su tarea, sin embargo, cada vez que nuestras miradas se cruzan, tengo la sensación de que…

No, claro que eso es producto de mi imaginación romántica. Alguien así jamás se interesaría en mí.

El olor a cuero de las encuadernaciones llena el aire mientras intento concentrarme en mi trabajo y no en el siciliano que tengo al lado.

En este preciso momento, sostiene el último ejemplar que debe revisar y pasa las páginas con esas manos enormes, debidamente enguantadas, con cuidado.

Aprovecho para observarlo mejor.

El rostro del *signor* Parisi Trovato parece esculpido por un artista talentoso. Como una obra de arte del mármol más raro.

Levanta la cabeza de repente y sus ojos azules se encuentran con los míos. Son de una intensidad desconcertante y están fijamente centrados en mí. Es una mirada que no titubea y me da la sensación de que es el tipo de hombre que no se intimida ante los desafíos. Al contrario, les da la bienvenida.

—¿Satisfecho? —me obligo a preguntar.

—Ni cerca de eso, pero ya cumplí con lo que vine a hacer aquí —dice, de forma enigmática.

Su presencia llena la sala, como si ocupara cada centímetro del lugar, como si flotara sobre mí. Estoy nerviosa y, al mismo tiempo, no quiero que se vaya todavía, lo cual intuyo que es lo que está a punto de hacer.

Mi cuerpo tiembla ligeramente y, tratando de recuperar algo de control sobre mí misma, adopto un tono profesional.

—Lamento si no logré aclarar todas sus dudas. Como le dije, llevo poco tiempo trabajando en la biblioteca.

—¿Dónde vivía antes?

—En Suiza. Estudié en un internado toda mi vida —respondo, sintiéndome completamente provinciana.

Claro que mi internado era de excelente nivel, pero aun así eso me convierte en alguien inexperta al lado de un hombre que, estoy segura, es un ciudadano mundano.

—¿Internado?

Asiento con la cabeza, algo incómoda.

—¿Cuántos años tienes?

Definitivamente, este hombre no es alguien convencional. Invadió por completo mi espacio personal y me pregunto cómo se sentiría él si fuera al revés.

Seguro me mandaría a ocuparme de mis propios asuntos. Hombres como él crean sus propias reglas.

—Veinte. Si está pensando que soy muy grande para estar en un internado, la respuesta es simple: mi padre insistió en que continuara en la universidad de allí, que también era solo para señoritas, siguiendo la misma línea.

Él parece sorprendido.

—¿Por qué lo obedeciste?

—Quería estudiar para ser bibliotecaria y la universidad era excelente.

—¿Y las fiestas?

—¿Qué?

—Las chicas de tu edad quieren disfrutar de la vida.

Tengo que esforzarme mucho para no preguntarle cuántos años tiene, porque por la forma en que habla parece mucho mayor que yo, aunque estimo que, si bien hay una gran diferencia entre nosotros, no debe tener más de treinta y cinco.

—Yo estaba más centrada en mis estudios.

No le explico que, en realidad, todo lo que quería era tener mi propio dinero para cuidar de mi abuela. Cuando este hombre se vaya, en unos minutos, olvidará mi nombre en cuanto entre a su auto, así que, ¿qué le importa mi vida?

—¿Internado para señoritas…? ¿Nada de novios?

—No. Soy una chica de libros y chocolates. —Casi sonrío otra vez, pero me contengo justo a tiempo.

—¿Te gusta el chocolate?

—Sí, es mi pecado favorito —respondo, minimizando el poder que tiene sobre mí. Soy adicta al chocolate y al azúcar—. Como le dije antes, quiero disculparme si dejé sin responder alguna de sus preguntas, porque realmente no creo que yo haya sido la persona más adecuada para recibirlo.

—Entonces, ¿por qué te enviaron a recibirme?

Dios mío, podría cambiar mi pecado favorito de chocolate por Carmine Parisi Trovato. La manera en que dijo *"entonces, ¿por qué te enviaron a recibirme?"* me hizo sentir como una acompañante de lujo rumbo a la cama del magnate, aunque dudo que alguien como él necesite pagar por compañía, sea cual sea el nivel.

—La respuesta es algo embarazosa y quizás inapropiada.

—Estoy bien con la parte de "inapropiada" —dice, y pensamientos realmente inapropiados, salidos directamente de mis fantasías sexuales sacadas de mis libros, llenan mi mente.

Pero pensar en explicar la verdadera razón por la que me asignaron a atenderlo me mata de la vergüenza.

—La directora creyó que todas las mujeres de aquí se… hum… *sentirían atraídas* por usted.

—¿Y tú serías la única inmune a mis encantos?

Guardo silencio varios segundos, avergonzada hasta la raíz del cabello, pero él me mira de tal forma que sé que no me dejará ir sin una respuesta.

Suspiro, molesta conmigo misma por preocuparme. Probablemente, la *signora* Genevose tenía toda la razón.

—Ella cree que yo soy insulsa, y que aunque yo me interesara en usted, lo contrario jamás sería posible.

Por primera vez desde que nos vimos, parece tener la guardia completamente baja.

—¿Qué?

—Supongo que fue amable al no decir directamente que soy fea, pero en el fondo, significa lo mismo. Así que lamento mucho si no cumplí con sus expectativas en cuanto a las explicaciones de los libros. Traté de

hacerlo lo mejor posible, pero como pudo comprobar, están en buen estado.



Carmine

Miro a Lexi, esperando que me diga que esto es una broma, pero no tardo en entender que habla en serio.

Llamarla “insulsa” es algo que solo haría otra mujer, porque cualquier hombre con sangre en las venas vería su belleza.

Sí, admiro a mis parejas con vestidos provocativos, y hay algo seductor en una mujer segura de su apariencia, pero Lexi podría vestirse como quisiera, incluso con esos trajes sin gracia que lleva puestos, y nada podría ocultar la perfección de su rostro, o cómo su cuerpo es deliciosamente curvilíneo en los lugares correctos.

—Si usted está satisfecho, yo…

—¿Qué opinas de lo que dijo tu jefa?

—No me importa.

—Lo dudo. Todas las mujeres que he conocido son sensibles respecto a su apariencia.

—Tengo asuntos más urgentes de los que preocuparme.

“Olvídala”, me dice una voz interior. *“No es tu problema"*.

Sin embargo, hay algo en su resignación que me irrita y, en un impulso inusual en mí, me sorprendo diciendo:

—Quiero invitarte al lanzamiento de una nueva línea de chocolates de mi cuñada, en mi castillo.



Lexi



Capítulo 12

—¿Qué me estás contando? —pregunta Romy, aplaudiendo y bailando como loca por el cuarto en cuanto termino de contarles a ella y a Constance cómo fue mi día.

Ambas parecen tan emocionadas que mi abuela también se levanta y empieza a bailar con los bracitos en alto.

Siento ganas de reír y de llorar al mismo tiempo. Si Dios pudiera concederme un único deseo, sería liberarla de esta condición.

El Alzheimer es una enfermedad terrible que quizás hace sufrir más a la familia que rodea al paciente que al propio enfermo.

Verla feliz para mí vale más que el mayor tesoro del mundo.

—No lo voy a repetir —digo, sintiendo que la cara se me calienta—. Fui invitada al baile de lanzamiento de la nueva línea de chocolates Blanchard, en el castillo del *signor* Parisi Trovato.

—¡Un castillo digno de una princesa! —dice la abuela, abrazándome y haciéndome bailar un vals con ella mientras tararea una canción.

Toma como media hora que todas se calmen, que mi abuela se recueste para su siesta de la tarde, y entonces las tres vamos a mi habitación.

—¿Vas a ir, verdad?

—Me encantaría, pero no lo sé.

—¿Por qué no?

—Primero, ¿cómo llegaría? El castillo está en las afueras de Palermo.

—¡Ay, por el amor de Dios, Lexi! —dice Romy—. Aunque tengamos que vender dulces en la calle, vas a ir. Ese siciliano no te invitó porque sí. Está interesado en ti —afirma, justo cuando noto que busca su nombre en el celular.

—No hagas eso —le ruego, y ella se ríe.

—Intenta detenerme.

—Él no está interesado en mí. ¿Prestaron atención a lo que conté? Es probable que sintiera lástima y por eso me invitó.

—Tu jefa es una bruja —dice Constance.

—No insultes, hermana. Es pecado.

—Todavía no soy monja, y si crees que eso fue un insulto, es porque no tienes ni idea de lo que estaba pensando.

—Solo dijo lo que el mundo ve —respondo.

—Para nada. Esa mujer es una tonta si piensa que los hombres solo se fijan en la ropa que usas. Eres preciosa —dice Romy, aunque no pierde su sinceridad habitual—. Tal vez uses ropa extraña, como si siguieras en el internado, pero eso no cambia el hecho de que tu cara y tu cuerpo son perfectos.

—De todos modos, no sé cómo me comportaría allí. Ya no pertenezco a ese mundo, si es que alguna vez lo hice, porque desde que crecí, mis padres casi no me invitaban a las fiestas que solían frecuentar.

—Una noche de Cenicienta me parece una buena recompensa por el infierno de preocupaciones que has estado atravesando —dice la enfermera de mi abuela, y no puedo contradecirla.

—Ir al baile no cambiará el hecho de que dentro de una hora estaré comprometida con ese hombre horrible.

Ambas hacen una mueca de asco, pero de repente, Constance dice:

—¿Y si no es solo una simple ida al baile?

—¿Qué?

—¿Y si esa ida al baile es la puerta para lograr que ese asqueroso de Gagliano Basilotti desista del compromiso?

—¿De qué estás hablando, Constance? —pregunto, totalmente perdida.

—¿No era eso lo que planeábamos? ¿Una manera de hacer que él renuncie?

—Sí, pero no entiendo cómo.

—Vamos a armar un escándalo.

Esta vez, hasta Romy, que es la más atrevida de nosotras, la mira con preocupación.

—¿Bebiste algo?

—Muy graciosa.

—No, hablo en serio.

—Yo también. Escuchen. Para que Gagliano Basilotti desista del compromiso, Lexi tiene que hacer algo que la haga ver como inapropiada ante la alta sociedad siciliana.

—¿Inapropiada cómo? —pregunto como una tonta, temiendo la respuesta.

—Beber no sería una buena idea, porque corres el riesgo de perder tu trabajo, pero podría ser algo como que te vean besándote con un hombre. Imagínense, Lexi en un baile y un fotógrafo publicando fotos de ella en todos los diarios italianos, o incluso europeos, al día siguiente, abrazada a un ricachón.

—Primero, es un baile de máscaras, así que, ¿cómo sabrían que soy yo? Ser un misterio podría funcionar para el novio ficticio, pero no si mi

rostro no se ve. Además, ese plan loco arruinaría mi reputación.

—Pero esa es la idea.

—¿Hacer que parezca una traidora?

—Quizás no haga falta llegar a tanto. Él va a ponerte el anillo hoy, pero no dijiste que el infeliz de Gagliano Basilotti avisó que recién lo anunciaría en los periódicos en el baile anual de caridad que patrocina, dentro de unas semanas. Solo herirías su orgullo. Seguro ni querrá que sus nombres se relacionen y quedará como un cornudo.

—¡Dios mío, Constance! —dice Romy—. Estoy parcialmente preocupada por ti, pero al mismo tiempo amando esta idea. Solo discrepo con lo de mantener en secreto la identidad del novio por una noche. Tenemos que avisar a los reporteros con anticipación para que estén atentos al escándalo.

—¿Cómo?

—Vamos a mandar mensajes anónimos a los principales sitios de farándula, avisando que va a estallar un romance entre un Parisi Trovato y Lexi.

—¿Qué? —Llevo la mano al pecho, sintiéndome de pronto mareada —. ¿Estás loca? El señor Carmine me invitó, pero eso no significa que me va a besar ni nada por el estilo, ¡por el amor de Dios!

Romy sonríe sin dejar de mirar la pantalla del celular.

—No hablo de quedarte con él, sino con este —dice, mostrándome la imagen de otro hombre también guapísimo, aunque con una apariencia más joven que Carmine—. Se llama Michele Parisi Trovato y por lo que pude averiguar, es el más mujeriego de los hermanos. También está soltero, así que solo necesitamos dejarte preciosa y listo, tenemos el escándalo armado.

—No voy a hacer eso. Podría perder mi empleo en la biblioteca.

—¿Por qué? ¿Por besar a un magnate? No lo veo tan grave —dice Constance.

—Chicas, esto nunca va a funcionar.

—Lexi, ¡sí funcionará! También podríamos correr el rumor entre los reporteros de que Gagliano Basilotti está interesado en ti. Se va a sentir humillado y dudo que su orgullo le permita seguir adelante con ese matrimonio.

—Es un plan muy loco.

—¿Tienes otro?

—No.

—Yo creo en el destino —dice Romy—. Dios puso a ese siciliano en tu camino, y no fue por nada. Él es la clave para liberarte de ese trato indecente con tu padre.

Cuanto más las escucho, más sentido cobran sus argumentos.

—Necesito pensarlo.



Lexi



Capítulo 13

Entro en la sala para encontrarme con las cuatro personas que me esperan para la cena de compromiso, pero por cómo me siento, bien podría estar llegando a un funeral. Mi propio funeral.

La noche en que una mujer es pedida en matrimonio debería ser un momento feliz, pero yo me siento como una mercancía siendo negociada, y si no fuera por mi abuela, mandaría a todos los que están aquí directo al infierno.

—Hija, podrías haberte arreglado un poco más —dice mi madre con una sonrisa forzada, al verme usando la misma ropa con la que regresé hoy de la biblioteca.

Aunque intenta sonar delicada, sus ojos destilan hielo sobre mí, pero a diferencia de cuando era niña, ya nada de lo que haga me afecta.

Saludo con un leve movimiento de cabeza a Gagliano Basilotti y a sus dos hijos, y decido ignorar a mi padre. De todos los presentes, es a él a quien le guardo mayor rencor.

Me siento traicionada por mis padres, utilizada por este cretino de Gagliano Basilotti, y en cuanto a sus hijos, aunque no tengo idea si saben del arreglo indecente, no me importa lo que piensen, porque incluso si no tienen conocimiento de que me están “vendiendo”, no hace falta ser Einstein para notar que este no es un compromiso por amor.

¡Soy más joven que el hijo menor de Basilotti, por el amor de Dios!

Constance dio la excusa de tener dolor de cabeza para no bajar, y Romy… bueno, mis padres nunca le permiten cenar en el comedor

principal, y dudo que a ella le importe.

Durante toda la comida, me siento como un animal siendo subastado, una mercancía negociada para que mis padres obtengan beneficios materiales.

No como ni bebo, solo ruego que esta tortura termine pronto.

Cada vez que miro a Gagliano Basilotti, mi corazón se llena de amargura y rabia, porque parece completamente indiferente a mi incomodidad. Le da igual cómo me siento.

Visualizo la imagen de mi abuela, la traigo a mi mente para mantener la cordura, calmando la tormenta que se forma en mi pecho.

Esa figura frágil que hoy bailó conmigo, sonriendo, llamándome princesa, tan llena de amor que es casi imposible creer que dio a luz a un ser como mi madre.

La cena por fin termina y mi madre ordena a la empleada traer el champán y las copas junto con el postre.

No podría decir, ni siquiera para salvar mi vida, qué fue lo que dijo Gagliano Basilotti cuando me propuso matrimonio y puso un enorme anillo de compromiso en mi dedo.

Me niego a posar para una foto cuando su hijo menor, un idiota que ahora tengo claro que se está divirtiendo con la situación, saca su celular del bolsillo. Pero es cuando mi “comprador” intenta rodearme la cintura y jalarme para besarme que pierdo el control por primera vez en la noche.

—No. No tengo duda de que usted —enfatizo la palabra “usted”— sabe que me están obligando a aceptar este acuerdo, pero no va a tocarme hasta que estemos casados.

No lo miro a él al hablar, sino a mi padre, que parece a punto de tener un infarto. Mantengo la cabeza en alto, dejando claro que hablo en serio, y el hijo menor de Gagliano se echa a reír.

—Esto es mejor que un reality show.

—¡Cállate, Bertolino! —ruge su padre, y llego a la conclusión de que no puedo seguir aquí ni un segundo más o terminaré lanzándole el champán en la cabeza a mi "prometido".

—Ya cumplí con lo pactado. Me voy a mi cuarto —digo, sin importarme lo más mínimo la buena educación, pero cuando paso junto al hombre que cree que tendrá algún derecho sobre mí algún día, me agarra del brazo.

—Cumpliste por ahora —susurra para que solo yo lo escuche—. Cuando estemos casados, me vas a pagar por lo que hiciste hoy.

Me suelto con un tirón y subo las escaleras con los ojos llenos de lágrimas. Voy directo a mi cuarto, pero al abrir la puerta veo que Romy y Constance me están esperando, sentadas en mi cama.

Dejo que las lágrimas fluyan y ambas me abrazan.

—¿Qué pasó?

Les cuento sobre la cena y también sobre la amenaza que Gagliano Basilotti acaba de hacer.

—¡Es un desgraciado! Nunca dejaremos que te ponga un dedo encima —dice Romy.

Respiro hondo y tomo una decisión que en ese momento no sabía que cambiaría mi vida para siempre.

—Vamos a hacerlo: el escándalo, avisar a los reporteros, todo. No creo que haya otra salida. Me muero de miedo de que ese tal Michele ni me mire, pero voy a apostar todas mis fichas al magnate mujeriego.

Constance me da una sonrisa.

—No te preocupes. Me encargaré de que no pueda ignorarte. Ya revisé tu armario. Hay un vestido que es simplemente perfecto, y será un milagro si los multimillonarios no se pelean por ver quién te besa primero.

—No bromees con eso. Necesito encontrar la manera de ser fotografiada con ese hombre o el plan no servirá.

—Aún tengo contactos de mi vida anterior —dice Constance sin dar más detalles—. Todo va a salir bien.



Lexi



Capítulo 14

La noche está relativamente cálida, como suele ser en el verano siciliano. Ha sido así desde que puse pie en suelo italiano. Por eso, atribuyo el frío que siento bajo la piel a una mezcla de nerviosismo y excitación.

Intento caminar con calma. Bajé del taxi como si fuera lo más natural del mundo caminar por una alfombra roja rodeada de fotógrafos y guardaespaldas que parecen, ellos mismos, celebridades.

Mientras avanzo, escucho a uno de los paparazis gritar:

—¡Hey, guapa, regálame una sonrisa!

Me doy vuelta automáticamente hacia él y sonrío. No fue algo calculado. Soy naturalmente amable y me agradan los seres humanos la mayor parte del tiempo, pero en cuanto lo hago, varios flashes de cámaras explotan frente a mí.

El mismo hombre que me habló primero me pregunta:

—¿Cuál es tu nombre?

Respiro hondo, sabiendo que en el momento en que abra la boca, las ruedas del plan que hice con Constance y Romy comenzarán a girar.

—Soy Lexi Ciambra McGhee —respondo con toda la calma del mundo, para asegurarme de que lo entienda.

—¿Y qué viniste a hacer aquí, Lexi?

Fingo frivolidad y me encojo de hombros.

—¿Qué más podría hacer? ¡Vine a divertirme, por supuesto!

Es como abrir una compuerta y ver salir una estampida. De inmediato escucho varias preguntas.

—¿A divertirte con alguien?

—¿Qué planes tienes para esta noche, Lexi?

—¿Alguien te está esperando?

Opto por responder solo la última, y con una sonrisa que espero sea seductora, digo:

—Puedes apostar que me están esperando. Me invitó un hombre fascinante y espero que esta noche sea… —hago una pausa— solo el comienzo para nosotros dos.

Escucho risas y más flashes iluminan mi rostro, pero continúo caminando porque no podría mantener esta farsa mucho tiempo.

Hace dos días llegó una invitación a la biblioteca. Sinceramente, esperaba que Carmine olvidara que me había invitado o que no la enviara, pero un mensajero me la entregó, junto a una caja de chocolates y una tarjeta con el membrete del siciliano donde decía:

“Solo un aperitivo, Lexi Ciambra".

Mi mente dio mil vueltas tratando de entender el significado de ese mensaje, pero al final, me rendí.

Camino sin apuro porque necesito ser vista, pero también porque temo tropezar y estrellarme contra el suelo.

El vestido negro largo parece moldearse a mi piel y me siento desnuda, ya que no estoy acostumbrada a usar ropa así. Es atrevido y, junto a la máscara, me da un aire de misterio y también un toque provocador.

La parte superior tiene un escote pronunciado, ya que además de ser sin tirantes, deja visible el valle entre mis senos.

Una abertura recorre toda mi pierna, deteniéndose apenas a unos centímetros de mi ropa interior, y hasta ahora no entiendo qué pasó por la cabeza de mi madre para elegir algo así para mí. Es completamente nuevo. Estoy segura de que nunca lo había usado.

De hecho, por primera vez desde que llegué a Sicilia, hice un recorrido con Romy y Constance por mi clóset y descubrí que la ropa que hay dentro parece haber sido elegida para otra persona, lo que me hizo pensar si mis padres ya planeaban desde hace tiempo negociarme con algún hombre y simplemente aceptaron la oferta más atractiva.

Completando la imagen de mujer fatal, llevo una máscara negra (regalo de Constance) que cubre solo mis ojos. Mi cabello está suelto y brillante, cayendo en cascada por mi espalda.

Me siento sexy y hermosa, y me pregunto qué diría la *signora* Genevose si me viera ahora.

Constance eligió el vestido, y junto a Romy se encargaron de peinarme y maquillarme. Fue una suerte que mis padres hayan viajado justo este fin de semana a París, porque no tengo idea de cómo habría podido explicarles que estoy vestida como para una cita con la realeza.

Para distraer el nudo que se forma en mi estómago, mientras saco mi invitación de mi bolso y la entrego a la anfitriona en la entrada del castillo, recuerdo la reacción de mi abuela al verme lista.

Sus ojos brillaron de alegría. Fue como si el Alzheimer hubiera desaparecido, lo que sé que es una ilusión. Pero en ese instante, revivió su pasado a través de mí, y me sentí feliz de haberle regalado esa felicidad.

—*Esa es mi niña. Una verdadera princesa* —dijo mi abuela con orgullo, con sus ojos brillando de emoción y, tal vez, un poco de nostalgia—. *Siempre supe que algún día serías tan feliz como lo fui yo. Ve a encontrar a tu príncipe, querida.*

Sentí remordimiento, porque lo que planeamos esta noche no tiene nada de cuento de hadas, y sí mucho de manipulación. Vamos a usar a un hombre que ni siquiera me conoce para crear un escándalo. No tengo dudas de que cuando todo salga a la luz, Carmine Parisi Trovato se arrepentirá de haberme dado esa invitación.

Constance me confirmó que contactó a paparazzis que, sabe Dios cómo, ella descubrió que estarían presentes. En vez de calmarme, eso me puso aún más ansiosa, porque ahora no hay forma de dar marcha atrás.

La anfitriona sonríe y me da la bienvenida, pero aunque finjo naturalidad, la idea de entrar sola al baile me resulta intimidante.

Jamás pensé que llegaría el día en que tendría que usar a alguien, pero eso es exactamente lo que haré esta noche con Michele, uno de los hermanos menores de Carmine. Intentaré llamar la atención del magnate para que juntos protagonicemos un escándalo.

"No hay otra salida, Lexi", intento convencerme. *"Esta es la única oportunidad para librarte de Gagliano Basilotti".*

Entro al salón principal con las emociones a flor de piel, sintiendo el pecho cargado de sensaciones, miedo y fascinación al mirar a mi alrededor y ver el lujo algo sombrío del lugar.

Un aroma envolvente domina mi olfato, y enseguida identifico el olor a chocolate puro impregnando el aire como una tentación adictiva.

Me devoré la caja que vino con la invitación y disfruté su sabor. El chocolate Blanchard es uno de los más caros del mundo y no me lo puede permitir mi situación económica actual, así que saboreé esas trufas casi con devoción.

Una música suave se esparce por el ambiente y juro que todo aquí remite a la seducción. Desde la decoración en tonos púrpura y negro, hasta las paredes de piedra y las mesas repletas de dulces.

El hecho de que todos estén enmascarados, incluso los meseros, le da un aire de misterio a la fiesta.

A pesar de la tensión, me siento como una princesa. Es una pena que al final de la noche no tenga un príncipe a mi lado, sino un escándalo cuidadosamente planeado en el que yo seré la protagonista.

Alzo la vista hacia un candelabro de cristal que cuelga del techo alto.

La decoración evoca la era medieval, fascinante y enigmática.

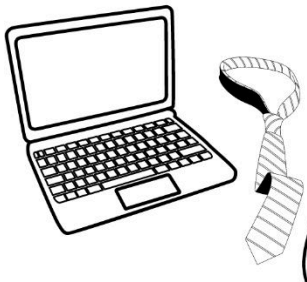
Candelabros enormes con velas iluminan cada rincón, las llamas danzando, desafiando las sombras, añadiendo aún más encanto a la noche.

El lujo desborda en cada centímetro del lugar. En los tapices que cubren el suelo frío, en la platería meticulosamente dispuesta sobre las mesas y en los numerosos arreglos florales.

Un mesero pasa y me ofrece una copa de champán. La acepto para intentar calmar los nervios y la bebo de un solo trago.

La única culpa que siento ahora es por usar a mi favor la invitación que Carmine me dio, y también porque intentaré besar a Michele para que nos fotografíen juntos, pero no hay ni una pizca de remordimiento en mí por supuestamente estar traicionando a mi prometido.

Gagliano Basilotti merece todo lo que estoy por hacerle, y más, por haberse aliado con mi padre en esta asquerosa trama y haberme negociado como si fuera un objeto.



Carmine



Capítulo 15

El murmullo de los invitados se eleva mientras entro a la fiesta de Allyson.

Llegué en helicóptero para intentar evitar a los paparazzis, porque sabía que estarían en la entrada del castillo.

Planeo pasar la noche aquí y espero que, para cuando me vaya mañana por la mañana, ya hayan desaparecido.

Saludo distraídamente con leves movimientos de cabeza a algunos conocidos. La máscara negra que cubre mis ojos no es suficiente para ocultar quién soy.

Después de hablar con mis hermanos y besar a mi cuñada (cuñadas, en realidad, porque para mí, Giovanna[10] está al mismo nivel que Allyson, ya que considero a mi primo Santo[11] como un hermano), me sumerjo entre la multitud, escapando para no verme obligado a interactuar con alguien en particular.

Sé que muchos de los hombres invitados intentarán aprovechar el momento para cerrar negocios, y en un día normal, no le daría mayor importancia, ya que mi vida gira, principalmente, en torno al trabajo.

Hoy, sin embargo, mis ojos recorren el salón principal del castillo en busca de un objetivo en particular, pero no consigo encontrarla por ningún lado, y me irrita la forma en que, de vez en cuando, mi mirada se vuelve hacia la puerta principal, como si la fuerza de mi pensamiento pudiera hacerla aparecer.

¿Y si viene qué pasará? Probablemente fue un error invitarla, Lexi Ciambra se sentirá fuera de lugar toda la noche.

Aun así, no puedo evitar desear volver a verla, y no tengo ni idea de por qué ese deseo me ha perseguido durante días.

Es una chica recién salida de un internado, sin ningún tipo de sofisticación, y además de todo, demasiado joven para mí. Entonces ¿por qué demonios no he podido dejar de pensar en sus ojos y en esa boca pecaminosa?

Lexi es, evidentemente, inocente, y todavía no logro entender qué entidad se apoderó de mí para que la invitara.

Es hermosa, de una forma única y sin pretensiones, pero parece muy tímida, y yo prefiero mujeres seguras de sí mismas.

A pesar de eso, algo me dice que, bajo esa capa exterior de chica buena, se esconde una mujer seductora.

Hay una chispa, una intensidad en ella, que me atrae como nada antes.

Recuerdo cómo sus delicadas manos pasaban las páginas de los libros que me mostró, y por más loco que suene, esa imagen me excita. Soy un hombre experimentado y sé por intuición que Lexi es profundamente sensual, aunque ni ella misma lo sospeche.

Sí, fue mi instinto de cazador el que me llevó a invitarla. El deseo no se razona. Es piel con piel.

Camino por el salón y, entre la multitud, reconozco a algunos miembros de la nobleza europea, empresarios, celebridades, pero el rostro que busco aún no aparece.

De pronto, escucho a un hombre hacer un comentario sobre la belleza de una de las invitadas, y su acompañante asiente con una

sonrisa maliciosa.

Me doy vuelta por curiosidad y siento cómo mi pulso se dispara cuando veo una figura vestida completamente de negro, incluida una pequeña máscara que solo cubre los ojos, a unos dos metros de distancia.

Aunque mi mente dice que es imposible que esa diosa sea ella, porque no se parece en nada a la joven modesta que invité, jamás olvidaría la belleza de su rostro ni la profundidad de esos ojos verdes.

La recorro con la mirada de pies a cabeza, y mi cuerpo reacciona cuando noto la atrevida abertura lateral del vestido.

La parte superior de la prenda alimenta aún más mi deseo, pues el escote profundo deja completamente visible el valle entre sus senos, llegando casi hasta el ombligo.

A pesar de lo provocativa que se ve, parece algo fuera de lugar, tal como lo había imaginado, y aún no ha hecho contacto visual conmigo.

La observo, hechizado, y no necesito ni un minuto para saber que Lexi Ciambra es la mujer con la que quiero pasar esta noche.

La joven de apariencia sencilla (pero hermosa) que conocí se ha transformado en un libro de misterio, un prisma lleno de matices, y no puedo esperar a descubrir quién es realmente: ¿la tímida empleada de biblioteca o esta mujer fatal que está a un brazo de distancia?

Doy algunos pasos hacia ella, acortando la distancia entre nosotros.

Me detengo frente a ella, y por su mirada sorprendida, sé que también me ha reconocido, pues una sonrisa vacilante aparece en sus labios.

Sin pensar demasiado en lo que estoy haciendo, extiendo mi mano para tomar la suya, delicada y temblorosa.

En lugar de un simple apretón, la llevo a mis labios y siento su piel arder contra la mía.

Hay un brillo en sus ojos cuando me mira.

El bullicio de los invitados que tanto me incomodaba al llegar desaparece, porque toda mi atención está centrada únicamente en ella ahora.



Lexi

Recorrí todo el salón hasta encontrar la razón por la que estoy aquí esta noche.

No, eso no es verdad.

Si fuera por elección, la razón para venir no habría sido Michele, sino su hermano mayor, Carmine. Pero, como bien señalaron Romy y Constance, el primogénito de los Parisi Trovato sería una opción equivocada para ayudarme con mi plan, por más que él me haga sentir cosas.

Según mis amigas, es conocido por ser discreto y nunca mostrarse en público con parejas. Michele, en cambio, no tiene problema alguno con que lo vean cada día con una mujer distinta.

No fue difícil ubicar al heredero mujeriego. De hecho, creo que vi reunidos a cuatro de los Parisi Trovato, pero solo uno estaba rodeado de mujeres, y parecía disfrutar de las risas femeninas y de cómo casi se le lanzaban encima.

Me bastaron unos minutos observándolo para entender que tendría que entrar en una especie de subasta de machos si quería que me notara esta noche, y ni siquiera sabría por dónde empezar.

Decidí seguir caminando un poco más, y después de recibir varias miradas de hombres presentes, me di cuenta de que no necesitaba a un Parisi Trovato: cualquier miembro de la alta sociedad europea serviría para mi plan.

Aun así, no podía decidirme por ninguno, hasta que, sin entender por qué, algo me hizo girar y mirar hacia el centro del salón.

Al principio, no podía creer que fuera él.

Carmine, aún más guapo que el día en que lo conocí, estaba allí, mirándome.

¿Me reconoció? Porque yo no tuve la menor duda de quién era ese desconocido sexy enmascarado.

Sin decir una sola palabra, vino hasta mí y tomó mi mano, llevándola a sus labios.

Sentí que las piernas me temblaban, y todos los planes que había hecho para esta noche desaparecieron de mi mente, porque lo único en lo que podía pensar era en tener esa boca en más partes de mi cuerpo.

Carmine es mi hombre ideal, salido directamente de las páginas de una novela romántica y hecho realidad; y en mis historias, la protagonista nunca deja pasar la oportunidad de ser feliz, incluso si eso termina siendo el mayor error de su vida.

—Lexi Ciambra —dice, con ese tono profundo y poderoso.

—*Signor* Parisi Trovato —respondo, y cuando veo la sombra de una sonrisa en sus labios, siento que me derrito…



Lexi



Capítulo 16

—Viniste. —Suena sorprendido, y por un instante, una oleada de inseguridad me invade.

—¿La invitación no era en serio?

—Todo lo que hago en mi vida, lo tomo en serio, Lexi.

No suelta mi mano, al contrario, pasa un brazo por mi cintura y comienza a caminar conmigo.

A cada paso, el sonido de la música se hace más fuerte.

—¿A dónde vamos?

—A bailar. A escapar un poco de la multitud.

—De su multitud.

—No es mía. No soy un hombre al que le guste estar rodeado de gente.

Quisiera que alguien me pellizcara para despertar de este sueño loco.

No puedo creer que esté pasando. Hace un minuto, estaba buscando por el salón a alguien que se ajustara a mis planes, y ahora Carmine, el hombre que creí tan inalcanzable como la luna, me sostiene por la cintura.

Finalmente llegamos a la pista de baile, donde hay apenas media docena de parejas, y durante varios segundos, que se sienten como una eternidad, él simplemente me observa a través de la seda negra de su máscara.

—¿Cómo supo usted que era yo? —pregunto, sin aliento, tratando de calmar los latidos desenfrenados de mi corazón cuando por fin me jala

contra su cuerpo duro y masculino.

Aunque me guía al ritmo de la música lenta, sigue mirándome, el rostro a pocos centímetros del mío, aunque en diagonal, porque Carmine es mucho más alto que yo.

Una leve sonrisa irónica se dibuja en sus labios.

—¿Y tú cómo supiste que era yo? —me devuelve la pregunta.

—Simplemente lo supe —respondo, aunque sé que mi contestación revela más de lo que quisiera—. ¿Y usted?

—*Tú* —ordena, y realmente no tiene sentido seguir tratándolo de usted.

—Tú —repito, en un suspiro corto, temiendo que note lo acelerada que estoy.

No soy tonta. Este hombre es el lobo feroz: guapo, sexy y experimentado. No tengo dudas de que se ha dado cuenta de que me estoy deshaciendo, literalmente, en sus brazos. Y la respuesta que me da enciende aún más mi cuerpo ya sobrecalentado.

—Reconocí tus ojos —dice, y levanto una ceja, sorprendida.

—¿Mis ojos? ¿Y la máscara, y…?

—Y reconocí tu melena castaña y tu naricita pequeña —continúa, mientras enreda un mechón de mi cabello entre sus dedos—. Y reconocí… —Me mira fijamente, se acerca, y cuando siento su pulgar rozar mi labio inferior, sin tener idea de lo que estoy haciendo, los separo—. Reconocí esa boca tan bonita, Lexi.

La atracción que siento por este hombre, que es prácticamente un desconocido, hace que mi corazón se acelere a un ritmo frenético.

En algún rincón profundo de mi mente, una voz me dice que no puedo perder de vista mi objetivo, pero decido ignorarla.

Apenas noto que la música ha quedado atrás, y solo entonces me doy cuenta de que ya no estamos en la pista de baile, sino en un balcón.

Me siento atrapada en un juego de seducción cuyas reglas desconozco, pero del que no quiero escapar.

Mi mente navega entre el deseo y el deber, pero sé que es una lucha perdida.

Carmine tiene algo que me envuelve, me vuelve adicta a su toque en cuestión de segundos.

Ahora somos solo nosotros dos afuera, y espero con ansiedad su próximo movimiento.

Sé lo que quiero: que me bese, sentir sus labios sobre los míos, su lengua dentro de mi boca, pero él no parece tener prisa.

¿Lo hace a propósito? ¿Sabe cuánto deseo que me bese?

Estoy perdida en sus ojos y me rindo ante la belleza de este hombre irresistible.

Quiero huir de él y también quedarme aquí para siempre, y el caos de mis emociones me confunde. Pero no tengo tiempo de pensar mucho, porque enseguida su boca baja hacia la mía.

La mano que rozó mi labio ahora sostiene un lado de mi rostro, y esa caricia sutil, incluso inocente, provoca escalofríos que recorren toda mi piel.

Sus labios aún no se mueven, y cuando lo siento inhalar profundamente, como si me oliera, el calor se esparce entre mis muslos y todo mi cuerpo se estremece de anticipación.

Su aliento tibio me envuelve justo cuando abre la boca para dominar la mía.

Todo a mi alrededor parece vibrar con la intensidad de lo que siento al rendirme a su contacto.

Sus labios se mueven con habilidad sobre los míos, pero no es solo eso, es como si también me estuviera saboreando.

Primero prueba, y por una fracción de segundo, el beso es suave, pero enseguida se profundiza, volviéndose exigente.

La sensación es embriagadora. Carmine explora mi sabor, su lengua danza en mi interior, provocando una tensión deliciosa y casi insoportable.

Cuando sus dientes rozan mi labio inferior y lo muerden con suavidad (pero lo suficiente como para doler) la lujuria en mí se desborda aún más.

Una de sus enormes manos recorre mi espalda, y cuando gimo contra sus labios, la desliza hacia mi culo, atrayéndome contra su cuerpo firme.

Casi pierdo la fuerza en las piernas al sentir la dureza de su erección contra mi abdomen, y cuando sus dedos se enredan en mi cabello y tiran ligeramente, pierdo por completo la capacidad de pensar.

En este momento, soy una hembra entregada a su macho. Al hombre seductor que parece saber exactamente qué hacer para volverme loca.

Su lengua se entrelaza con la mía y alterna entre ternura y rudeza, en una combinación letal de dulzura y demanda.

Es como ser guiada en una danza sensual o probar una droga de la que se vuelve uno dependiente de inmediato.

Cuanto más me besa, con más intensidad respondo, y no creo que ninguno de los dos pueda detenerse.

Mi cuerpo late de ansiedad por algo que no sé nombrar, pero tengo claro que quiero más.



Carmine

—Ven conmigo. —Me obligo a separar mis labios de los suyos, porque no confío en mí mismo si me quedo aquí.

La química sexual con Lexi es abrumadora en su fuerza. El deseo que esta mujer despierta en mí es crudo y salvaje.

Ambos estamos jadeando, y sus labios, levemente hinchados por la rudeza con que la besé.

—¿Ir contigo?

—Quiero mostrarte el resto del castillo. No pienso compartirte con nadie más esta noche, *bella* Lexi.



Lexi



Capítulo 17

Sé que la invitación que me está haciendo no es solo para un simple recorrido por el castillo, al igual que sé que quiero aceptarla con cada gota de mi sangre.

Hasta que Carmine me besó, no tenía idea de cuánto ansiaba vivir, ni de mi necesidad de salir del mundo de sueños y páginas de novelas que leo, para zambullirme en lo real.



Carmine

Puedo ver sus pensamientos escritos en su hermoso rostro.

La leve sorpresa inicial tras mi invitación es rápidamente sustituida por fuego en sus ojos.

Ella asiente con la cabeza, pero eso no me basta.

—Quiero oírte decir que eso es lo que deseas, Lexi.

Ella me mira, y yo no aparto los ojos, para que no le quede duda de a qué está accediendo. No soy un salvaje, no pretendo tomarla a la fuerza, pero si los besos que compartimos son una muestra de la química entre nosotros, pasaré esta noche dentro de su cuerpo, tomándola una y otra vez.

—Quiero… eh… conocer tu castillo.

Pongo mi mano en la parte baja de su espalda y la guío, alejándola de la multitud, llevándola a la biblioteca.

Podría ir por la escalera principal, pero no quiero exponerla a miradas curiosas.

Aquí hay una puerta secreta que lleva a los pisos superiores.

Treinta minutos después, le he mostrado apenas la mitad del castillo, pero mientras Lexi admiraba las pinturas y tapices de los pasillos, ordené que un camarero sirviera algunas cosas en mis aposentos.

—Esto es enorme.

—Lo es. Y si estás lista para una pausa, mandé que llevaran chocolates y champán a mi suite.

Ella me mira por encima del hombro con una sonrisa que mezcla timidez y provocación.

—¿Chocolate?

—Te invité al lanzamiento del chocolate de mi cuñada. Soy del tipo que cumple sus promesas, Lexi.

Nos acercamos a la puerta de roble que da a mi espacio personal en el castillo, pero Lexi se detiene y se gira hacia mí.

—¿Qué significa si decido decir *que sí* y entrar contigo?

—No corres ningún riesgo conmigo, si es lo que piensas. Un no es siempre un no, en cualquier idioma, Lexi.

—Yo no…

—No tienes que confiar en mí, no me conoces, pero… ¿por qué en vez de pensar tanto no aceptas mi invitación y disfrutas del chocolate?

—¿No quedará mal que te escapes de tu propia fiesta?

—La fiesta es de mi cuñada. La propiedad me pertenece a mí. Además, no permito que nada limite mis deseos.

—Excepto la palabra "no" —provoca ella.

—Exactamente.

—Quiero entrar.

Normalmente no me siento ansioso por estar con una mujer, pero no me gusta cuando mi mundo se desordena, y este deseo salvaje que ella me provoca, esta emoción desconocida, me hace necesitar descubrirla. Quiero entender por qué justo esta chica, que no encaja conmigo en nada, hace que mi sangre hierva y me obliga a actuar con más insistencia que de costumbre.

Me adelanto y abro la puerta. Le doy paso, y Lexi entra. Casi sonrío cuando la escucho soltar un "oh" de sorpresa.

Ahora se gira para mirarme, pero la tensión que antes mostraba se disuelve.

—Me engañaste, *signor* Parisi.

—No. Te invité a mi suite, pero nunca dije que solo habría una cama aquí.

—Estás siendo modesto. Es un departamento entero.

—Sí, lo es. Tiene setecientos cincuenta metros cuadrados.

—¡Madre mía! ¿Me lo puedes mostrar?

—Después. Ya cumplí con mi papel de anfitrión, ahora necesito que pruebes los chocolates de mi cuñada o Allyson jamás me perdonará el desaire.



Lexi

Estaba nerviosa. Incluso mientras caminábamos por el castillo, sentía sus ojos en mí todo el tiempo y no sabía exactamente qué esperar.

Hay una razón por la cual nunca me involucré en serio con nadie, ni siquiera durante las vacaciones cuando volvía a casa desde el internado.

No puedo imaginar tener sexo de manera mecánica, del tipo: besos, caricias y penetración.

Quizás por culpa de los libros que leo, quiero mucho más. Quiero ser seducida y sentirme tan abrumada por el hombre que esté conmigo que nunca pueda pensar después que fue un error.

Pero en este momento, estoy completamente segura de lo que quiero: disfrutar cada segundo de esta noche.

El lugar al que Carmine me ha traído y que él llama “suite” es en realidad un enorme apartamento, y ahora estoy en una sala amplia, con una decoración intensa que combina con el resto del castillo.

Muebles de madera oscura, tapizados en rojo, alfombras persas. El lugar es digno de un hotel de lujo.

Suena música instrumental suave. Debe haberla activado en el sistema central, porque no estaba sonando nada cuando llegamos.

Con el rabillo del ojo lo veo sirviendo champán, y cuando me giro para mirarlo, noto que solo ha llenado dos dedos de cada copa, lo que

me tranquiliza, porque es una señal clara de que no intenta emborracharme.

Abre la caja de chocolates, pero no me los ofrece, ni la bebida tampoco.

Deja todo sobre una mesita, mete las manos en los bolsillos del saco y me mira fijamente.

—Quítate la máscara.

—Con ella me siento valiente.

—¿No lo eres normalmente?

Me encojo de hombros.

—No soy tímida, pero nunca he puesto a prueba mi valentía.

—¿Y piensas hacerlo esta noche?

Sonrío.

—Ya vine aquí contigo.

—Ven, Lexi. Dijiste que te gusta el chocolate. Quiero verte comerlo.

Dios mío… ¿cómo puede este hombre hacer que una frase tan inocente suene tan sexual?

Me acerco a él, pero me detengo, esperando que me guíe.

Lo observo mientras toma un bombón y lo parte en dos.

—Pruébalo.

—¿No hay champán primero?

—No, cambié de idea respecto a la bebida. Te quiero completamente sobria.

Acerca el bombón a mi boca y no dudo en probarlo, pero luego señalo el otro pedazo que aún sostiene y finjo que voy a dárselo como él hizo conmigo. Sin embargo, apenas lo acerca a sus labios, me lo como.

Sé que estoy en problemas cuando veo sus ojos encenderse con un brillo que deja claro que no es el tipo de hombre al que se debe provocar. Sin pensar en lo que hago, salgo corriendo justo cuando él estira el brazo para atraparme.

No tengo idea a dónde voy, pero ser perseguida por Carmine es excitante, y cuanto más lo siento acercarse, más rápido corro.

Entro por una puerta y llego a una habitación completamente negra, excepto por la cama con dosel, sábanas y cortinas rojas. Apenas tengo tiempo para mirar alrededor, porque él me atrapa por la cintura y me empuja contra la pared, con su imponente cuerpo oprimiendo al mío.

—¿No sabes que no es buena idea provocar a un siciliano, muchacha?

A pesar de sus palabras, puedo jurar que hay diversión en sus ojos, lo que lo hace aún más irresistible.

—Soy mitad siciliana. Eso también debería servirte de advertencia.

Por un instante, sonrío, sin aliento por la carrera, pero cuando él levanta una de mis piernas con su antebrazo, la alegría se disuelve, sustituida por el deseo más puro.

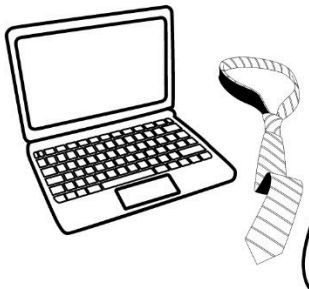
—¿Viniste al dormitorio a propósito?

—No. Quería provocarte, hacer sudar al poderoso siciliano.

—¿No temes las consecuencias?

—Estoy deseando conocerlas...


Meryartt



Carmine



Capítulo 18

—No quería apresurar las cosas, pero eres irresistible.

Esa mezcla de chica y mujer, la sensualidad con la que respondió a mis besos… todo eso, sumado a su actitud juguetona cuando escapó de mí, despertó un deseo incontrolable, haciendo que mi cuerpo reaccionara con ansias.

Incapaz de contenerme, la aprieto contra la pared con mi cuerpo, cazando sus labios con los míos en un beso dominante.

Se rinde ante la intensidad de mi hambre, sus manos rodean mi espalda, arañándome y provocando una oleada de placer que casi duele.

Su aroma me invade, delicioso y adictivo. Y cuando la beso otra vez, ya no me contengo. Libero mi verdadera naturaleza.

Una de mis manos recorre su cuerpo desde la cadera hasta esa cintura delgada.

El deseo por ella ruge dentro de mí, exigiendo liberación. Mi autocontrol flaquea, y aunque no quiero asustarla, no puedo dejar de besar esa boca dulce como la miel.

Mi lujuria se intensifica cuando su lengua busca la mía, se enreda, provoca.

Cuando nos separamos apenas para tomar aire, abre los ojos, y el brillo del deseo llena esas dos esmeraldas.

Respira entrecortadamente, y ver sus labios hinchados por mis besos hace que un calor abrasador me recorra por dentro.

La mirada de Lexi me promete placer. Es deliciosamente sensual.

—Dime si estoy yendo demasiado rápido —intento sacar algo de fuerza de voluntad a flote.

—Estoy aquí porque quiero, Carmine. No te detengas.

Enrosco su cabello en mi puño e inclino su cabeza hacia atrás, mordiendo y chupando la piel suave de su cuello.

Bajo los labios por su escote y, con los dientes, aparto la tela fina que cubre uno de sus senos, lamiendo su pezón endurecido, succionando la carne hasta oírla gemir.

Deslizo su pierna, pero dejo que mi mano recorra su muslo desnudo hasta alcanzar su ropa interior.

—Abre las piernas. Voy a tocarte toda, a saborearte entera, pero quiero empezar por esta vulva que ya está mojando mis dedos.

Vuelvo a besarle la boca y alcanzo el encaje de su lencería, apartándolo a un lado. Cuando toco su vulva por encima de la diminuta tanga por primera vez, ella tiembla.

La tela está empapada. Lexi está húmeda de puro deseo.

Mis dedos se deslizan dentro de la pequeña prenda hasta que mi mano queda completamente sobre su intimidad.

Suspira en mi boca cuando acaricio su clítoris por primera vez, y cuando deslizo apenas un dedo dentro de ella, se contrae a su alrededor.

—Está tan apretadita… Es deliciosa.

Empiezo a moverme con cuidado, entrando y saliendo a la mitad, porque no quiero lastimarla ni ir demasiado lejos hasta que esté lista. Nunca estuve con alguien tan delicada.

El deseo que esta mujer despierta en mí es primitivo.

Su piel arde, y la forma en que no solo se entrega, sino que responde a mis caricias, me está volviendo loco.

Sigo devorándole la boca con besos urgentes; necesito sentir sus labios, morderlos. Actúo como un cavernícola.

Su boca caliente se abre para mí, aceptando mi urgencia. Meto la lengua con hambre, arrancándole lo mejor de ese beso.

Lexi tiembla, gime mi nombre y se derrite en mis brazos, mientras nuestras bocas están devorándose.

—No te contengas. Lo quiero todo, *bella*.

—Yo no...

—Shhhh… No pienses demasiado conmigo. Quiero a la verdadera Lexi, no a la chica correcta que trabaja en la biblioteca.

Es como encender una mecha. Ahora se frota contra mí, su cuerpo se ondula buscando el mío.

Le bajo el vestido hasta la cintura con una sola mano, y sin dejar de jugar en su vulva con mis dedos, tomo uno de sus pezones con mi boca, chupándolo con fuerza.

Me araña el pecho por encima de la camisa, mostrándome un adelanto de cómo será en la cama.

La penetro con mi dedo hasta hacerla llegar al orgasmo, y la beso mientras su cuerpo aún tiembla.

—Date vuelta hacia la pared. Llevas demasiada ropa puesta.

Creo que ella sigue perdida en la lujuria, porque me obedece dócilmente y cuando por fin la tengo solo en tanga y tacones, me quedo sin palabras por su belleza.

La hago girar de nuevo y me vuelvo loco al ver la piel blanca de sus pechos marcada por mi barba, sus pezones hinchados y aún húmedos

por mi boca.

Me inclino frente a ella y le bajo la tanga. Ahora está completamente desnuda, salvo por sus tacones y su antifaz.

—Quítate todo —le pido, y ella lo entiende, metiendo la mano por detrás y quitándose su pequeña tanguita. Luego, sin previo aviso, ella me saca el pantalón.

—Quiero verte —dice.

Levanto la vista y Lexi parece una diosa dando consentimiento a su súbdito para devorarla, pero cuando llevo su muslo a mi hombro, de repente parece tímida.

—Yo nunca…

La miro perplejo.

¿Nunca nadie le ha comido la vulva con la boca? ¿Con qué clase de idiota se ha juntado? Entonces recuerdo que fue a un internado. Probablemente no tenga mucha experiencia con nada más que chicos de su edad, pero hasta que amanezca, le enseñaré lo que es dar y recibir placer.

—Tengo que probarte. Me vas a alimentar con ese delicioso flujo vaginal.

Solo está encendida la luz de la lámpara y ahora, después de esta muestra de timidez, creo que ella lo prefiere así.

Apenas la toco con la lengua y Lexi pierde fuerza en las piernas, así que decido que no es buena idea chupársela en esta posición por primera vez. Obviamente, es más inexperta de lo que pensé.

La llevo a la cama, recostándola con cuidado, y mi intención era desnudarme también, pero me mira con tanta inocencia que vuelvo a

cambiar de opinión. Me acuesto a su lado y sigo jugando con su vulva, tocándola con más delicadeza.

—¿Todo está bien?

—Sí, simplemente no sé qué hacer. ¿Puedes enseñarme?

Mierda.

Cierro los ojos unos segundos y luego decido que lo mejor es dejarla sentir segura de su propio cuerpo, confiada en su poder de seducción.

Me acuesto en la cama y ofrezco mi mano.

—Ven aquí. Empecemos las clases, *bella.* Vas a sentarte en mi cara y a alimentarme con esa vulva.

La tiro por la cintura y la pongo encima mío, con un muslo a cada lado de mi cara.

Agarro sus caderas y con mi pulgar acaricio su clítoris mientras la tiro hacia abajo, con mi lengua entrando en su delicioso canal.

—Ahhhhhh…

—Así es. Suéltate, Lexi. Gime fuerte y con fuerza.

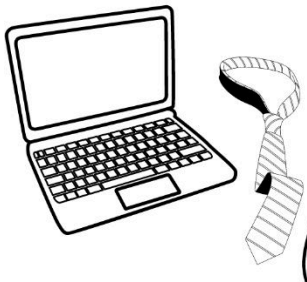
Separo sus labios vaginales húmedos con ambas manos y chupo su clítoris. Lamo su vulva con la boca abierta y meto la lengua hasta el fondo. La como solo un par de minutos antes de que me dé otro orgasmo, gimiendo mi nombre, llenándome la boca.

—Ahora, te sentarás nuevamente en mi lengua. Domina tu placer.

Al principio, ella se mueve tímidamente, pero cuando dejo que mis dientes raspen su clítoris y pellizco uno de sus pezones con mis dedos, pierde el control y comienza a rechinar, bajando cada vez más.

Solo cuando la hago acabar de nuevo, la bajo a la cama, la recuesto y me acomodo entre sus piernas. La beso profundamente en la boca, haciéndole gozar con lo bien que se siente en mi lengua, pero cuando

sus manos ansiosas empiezan a intentar desnudarme, sé que ninguno de los dos puede esperar más.



Carmine



Capítulo 19

Tengo mi vida bajo control, en la palma de la mano. Siempre ha sido así, no solo por la necesidad de mantener a mi familia en orden incluso antes de la muerte de mi padre, sino porque así soy yo.

Me gusta tener el control.

Cuando vi a Lexi en la fiesta, supe que la seduciría. Nada iba a impedirme tenerla. Como yo, es libre, y entre nosotros hay deseo de sobra.

Aun así, creí que sería una noche como tantas otras que ya viví, pero nada me preparó para la violencia del deseo que me invadió en cuanto la toqué.

La lujuria que encontré en lo profundo de sus ojos verdes está en perfecta sintonía con la mía.

Miro a la mujer que me está volviendo loco. Su cabello cae suelto sobre las sábanas rojas. Sus ojos no se apartan de los míos mientras me observa quitarme el resto de la ropa, incluido el bóxer.

Siento la sangre hervir en mis venas y un deseo insoportable, porque la forma en que Lexi me mira es como una promesa pecaminosamente seductora de placer.

Ya no es la misma chica que entró a esta habitación, sino una mujer que no oculta su propio deseo.

Acortando la distancia entre nosotros, dejo que mis instintos me dominen.

Sin apartar la mirada, le quito los zapatos uno a uno y beso la planta de sus pies. Lexi es tan sensible a mis caricias que cada respuesta de su cuerpo me descontrola.

Me arrodillo en la cama y dejo que mis manos recorran sus piernas, desde los tobillos hasta el interior de los muslos, acercándome cada vez más a su vulva.

Veo un atisbo de timidez mezclado con excitación.

En lugar de tumbarla y tomarla, como mi cuerpo exige, me inclino hacia adelante, la atraigo a mis brazos y la siento sobre mis muslos, no lo bastante cerca como para que mi verga se alinee con su vagina, pero sí lo suficiente para poder besarla.

—Tócame. Rodéame con tu mano y acarícíame. Me muero de ganas por sentir tu contacto.

Beso su boca con lentitud, de forma persuasiva, y Lexi se abre a mí con un suspiro suave al tiempo que me envuelve con sus delicados dedos.

Le muestro cómo rodear mi verga y comienzo un vaivén lento. Mi líquido preseminal moja sus dedos, y hasta el modo tímido con que me masturba me vuelve loco.

La levanto para que se arrodille frente a mí, sus pechos a la altura de mi boca. No deja de acariciarme, y mientras tanto, penetro su vagina con mi dedo medio, provocándola tanto como ella a mí, mientras chupo sus tetas.

Masajeo su canal estrecho, preparándola para mí.

Lexi separa las piernas sin que yo se lo pida, y su sumisión me saca de mi eje.

—Quiero llenarte por completo, *cuore mio*…

Mi pulgar acaricia su clítoris, y los movimientos combinados la enloquecen.

Gime alto cuando intento profundizar, pero antes de alcanzar siquiera la mitad, noto que su gemido no solo expresa placer, sino también algo de dolor.

—¿Lexi?

Al principio no responde, pero no voy a ignorarlo. La idea de hacerle daño es inadmisible.

Detengo las caricias y, sujetándola de la cintura con ambas manos, la alejo un poco para poder mirarnos a los ojos.

—¿Qué pasa?

—Jura que no vas a parar si te lo digo.

—Si te estoy haciendo daño de algún modo, claro que voy a parar.

—No me harás daño. Creo que es normal la primera vez y…

—¿Qué?

—Nunca lo he hecho.

—¿Nunca?

—Soy virgen.

—¿Virgen? —repito, en estado de shock.

Ella asiente con la cabeza, pero ya no me mira.

—No es gran cosa, solo… no quería esconderlo porque tengo miedo de que pienses que tengo experiencia y te decepciones.

Una voz en mi cabeza me dice que me aleje. Lexi no solo es demasiado joven para mí, también es completamente inocente, y merece mucho más.

No me avergüenza decir, sin embargo, que esa misma voz queda silenciada por mi deseo, porque la idea de ser el primero, aunque me

convierta en un cretino, me vuelve loco.

—¿Por qué conmigo?

—Porque fuiste el único que me hizo querer entregarme.

Sujeto su nuca con ambas manos y la obligo a mirarme.

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

—Te quiero a ti. No sé si te voy a decepcionar, pero…

—¿Decepcionarme contigo? No sabes cuánto te deseo.

—No.

La empujo de espaldas a la cama y me coloco sobre ella.

—No cierres los ojos ni un segundo durante toda la noche y la madrugada mientras esté dentro de ti —ordeno, completamente fuera de control—. Vas a mirarme todo el tiempo.

Ella asiente, con su rostro hermoso diciéndome que puedo tenerlo todo.

Quiero tomarla y someterla a mi deseo. Hacerla mía.

Me deslizo por su costado y guío la cabeza húmeda de mi verga hacia sus labios.

—Lámelo. Límpialo.

Su lengua sale lentamente de su boca y, al primer contacto con mi verga, mi mano va directo al centro de sus piernas, iniciando un vaivén cuidadoso con mis dedos dentro de su vulva, hasta que la siento abrir completamente las piernas.

Con la otra mano, sujeto su cabeza por debajo, atrayéndola hacia mí.

—Chúpame. Abre la boca.

Ella me mira desde abajo y luego abre la boca.

Un gruñido de anticipación se me escapa del fondo de la garganta.

Empujo hacia adelante y se abre aún más para recibirme.

Sigo con movimientos lentos y ella comienza a chuparme con timidez.

Salgo por completo y vuelvo a meterme, tomando el control. Poco a poco, se suelta. Me chupa de forma deliciosa, con sus labios rosados envolviendo mi verga.

Estoy muy cerca de acabar, pero aunque la idea de llenar su boca de semen me vuelve loco, me obligo a detenerme.

Vuelvo a posicionarme entre sus muslos y chupo sus pechos, deteniéndome en cada uno. La piel de Lexi se ha convertido en mi sabor favorito.

Ella jadea, y bajo por su cuerpo hasta tener su vulva alineada con mi boca.

Lexi tiembla y gime cuando vuelvo a lamerla, hundiendo la lengua en su interior.

Me acerco a mi pantalón en el suelo, tomo un preservativo, lo deslizo sobre mi erección gruesa, y regreso a sus piernas.

Me inclino para besar la parte interna de sus muslos, tocando su piel suave con la punta de los dedos.

Acaricio sus pechos redondos, pesados por la excitación.

Tomo uno con la boca, chupando y succionando.

Ella se retuerce, sus manos van a mi cabello, tirando con fuerza, jadeando, gimiendo mi nombre.

Deslizo una mano al centro de sus piernas. Está empapada otra vez.

Me alineo con su abertura y capturo sus labios. Sus manos se aferran a mi rostro, profundizando el beso con la misma hambre que yo siento por ella.

Estoy penetrándola con la lengua y, al mismo tiempo, empujo mi verga gruesa entre sus pliegues húmedos.

Ella emite un gemido ahogado y una de sus manos se aferra a mi hombro, con sus uñas clavándose con fuerza, provocándome un placer salvaje, áspero.

Me siento tenso por la contención. No me permito empujar con toda la necesidad que mi cuerpo exige, hasta que, poco a poco, al sentir que no voy a hacerle daño, el cuerpo de Lexi comienza a moverse bajo el mío.

Clavo los dedos en su culo, la levanto y entro hasta encontrar la prueba incontestable de su inocencia.

Apenas he pasado la cabeza y aun así, la sensación de que me aprieta por dentro es deliciosa.

Empujo hasta la mitad y su cuerpo se tensa.

Me detengo, sin retirarme. Beso su cuello, el valle entre sus pechos y otra vez su boca.

—Ahhhhh…

El gemido, mezcla de dolor y deseo, sus ojos fijos en los míos, todo contribuye a aumentar mi urgencia por poseerla.

—El dolor va a pasar —digo, y en un solo movimiento, la penetro con una embestida profunda.

Ella gime fuerte, pero no de placer, sino por la agonía de la invasión en su cuerpo estrecho.

Lexi no se mueve, apenas respira, completamente tomada, llena por mi verga.

Intento quedarme quieto, pero cuando su vagina empieza a contraerse en pequeños espasmos, sé que tengo que moverme o voy a

perder la cabeza.

Salgo muy despacio, moviéndome dentro de ella con todo el cuidado que soy capaz, pero sentir cómo su vagina me traga hace que contenerme sea la tarea más difícil del mundo.

Beso su boca mientras masajeo su clítoris para que se relaje y, poco a poco, la siento dilatarse, dándome espacio.

Sus manos estaban aferradas a la sábana, pero ahora se posan en mis hombros.

No dejo de acariciar su duro clítoris y ella se estremece, mordiéndome el pecho como si intentara evitar gemir en voz alta.

Quiero todo de ella, estoy completamente loco de deseo. Su vagina está caliente y mojada, y nunca antes tuve que controlarme tanto. Mi instinto es enterrarme en ella como un animal.

La cabalgo, esforzándome por no sobrepasar lo que puede soportar.

Poco a poco empieza a relajarse y aumento la velocidad.

Quiero penetrarla duro hasta oírla gritar pidiéndome más, pero aún no está lista para eso.

—¿Sigue doliendo?

—No, estoy mejor. Por favor…

Levanto una de sus piernas y la envuelvo en mi cintura, empiezo a empujar más fuerte.

La penetro sin apuro, hasta que sus gemidos se vuelven más urgentes, transformándose en sollozos de placer.

Aumento la fuerza y el ritmo de las estocadas.

Ahora es ella quien inicia el beso, mordiendo y chupando mis labios.

Totalmente fuera de mí, golpeo su cuerpo con un deseo febril que se extiende por cada célula.

Nuestros cuerpos resbalan de sudor y el sexo se convierte en un acto de posesión mutua, áspero y primitivo.

Su vagina me aprieta con más fuerza y sé que está por acabar.

Mi verga pulsa, se hincha, pero no puedo parar todavía.

Las contracciones aumentan y chupo su pezón. Cuando mis dientes rozan su carne, alcanza el orgasmo, gimiendo mi nombre.

Salgo casi por completo y vuelvo a empujar, una y otra vez.

Su cabeza cae sobre la cama, entregada por completo a mí. Mi ritmo se vuelve voraz.

La penetro con embestidas profundas en su interior y sigo hasta perder completamente el control, eyaculando con intensidad.

No dejo de besarla ni siquiera después de acabar, porque no quiero romper la conexión todavía.

Sé que por primera vez crucé la línea del deseo.

El apetito por Lexi no es solo una necesidad, es una urgencia que va más allá de la atracción física.

En este momento de pasión desbordada, con ella en mis brazos, hermosa y saciada, la única certeza que tengo es que quiero más.

Nuestras respiraciones tardan varios minutos en calmarse, pero sus manos pequeñas siguen alrededor de mi cuello.

Con un último y largo beso, me separo de ella, pero incluso mientras voy al baño para desechar el preservativo, sé que lo que ocurrió no fue cosa de una sola noche. Apenas terminé y ya la deseo otra vez.

La tendré una y otra vez, hasta saciar mi hambre.



Lexi



Capítulo 20

Toda mi vida fui una buena chica. Guiada por la prudencia y el autocontrol que aprendí en el internado. No es que intentara impresionar a alguien, ni siquiera complacer a mis padres, sino que no había razón para ser diferente.

Una noche.

Una noche y una madrugada, sin embargo, fueron todo lo que necesitó mi cuerpo y mis deseos para despertar a una nueva realidad.

Ahora, más que nunca, sé que jamás podría casarme con alguien por quien no sintiera al menos una chispa de deseo. Claro que lo que hay entre Carmine y yo es atracción física, pero creo que eso es fundamental para que una relación, en cualquier nivel, funcione.

No tengo dudas de que lo que vivimos se convertirá en una referencia en mi vida, de ahora en adelante, sobre lo que debo sentir al entregarme a un hombre.

La noche pasada fue un hito, una línea divisoria entre lo que es fuego, placer, deseo... y la indiferencia, o en el caso de Gagliano Basilotti, el *asco* que me provoca.

No sé si Carmine ya despertó, no me he atrevido a abrir los ojos todavía porque estoy reuniendo valor, aunque puedo sentir la claridad del sol inundando la habitación.

Y entonces, siento una caricia apartando el cabello de mi rostro, y por más que mi lado cobarde me diga que siga fingiendo que duermo, no

resisto y lo miro.

Giro la cabeza hacia un lado y veo que Carmine me está observando.

Mi corazón se desboca. No sé cómo actuar, y tardo solo un segundo en darme cuenta de que tal vez nunca aprenda.

No creo que el sexo casual sea lo mío y, de repente, me siento avergonzada, apenas ahora noto que la sábana que me cubre apenas llega a la línea de mi cintura.

Intento subirla, pero él no lo permite.

—No te escondas de mí.

—Estoy avergonzada.

—¿De qué?

—Fuiste el primer hombre ante quien estuve desnuda. Para ti, tal vez la noche pasada fue algo casual, pero yo...

No me deja terminar la frase. Baja la cabeza y me besa hasta robarme el aliento.

En poco tiempo, olvido mis protestas, perdida en sus brazos, el cuerpo y los sentidos dominados por la fuerza arrolladora de nuestra atracción.

Me dejo seducir y pronto reiniciamos la danza de lujuria en la que estuvimos sumergidos toda la madrugada.

Cada vez que Carmine me toca, algo dentro de mí grita que este hombre es mío, aunque sé que eso es una locura. Decenas, tal vez cientos de mujeres deben haber pensado lo mismo de él.

Alejo ese pensamiento intrusivo y decido concentrarme en nosotros dos, dejándome llevar completamente por el deseo que siento. Me entrego al éxtasis que provocan sus manos, su boca, su lengua, sus dedos y su sexo.

Si esto que está pasando entre nosotros es una locura, estoy feliz de haberme rendido a ella.

Mientras nuestros cuerpos bailan juntos una vez más, sé que no quiero estar en ningún otro lugar.

No estoy segura de cuánto tiempo pasa, pero cuando vuelvo a despertar, el sol ya brilla con fuerza y me incorporo, asustada.

—Hey, tranquila.

—¡Dios mío! ¡No avisé que iba a dormir afuera!

—¿Avisar? ¿Qué quieres decir?

Me mira confundido y cuando enredo la sábana alrededor de mi cuerpo e intento huir al baño, él viene detrás.

—Lexi, ¿estás saliendo con alguien?

—No, claro que no —respondo de inmediato, pero enseguida se forma un nudo en mi garganta porque, aunque mi compromiso sea una farsa, no estoy siendo del todo honesta.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Suena más tranquilo, vuelve a mostrar esa arrogancia que, por más loco que suene, me resulta encantadora.

Carmine actúa como si, una vez que toma una decisión, el mundo debiera rendirse a su voluntad.

—Tengo a dos amigas y a mi abuela que probablemente estén preocupadas por mí.

—Vamos a ducharnos y luego a comer algo. Después podrás hablar con ellas.

No suelto la sábana, un poco aturdida por la intensidad de este hombre.

—Solo voy a mandar un mensaje de texto y avisar que estoy camino a casa.

—Quédate conmigo este fin de semana —dice, tomándome por sorpresa.

—¿Qué?

—Quédate conmigo este fin de semana, en mi yate. Quiero conocerte mejor.

—Yo...

—No voy a rendirme hasta que digas que sí, Lexi —dice, y da un paso hacia mí.

Creo que el siciliano sabe perfectamente el efecto que causa en mí, y lo peor es que no tengo cómo negarlo porque solo la idea de pasar todo el fin de semana con él me pone la piel de gallina.

—No tengo ropa.

—Si aceptas, en cuanto lleguemos a la embarcación, tendrás todo lo que necesites, yo me encargaré.

Respiro hondo, deseando aceptar, aunque mi conciencia me grite que debería contarle sobre Gagliano Basilotti. Por otro lado, no quiero arruinar nuestro tiempo juntos con el recuerdo de ese infeliz.

—Sí —respondo, y el cambio en su rostro es como ver a un depredador listo para atacar.

En el segundo siguiente, suelta la sábana que estoy sosteniendo y toma mi rostro con una mano.

—Quiero robarte por un mes entero. Tal vez no te devuelva el lunes.

Mi corazón se acelera tanto que me deja temblando.

—Tengo que trabajar el lunes —protesto, aunque no creo que hable en serio.

—¿Entonces cuándo?

—¿Qué?

—¿Dentro de cuánto tiempo podrías tomarte unos días de vacaciones?

¿Vacaciones? Nunca.

—Hum, no creo que pueda en un futuro cercano. Acabo de ser contratada, prácticamente.

Me besa hasta que necesito sujetarme de sus hombros fuertes para no caer, de lo débiles que están mis piernas, y el deseo se enciende de nuevo cuando siento su erección dura entre nosotros.

Ahora mismo podría decir que sí a cualquier cosa que me pidiera.

Cuando volvemos a mirarnos, sus ojos claros están tormentosos y mi cuerpo anhela que me tome otra vez. Me carga en brazos y empieza a caminar conmigo hacia la ducha.

La sensación de estar en casa, en el único lugar donde quiero estar, es tan aterradora como excitante.



Carmine está en la biblioteca del castillo en una llamada de negocios, según me dijo.

Explicó que es la misma biblioteca por la que entramos anoche.

Le pregunté por qué lo hicimos así y no por la escalera principal, y cuando dijo que era para evitar la curiosidad de los invitados, porque es

muy conocido y no quería exponerme, me derretí.

Aun así, ese cuidado suyo me provoca un nudo en el estómago, ya que justamente la sobreexposición era parte de mi plan.

Todo salió mal, claro. Tendré que encontrar otra forma de escapar de las garras de Gagliano Basilotti.

Aprovecho que estoy sola para llamar a Romy y Constance. La primera no contesta, pero mi amiga novicia sí lo hace al segundo tono.

—*Lexi, por el amor de Dios, ¿quieres matarnos del susto? Estaba a punto de llamar a la policía.*

—Calma, te lo voy a explicar todo. Pasé la noche en el castillo… con Carmine.

—*¿Qué?*

Le cuento sobre nuestro encuentro y, sin entrar en detalles, que estuve con él y que también pienso aceptar su invitación para el fin de semana.

—*¿Y Gagliano Basilotti?*

—Tendré que pensar en otra alternativa. ¿Y si hablamos con ese abogado tuyo?

—*No es mi abogado. De hecho, creo que me odia.*

—¿Por qué?

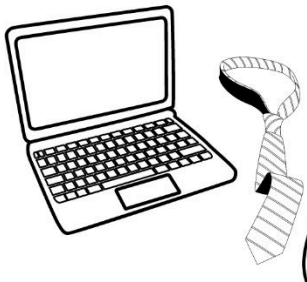
—*No viene al caso ahora. Pensándolo bien, nada garantiza que tu padre vaya a cumplir su palabra aunque Gagliano Basilotti rompa el compromiso. Voy a hablar con ese abogado que mencioné.*

Pasa algunos minutos más contándome que la abuela está bien y me dice que me divierta y aproveche el paseo en barco.

—*¿Pero dijiste que vas a salir del castillo con Carmine? ¿Y si hay paparazzis en la puerta?*

—Claro que no. ¿Crees que se quedarían toda la noche? Ya casi es mediodía.

—*Sí, tienes razón. Soy yo la preocupada de más. Diviértete.*



Carmine



Capítulo 21

—¿Un auto descapotable? —pregunta sonriendo, y antes de poder responder, me pierdo por un instante admirando su belleza.

Lexi se dio otro baño (tomamos varios durante la noche) y aunque todavía lleva puesto el vestido sexy de ayer, ahora lleva una camisa mía encima.

Se la anudó a la altura de la cintura y dobló las mangas, pero aun así le queda enorme sobre ese cuerpo de estructura delicada.

No lleva ni una gota de maquillaje y su cabello aún está mojado, suelto por la espalda, y eso no le resta ni un milímetro de lo hermosa que es.

—No es cualquier auto. Es el mejor deportivo del mundo. Un Verus GT[12].

Ella sonríe aún más amplio, como si supiera un secreto que yo desconozco, hasta que dice:

—Los hombres y sus juguetes...

No parece tener idea de que soy uno de los dueños de Del Motore Automobili, lo cual me agrada.

Normalmente, mi apellido me precede a mí y a mis hermanos, y estar con alguien fuera de la alta sociedad es como recibir una bocanada de aire fresco.

Le abro la puerta del auto, espero a que suba y luego le abrocho el cinturón de seguridad. Después de tomar mi lugar al volante, le tomo el mentón.

—Tu jefa es una idiota. Si la idea era mandarte a atenderme ese día porque no caerías rendida a mis pies, el tiro le salió por la culata.

—No creo que fuera por eso. Me mandó porque insinuó que yo no era tu tipo, así que se aseguró de que no intentaría nada. Y no me lancé a tus pies.

—No dije que lo hicieras. Fui yo quien te invitó a la fiesta.

—¿Por qué?

—¿Qué?

—Pudiste haber invitado a cualquier mujer.

—Me intrigaste. Te encontré hermosa, aunque demasiado joven para mí, sin embargo, mi intuición me decía que detrás de esos lentes... —Intento encontrar una palabra no agresiva, pero no doy con ninguna y parece que ella lo nota, porque se ríe y completa:

—Horrendos.

—Hum... Sí. Pero intuía que detrás de esos lentes y esa apariencia de chica recién salida de un convento había fuego en tus venas.

—De hecho, soy alguien que salió de un colegio de monjas, pero no porque no tuviera ganas de vivir la vida, sino porque creía que tendría más tiempo para hacerlo en el futuro.

Algo en su tono me activa una alerta.

—¿Más tiempo cómo? Si solo tienes veinte años y toda una vida por delante.

—A veces, ciertas cosas aparecen sin que las planeemos y desvían nuestro camino.

—¿Es algo que quieras compartir?



Lexi

Siento muchas ganas de hablar, no porque crea que Carmine se interesaría por el destino de mi abuela, sino porque eso me permitiría ser honesta, sacar a la luz la verdad sobre Gagliano Basilotti. Pero algo me impide abrirme. Tal vez sea porque, por primera vez en mucho tiempo, me siento realmente feliz.

—No, es una tontería mía. Lo que de verdad quiero es saber a dónde me llevas, *signor* Parisi Trovato.

—Tal vez te secuestre. Te lleve a un castillo aún más aislado que este y te mantenga a mi disposición.

—Por favor, espera a que termine el verano antes de secuestrarme. Me encanta la sensación del sol en mi piel.

Cierro los ojos y recuesto la cabeza en el asiento mientras él enciende el auto.

El día está hermoso. Me siento relajada y mi mente se rinde a los recuerdos de lo que pasó anoche, mi noche de princesa. Un cuento de hadas privado que se extenderá durante todo el fin de semana y quedará en mi memoria por el resto de mis días. ¿A quién le importa si el lunes tengo que volver a la realidad aburrida de mi existencia?

Estoy perdida en mis pensamientos, sintiéndome viva y feliz, cuando de repente, escucho a Carmine soltar una maldición furiosa en siciliano.

—*¡Figlio di puttana!*

El auto frena bruscamente y abro los ojos, asustada, solo para toparme con una verdadera pesadilla.

Una docena de autos con paparazzi está frente a la puerta del castillo.

Las cámaras empiezan a disparar en nuestra dirección mientras Carmine, fuera de sí por la ira, los insulta y les grita que se quiten del camino.

Siento como si toda la sangre de mi cuerpo se concentrara en el cerebro, y si no supiera que soy joven y saludable, pensaría que estoy a punto de morir.



Carmine

Ser perseguido por paparazzi no es algo extraño en mi vida, y me jode, pero mi rabia se multiplica al escuchar el jadeo ahogado de Lexi y ver lo pálida que está.

Ese tipo de acoso no forma parte de su mundo, así que, claro, debe estar en pánico.

Como el castillo está relativamente alejado de la ciudad y ya pasó el mediodía, no creí que alguno de estos miserables estaría aquí y mandé a los guardaespaldas de vuelta.

Ahora me culpo por haberla metido en este infierno.

—Tranquila, *bella*. No van a hacer nada, solo quieren algunas fotos. Puedes agacharte si lo deseas.

Es perturbador lo mucho que estos bastardos se comportan como buitres alrededor mío. No ayuda el hecho de que mantengo mi vida muy privada. Según Lucca, eso solo despierta más su interés.

A mi lado, Lexi parece a punto de desmayarse.

¿Acaso no puedo tener un fin de semana tranquilo?

Probablemente mañana los sitios de celebridades estarán llenos de titulares intentando descubrir quién es ella. No era mi intención lanzarla a una tormenta mediática cuando la invité, y ahora haré lo imposible por protegerla.

Acelero el auto, sabiendo que nunca podrán alcanzarme, pero lamentando no haber llamado al helicóptero que me trajo para llevarnos hasta el yate.

Casi una hora después, llegamos al puerto deportivo donde está anclado mi barco.

Lexi casi no dijo una palabra en todo el trayecto, pero me prometo a mí mismo que compensaré el susto que le hice pasar.

—Lo siento mucho por esto —digo, tomándole la mano y besándola.

—No fue tu culpa. Tal vez sea mejor que me vaya a casa.

—¿Cambiaste de opinión sobre quedarte conmigo? ¿No es eso lo que quieres?



Lexi

—Yo...

—¿Sí o no, Lexi?

Siento ganas de llorar. Debería contarle todo y pedirle que me lleve de vuelta a casa, pero no estoy lista para decir adiós todavía.

Lo miro, y él no muestra ninguna emoción.

—Quiero quedarme contigo los próximos dos días, Carmine.

La frialdad aparente de hace unos segundos desaparece, y me jala hacia un beso tan profundo que me deja completamente sin aire.

—No pienses más en ellos. Solo piensa en que ahora eres mía.

—Por dos días —digo en un susurro.

Él me mira y no responde, lo que me deja confundida, pero nunca he sido buena interpretando a las personas, así que decido simplemente relajarme y disfrutar de todo lo que pueda a su lado, porque estoy segura de que cuando termine el fin de semana, puede que Carmine no quiera volver a hablarme nunca más.

Le contaré todo el domingo por la noche.



Carmine



Capítulo 22

—Todo el mundo tiene derecho a vacaciones.

—¿Qué? —pregunta, cuando vuelve a subir al yate.

Anclamos en medio del océano, donde no hay riesgo de que alguno de esos idiotas nos fotografíe, y desde hace dos días estoy completamente desconectado de todo, salvo de Lexi. Cuanto más tiempo paso con ella, más seguro estoy de que no quiero que esto entre nosotros termine tan pronto, y si seguimos con el acuerdo inicial, en unas pocas horas tendré que llevarla a casa.

El fin de semana ha sido puro hedonismo y no recuerdo la última vez que me sentí tan bien con la compañía de una mujer. Tal vez nunca.

Lexi es hermosa, divertida e inteligente. Y esas son solo cualidades externas, algo extra, porque lo que de verdad me tiene completamente loco es la química sexual que compartimos. Con todas las parejas que he tenido, jamás me sentí hambriento por una mujer, pero no me canso de ella.

—Dijiste que no puedes tomarte vacaciones, pero en algún momento tendrás que descansar unos días como un ser humano normal.

—Tengo responsabilidades.

—¿Qué significa eso?

Ya noté que cada vez que intento sacar un tema más personal o hablar de su familia, cambia de asunto. Los únicos momentos en que

sonrió fue cuando mencionó a su abuela y a sus dos mejores amigas, Constance y Romy.

Por lo que me explicó, una es novicia en el colegio de monjas donde estudiaba y la otra es enfermera de su abuela.

—Significa que con mi trabajo es que mantengo a mi abuela.



Lexi

Cuarenta y ocho horas de placer y de una felicidad que nunca había sentido antes.

No tardé mucho en entender que fue un error aceptar la invitación de Carmine. Si después de nuestra primera noche de sexo intenso ya estaba segura de que este hombre quedaría marcado dentro de mí para siempre, ahora, con todo lo que vivimos en el barco, será un milagro si consigo dejar que otro hombre me bese siquiera.

Nadamos, aprendí esquí acuático y, por supuesto, hizo el amor conmigo tantas veces y de tantas formas que creo que me volví casi una experta. Es como si estuviera empeñado en darme un curso intensivo de placer.

También noté que es alguien que necesita tener el control de todo. Me ha hecho varias preguntas sobre mi familia, pero siempre evité responder. ¿Qué podía decirle?

¿Que son buenas personas, salvo por el hecho de que mi padre es un desgraciado codicioso que me vendió a un hombre con edad para ser mi abuelo bajo amenaza de abandonar a la persona que más amo en el mundo en una clínica estatal para ancianos?

¿O que mi madre todavía posee suficientes joyas como para asegurar años de cuidado y buena alimentación para mi abuela, pero se niega a venderlas porque es una de las personas más egoístas que he conocido?

No, no creo que Carmine quiera oír algo así. Todas las veces que habló de su familia fue con evidente cariño. Pude notar que son unidos y amorosos, como una verdadera familia italiana.

Sin embargo, se acerca el momento de nuestra despedida, y sigo aterrada ante la posibilidad de que esos fotógrafos en la entrada del castillo me hayan reconocido como la misma Lexi que se presentó entusiasta ante ellos.

Siento que el corazón se me aprieta con solo pensar en cómo me juzgará Carmine si esta historia sale a la luz.

Espero que se tire al agua, que se levante a buscar una bebida o que simplemente cambie de tema después de lo que dije, pero en lugar de eso, extiende la mano hacia mí en una clara invitación a que me acerque a sus brazos.

No camino hacia él todavía. Lo observo, con su cabello revuelto por el viento, sus abdominales definidos, incluso ahora que está sentado y solo lleva puesto un traje de baño, y su piel dorada, bronceada por el sol.

Jesús, ¿qué vio este hombre en mí? ¡Puede tener a cualquier mujer con solo chasquear los dedos!

Y si todo se hubiera reducido al sexo, mi cabeza ahora no estaría tan jodida. Pero él es atento conmigo, y no puedo decir que me haya tratado como nada menos que una princesa desde que nos encontramos en su fiesta en el castillo.

¿Será que trata así a todas las mujeres con las que sale? Porque si es así, debe dejar a todas completamente enamoradas como yo…

Interrumpo el pensamiento porque no puedo darme el lujo de caer en esa trampa, aunque soy lo bastante honesta como para admitir que no decirlo en voz alta no cambia el hecho de que, efectivamente, me estoy enamorando de él.

—No te gusta hablar de tu familia —dice, poniéndose de pie, tal vez cansado de esperar que vaya a su encuentro.

Entierro el rostro en su pecho.

—No hay mucho que decir. Mi padre está en bancarrota, pero actúa como si aún fuera rico. Mi madre no es capaz de mantener una conversación más profunda que hablar sobre las próximas tendencias de moda, y mi abuela, la persona que más amo en este mundo, tiene Alzheimer.

Termino de hablar y me siento miserable al instante. Los ojos se me llenan de lágrimas. Es deprimente poner mi vida sobre la mesa de esta forma.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por tu abuela. Mi abuelo también lo tuvo y sé que es una despedida lenta y dolorosa.

—Sí.

—Dijiste que tu padre está en bancarrota. Lexi, ¿necesitas algo?

Lo empujo y me aparto de inmediato.

—Por favor, no sigas por ese camino. Me harías sentir horrible.

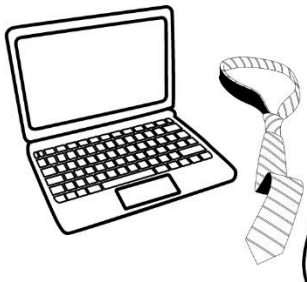
Él me agarra de nuevo, y yo me dejo sujetar.

—Hice una pregunta directa porque así soy.

—Estamos bien. Todavía no he pensado cómo será a largo plazo, pero por ahora, estamos bien —digo, soltándome otra vez y escapando hacia la cocina. Sin mirarlo, añado—: Voy a preparar la cena. Será una despedida, así que, si no te importa, quiero cocinar yo.

No espero su aprobación y corro al piso inferior mientras me pregunto qué clase de seres humanos son mis padres.

Carmine ni siquiera conoce a mi abuela y ya se preocupó por la situación, mientras que ellos apenas pueden esperar para deshacerse de ella.



Carmine



Capítulo 23

—No huyas de mí —aviso apenas entro en la cocina del barco.

—¿Huir? No sé de qué estás hablando.

—¿Te consideras una niñita asustada, Lexi?

Ella alza el mentón.

—Dime tú: ¿actué como una niñita asustada durante todo el fin de semana?

El desafío que me lanza trae a mi mente todas las veces que la tomé en las últimas cuarenta y ocho horas; entro en una lucha interna entre poseerla otra vez o insistir para que me cuente más sobre su abuela, para hacer que se abra.

De repente, toda su actitud beligerante desaparece y su expresión se suaviza.

—No quiero pelear. En un rato, el barco va a atracar y nos despediremos, Carmine. Será un adiós.

No tengo la menor intención de dejarla salir de mi vida, pero antes de que pueda decir algo, ella lleva la mano al cuello y se suelta el tirante del sostén del bikini, una de las piezas del ajuar completo que mandé a comprarle para que no le faltara nada en nuestro corto viaje.

—¿Qué estás haciendo?

—Despidiéndome de ti como yo quiero.

Se me hace agua la boca cuando sus tetas quedan al aire, con una suave marca de sol delineando su piel clara.

—Quítate lo de abajo. Termina lo que empezaste.

—Mejor vamos a la habitación.

No es la cocina principal del yate, sino una privada que solo da servicio a mi suite.

—Sabes que nadie vendrá aquí, obedéceme.

La sigo hambriento mientras se desata los lazos a los lados del bikini, y cuando veo su vulva desnuda, ofreciéndose por completo, avanzo un paso sin avisarle, la tomo en brazos y la siento en la estrecha encimera del fregadero.

Un deseo crudo me aprieta el estómago.

Beso su boca, con la lengua trabajando contra la suya, exigiéndolo todo.

Una de mis manos acaricia su pezón y la otra la jala por el culo, más hacia el borde de la encimera, y hago que mi erección, todavía cubierta por el traje de baño, se deslice entre los labios de su vulva.

Lexi gime y dejo que mis labios recorran su cuello hasta aterrizar en un pezón.

Ella tiembla y mi lengua no se detiene, alternando entre mordiscos y succiones en sus pezones.

Abro la boca y me trago su pecho entero, al mismo tiempo que mis dedos tantean su vulva, tocando su clítoris empapado.

Es deliciosa, toda suave y receptiva.

Me devoro un pecho y luego el otro, sin poder decidir en cuál quedarme más tiempo.

Bajo la boca por su abdomen, hasta alcanzar el vértice entre sus muslos.

Le doy una lamida que va desde su abertura hasta el clítoris, seguro de que nunca voy a olvidar su sabor.

Meto la cabeza entre sus piernas para chupárselo.

Ella grita de placer y acaba sin aviso, mojándome los labios.

No le doy tregua, le lamo la vulva con movimientos largos, usando la mano para abrírsela.

Se la chupo con más fuerza y el gemido alto que da me vuelve loco.

La penetro con dos dedos, en embestidas constantes.

La levanto en mis brazos, sujetando sus muslos alrededor de mi cintura.

Mi erección rígida se desliza entre su vulva y la entrada de su culo, y quiero comérmela así, de pie, en todos los rincones.

—Vas a ser mía en todos los sentidos.

Dejé condones repartidos por todo el yate porque no hay un solo lugar donde no la haya poseído, así que abro el cajón donde guardamos las linternas y, con una sola mano, agarro uno, rasgo el envoltorio con los dientes y me lo pongo.

Todo el tiempo ella me besa, me lame el pecho, provocándome.

Me pongo el condón a velocidad récord y me posiciono en la entrada de su vaginita. Empiezo a empujar y ella jadea. Entro todo, empalándola por completo.

Aun con el preservativo, puedo sentir cuán lisa y caliente es por dentro, y cada vez que entro y salgo, los dos gemimos.

La agarro por debajo de los muslos y meto muy profundo, deteniéndome solo cuando ya no hay más espacio dentro de ella.

La embisto hasta el fondo, cada vez más rápido, y su cuerpo me recibe, su vagina me aprieta.

Ella dice mi nombre y se mueve para mí, con las uñas clavadas en mis brazos. Le sujeto el culo y la penetro sin piedad, hasta que los sonidos de nuestros cuerpos chocando dominan el ambiente.

La beso, y cuando acaba gritando, yo también me dejo llevar por el deseo, llenando el condón de semen.

Salgo despacio de su cuerpo, la vuelvo a sentar sobre la encimera del fregadero y la beso con cuidado, de una manera completamente diferente a cómo la penetré, porque en ese momento, la certeza de que Lexi es distinta a cualquier otra mujer con la que he estado me golpea como un ladrillo.

—¿Te lastimé?

Ella tiene los ojos cerrados, extrañamente callada.

—No.

—Quiero esos ojos bonitos puestos en mí mientras hablamos, Lexi.

Los abre y lo que veo en ellos me deja confundido.

—Fui muy brusco. Maldita sea.

—No, Carmine, estuviste perfecto. Nosotros…

No termina la frase, pero lo adivino.

"Nosotros dos somos perfectos juntos".

—Vamos a darnos una ducha. Después, quiero hablar.

—¿Hablar?

Ni yo mismo creo que voy a proponer algo así, pero sé que no la dejaré ir. Sin embargo, no es así como me comprometeré en serio con una mujer por primera vez. No soy un bárbaro. No del todo, al menos.

—Ducha, *signorina* Ciambra, y cuando desembarquemos, iremos a mi casa.

—No puedo, tengo que trabajar mañana, y además, también quiero hablar.

—Entonces es una razón más para venir conmigo.

—¿Ya te dijeron que eres muy mandón, señor Parisi?

—Todo el tiempo, y no me importa, porque al final, todo sale como yo quiero.



Lexi



Capítulo 24

Le envié mensaje otra vez a mis amigas y luego volví a apagar el teléfono, porque no quiero interrupciones cuando le cuente a Carmine lo que me hizo aceptar la invitación para ir a su fiesta en el castillo.

Pensé que tendríamos una conversación breve y luego nos despediríamos, porque incluso después de lo que dijo en la cocina del yate, no creo que un hombre como él quiera el caos que soy en su vida.

El pensamiento me entristece, pero quizás sea mejor así: separarnos desde el principio, antes de que me apegue aún más. Para mí, él es mi primer y único amor, pero no es al revés. Con treinta y cuatro años, no tengo dudas de que ya ha vivido muchos fines de semana como este que pasamos juntos.

—¿Por qué estás tan callada? —pregunta, ofreciéndome la mano para ayudarme a bajar del yate.

—No lo estoy. Solo tengo cuidado de no tropezar con mis propios pies —miento.

Entrelaza nuestros dedos y durante unos cinco minutos camina a mi lado en silencio, pero creo que está molesto. A diferencia de mí, creo que Carmine es bueno leyendo a las personas, y sabe que no estoy siendo sincera.

Un turista pasa junto a nosotros, o al menos eso creo, porque no imagino a un siciliano vestido de esa forma. La gente de aquí (mi gente) tiene una elegancia relajada y, a diferencia de lo que he notado en el

resto de Italia, no muy colorida. El hombre que acaba de cruzarse en nuestro camino, sin embargo, parece listo para un crucero en el Caribe, con una camisa estampada de flores en un color chillón, bermuda, calzado deportivo y medias hasta la mitad de la pantorrilla, lo que, aunque no sea precisamente una experta en moda, considero que debería estar prohibido. No existe nada más feo que eso.

Si estuviera sola, tal vez sentiría miedo porque el puerto deportivo está desierto a esta hora, pero con Carmine a mi lado, tengo la certeza de que nadie se atrevería a acercarse. Además, él me contó que los guardaespaldas estarían esperándonos en el estacionamiento, al igual que el chofer, quizás porque no quiere arriesgarse a otra "sorpresa" como la que ocurrió a la salida del castillo.

Recordarlo me revuelve el estómago. Como buena procrastinadora, evité pensar en ese episodio durante todo el fin de semana, pero ahora está llegando la hora de enfrentar la verdad.

El hombre colorido aparece de nuevo a pocos pasos de nosotros, sonríe como en señal de saludo y yo le devuelvo la sonrisa con la impresión de haberlo visto antes en algún lugar. Siento que Carmine aprieta mi mano con un poco más de fuerza, lo que me dice que está atento a todo.

Giro el rostro para mirarlo y su expresión está cerrada.

—El que no parece feliz eres tú.

—No soy feliz, normalmente —dice.

—Pensé que eras un playboy y que te gustaba disfrutar de la vida —lo provoco, aunque en realidad, ya sé que no es del todo cierto.

La investigación que hicieron Constance y Romy sobre él dejó claro que Carmine y su hermano Rafaelle, que está casado con la dueña de

Chocolates Blanchard, son los más reservados de los cinco Parisi Trovato, quizás también por ser los mayores.

Él no responde, pero aunque sigue caminando y mirando al frente, noto que mi comentario hizo efecto, porque su expresión se suaviza.

Dura solo unos cinco segundos, porque alguien dice mi nombre y, en ese instante, tan rápido como un león protegiendo su territorio y reaccionando más rápido que yo, Carmine me jala detrás de su cuerpo, creando una barrera entre mí y quien sea que me haya llamado.

—¿Quién diablos eres tú? —pregunta, y no puedo ver la cara del otro hombre porque el cuerpo de Carmine lo bloquea por completo.

—Un amigo interesado en saber las novedades sobre la nueva parejita. Entonces, Lexi, ¿todo salió bien con tus planes?

Siento la bilis subirme a la garganta porque, en ese momento, una certeza me golpea. El hombre es un paparazzi.

—¿Conoces a este imbécil? —pregunta Carmine, girándose para mirarme.

No tengo tiempo de responder porque el desconocido dice:

—No a mí, directamente, pero tu novia hizo felices a mis colegas al llegar a tu fiesta en el castillo. Posó para las cámaras y dijo que —hace una pausa, y cuando vuelve a hablar, repite exactamente mis palabras— *"recibió una invitación de un hombre fascinante y esperaba que la noche fuera solo el comienzo para los dos"*. Por lo visto, tus planes salieron bien, ¿no, Lexi?

Carmine ignora al paparazzi, completamente concentrado en mí, y veo desconfianza, rabia y un poco de desprecio surgir en su expresión.

Espero a que diga algo, y desconfío que no será nada agradable, pero entonces me sorprende al mirar otra vez al imbécil.

—Quítate de nuestro camino. No inventes mentiras sobre ella o juro por Dios que te voy a cazar hasta en el infierno y destruiré tu carrera, pedazo de mierda. Al final, vas a tener que trabajar toda tu vida solo para pagarle una indemnización.

Doy un paso al lado, alineándome con Carmine y con el corazón sangrando, segura de que acabo de destruir algo valioso. Incluso después de lo que el tipo dijo, él eligió confiar en mí.

—Vámonos. Como te dije, necesitamos hablar.

—Ah, de eso no tengo duda, Lexi. —El hombre se entromete otra vez —. ¿Podrías responderme solo una pregunta más? Prometo que después los dejo en paz.

—¡Cierra la boca, carajo! ¡Ni siquiera deberías estar aquí! El puerto deportivo solo es accesible para socios.

Él alza ambas manos en un gesto de rendición y empieza a alejarse en la misma dirección por la que vino, pero tras unos pasos, se gira para mirarnos por encima del hombro.

—¿Y tu prometido qué? ¿Ya sabe que fue traicionado, Lexi? ¿Gagliano Basilotti está al tanto de tu infidelidad?

Me mareo tanto que tengo que apoyarme en Carmine, pero él se aparta de mi contacto.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Ups, creo que fui indiscreto, pero ya que parece haber tantos secretos entre ustedes, tal vez lo mejor sea que aclare algunos de una vez, doctor Parisi. Lexi, si no se lo contó, es prometida de Gagliano Basilotti. Lo único que no entiendo es por qué, en ese caso, ella o alguien a su mando nos llamó para avisar que habría un escándalo en la

puerta de su castillo. Desde mi punto de vista, es cambiar lo seguro por lo incierto. Más vale un millonario en mano que un billonario volando.

Apenas termina de decir la última palabra, todo a mi alrededor se vuelve oscuro y me desmayo.



Lexi



Capítulo 25

Mi cabeza parece a punto de explotar, como si algo martillara dentro de mi cráneo.

Parpadeo, tratando de acostumbrarme a la luz fluorescente que golpea mis ojos.

Estoy acostada en una cama alta, con una sábana de algodón sobre mí. Me siento extraña, con el cuerpo pesado, como si el mundo estuviera en cámara lenta.

Perdida, desorientada, intentando juntar mis recuerdos.

El puerto deportivo. Carmine. El paparazzi.

Me desmayé.

Mi corazón se acelera, como un trueno descontrolado dentro de mi pecho.

Miro a mi alrededor, escaneando el cuarto.

Trato de ordenar los pensamientos, pero todo parece un borrón. Tengo la garganta tan seca que apenas puedo tragar.

La puerta se abre, Constance entra y se acerca a mí.

Y entonces, de repente, todo vuelve.

Una pesadilla.

Ahora que lo recuerdo, solo puedo creer que fue una pesadilla y que en cualquier momento voy a despertar en la cama, al lado de Carmine otra vez.

—Despertaste, por fin.

Veo en sus ojos que ha llorado.

—¿Mi abuela? ¿Pasó algo? ¿Está bien?

Me incorporo en pánico; de pronto, todo lo que pasó entre Carmine y yo pierde importancia ante el miedo de que le haya ocurrido algo a ella.

—Doña Leonitina está bien, Lexi, pero todo lo demás… Hicimos un desastre enorme, amiga.

Ella niega con la cabeza y yo me cubro el rostro con las manos, porque sé de qué está hablando.

—¿Carmine… se fue?

—Cualquiera en su lugar lo habría hecho. Un escándalo de proporciones épicas estalló en toda Sicilia, Lexi, pero déjame contarte desde el principio. ¿Recuerdas haberte desmayado en el puerto deportivo?

—Sí, lo recuerdo. Había un paparazzi ahí, y él contó, frente a Carmine, no solo que fui a la fiesta con la intención de ser vista y divertirme, sino también que fue alguien bajo mi mando quien los avisó de que esa noche pasaría algo.

—¡Dios mío!

—Y hay más. Le dijo a Carmine que estoy comprometida con Gagliano Basilotti.

—Esa parte la sabía.

—¿Cómo?

—Una cosa a la vez. El punto es que te desmayaste y Carmine te trajo al hospital. Me avisó, llamando desde tu celular, que habías sido internada.

—No me acuerdo de nada de eso.

—Porque estuviste dormida durante dos días.

—¿Qué? ¡Mi trabajo! ¡Necesito mi empleo!

—Amiga, creo que no estás entendiendo bien lo que pasó. Tu jefa te dio licencia hasta que baje la marea, porque los reporteros estaban plantados en la puerta de la biblioteca.

—Ay, no. No puedo perder mi empleo. Espera, ¿dijiste que dormí durante cuarenta y ocho horas?

—Sí, por alguna razón, tu cuerpo se negó a dejarte despertar. Los médicos te examinaron, no había nada mal, tus signos vitales estaban normales, pero simplemente no despertabas.

—Carmine debe odiarme.

—No lo sé, pero esté enojado contigo o no, nunca vi a un hombre tan honorable en mi vida.

—¿De qué estás hablando?

—Ahora que las piezas del rompecabezas empiezan a encajar, después de lo que me contaste, que el reportero reveló todo en el puerto deportivo sobre tu plan e incluso que eres una mujer comprometida, cualquier hombre normal te habría auxiliado, dejado en el hospital, avisado a tu familia y se habría desentendido, pero él se quedó.

—¿Se quedó conmigo?

—Sí, no solo hasta que yo llegara. Siguió sentado en el pasillo del hospital y te digo que, aunque su expresión destilaba hielo, el hombre estaba preocupado. Yo estaba segura de que no se iría de aquí hasta que despertaras.

—Pero no fue lo que pasó —afirmo, secándome una lágrima y diciendo lo obvio.

—No, porque Gagliano Basilotti llegó e hizo un escándalo, acusando a Carmine de acostarse con su prometida.

—¡Dios mío!

No me importa si todavía me siento mareada; salto de la cama porque necesito caminar. La desesperación llena cada gota de mi sangre.

—Carmine se puso pálido y me di cuenta de lo serio que es. Ser acusado de algo así lo afectó. Los gritos de Gagliano Basilotti se escucharon en todo el hospital. Tuve la sensación de que Carmine quería matarlo.

—¿Y qué pasó después? —pregunto, aunque me muero de miedo de lo que me va a contar.

—Se juntó gente en el pasillo y los médicos ordenaron que Gagliano Basilotti se fuera. Incluso trajeron seguridad por si se resistía.

—¿Qué? Pero si dijo que era mi prometido, ¿no sería más lógico que le pidieran a Carmine que se fuera?

—El señor Parisi es el accionista principal del hospital, y si los rumores que han salido en los periódicos son ciertos, la fortuna de Gagliano Basilotti es un granito de arena comparada con la de tu… ¿novio? Gagliano no tuvo otra opción más que irse, porque si no, lo iban a sacar a la fuerza y humillado.

—Dios mío, ¿qué voy a hacer?

—Tranquila, todavía no he terminado.

—¿Qué más tienes que contarme?

—Carmine dijo que se pondrá en contacto contigo en cuanto recibas el alta del hospital.

—¿Aún quiere verme?

—Creo que quiere aclarar esta historia.

Siento que el miedo me oprime el pecho. No es que crea que él me vaya a hacer algo, pero la vergüenza por haber causado este lío me está matando.

—Necesito irme de aquí. Quiero ver a mi abuela.

Estoy al borde de un ataque de nervios y la única persona capaz de calmarme es la que más amo en el mundo.

—Está bien, no creo que los médicos se nieguen a darte el alta porque, según dijeron, no hay nada mal contigo. Es como si tu mente solo necesitara un descanso. Lo único bueno de todo esto es que tu abuela ha estado lúcida la mayor parte de estos últimos días y tus padres no se enteraron de lo que pasó.

—¿Cómo es posible?

—El sábado por la mañana llamaron diciendo que iban a tomar un avión privado con unos amigos hacia una isla del sur de Asia que no tiene señal de celular ni internet. Aparentemente, van a quedarse por allá alrededor de una semana.

—No me preocupan ellos. Solo quiero ver a mi abuela, y luego, hablar con Carmine.



Lexi



Capítulo 26

Constance se ofreció para ayudarme a vestirme, pero preferí hacerlo sola porque necesito un momento para mí.

Sé que está preocupada, casi tanto como yo, pero me siento confundida y profundamente triste.

El suelo del hospital parece helado, aunque estoy usando sandalias, pero tal vez el frío que siento se haya metido dentro de mí.

Me detengo frente al espejo del baño con el corazón tan pesado como un bloque de hormigón.

Sé que todo lo que pasó fue consecuencia del plan loco que hice con las chicas, pero daría lo que fuera por tener una oportunidad de retroceder y corregir mis errores.

Son tantos los arrepentimientos que no sé ni por dónde empezar.

Haberme detenido a hablar con los reporteros, haber esperado para contarle la verdad sobre mi situación actual a Carmine solo cuando estuviéramos en tierra… No mucho antes de eso, haberle ocultado mi historia desde el inicio.

Veo una pequeña maleta en el suelo del baño y noto que es la misma que estaba en su suite cuando llegamos al yate.

¿Carmine pidió que la trajeran? ¿Incluso odiándome, se preocupó por cómo saldría de aquí, si tendría una muda de ropa?

Me siento en un banco dentro de la ducha, quizás usado para ayudar a pacientes a bañarse, y me invade una tristeza profunda.

Abro la llave de la ducha aún con la bata del hospital puesta y dejo que el agua caiga sobre mí, mientras las lágrimas corren también por mi rostro.

No sé cuánto tiempo paso así, pero cuando oigo que me llaman desde fuera, digo que estoy bien y me obligo a levantarme.

Tomo un vestido, ropa interior de la maleta y, como un robot, me visto, sin preocuparme siquiera por peinarme.

Debería salir, pero en vez de eso, apoyo la cabeza contra la puerta mientras intento adivinar qué estará pensando Carmine de mí.

El hombre del que me enamoré, de quien estoy segura es mi primer amor, ahora me desprecia, convencido de que estoy comprometida.

Y lo más triste es que, técnicamente, lo estoy, víctima del chantaje vil de mi padre.

Las lágrimas caen sin control por mi rostro. No me siento con veinte años, sino con mil, cargando mucho más peso del que puedo soportar.

Todo lo que vivimos ha sido reemplazado, al menos de parte de él, por una herida inmensa.

Flashazos del fin de semana se mezclan con imágenes del enfrentamiento de Carmine con Gagliano Basilotti, que Constance me contó.

Dios… ¡titulares en los periódicos! El nombre de los Parisi Trovato envuelto en un escándalo por *mi culpa*.

No pensé en las consecuencias de mi plan cuando acepté besar a Michele, porque como bien señalaron Romy y Constance, ese hombre es un escándalo andante por sí solo, pero ahora que conozco a Carmine y sé lo importante que es la familia para él, me muero de vergüenza.

Finalmente salgo del baño y me topo con Constance esperándome. No dice nada. Me entrega mi celular y lo miro, confundida.

—Sonó y atendí, por eso te llamé. Carmine quiere hablar contigo. Va a volver a llamar en unos minutos.

—Yo no…

—Sé lo que vas a decir, que no estás lista para hablar con él todavía, Lexi, pero honestamente, ¿crees que en algún momento lo estarás? Lo mejor que puedes hacer es arrancar la venda de una vez. Puse el teléfono en silencio porque descubrieron tu número y no dejan de llamar. Periódicos, revistas de chismes y, claro, ese hombre horrible, Gagliano Basilotti.

Tomo el celular de su mano y me quedo mirando la pantalla como si pudiera ayudarme a retroceder en el tiempo, a arreglarlo todo, pero sé que nadie puede cambiar el pasado. Constance tiene razón, es mejor hablar con él de una vez por todas.

Aún así, intentando convencerme de que no soy una niña y que puedo enfrentar esto, necesito sentarme en la cama cuando el celular vibra.

—¿Hola?

Escucho su respiración y me estremezco.

¿Cómo es posible que incluso a distancia, pueda sentir su rabia?

—*¿Cómo te sientes?*

—Carmine, lamento que…

—*Te pregunté por tu estado de salud, Lexi. En cuanto al resto, por ahora me reservo el derecho de creer que eres simplemente una chica egoísta y traicionera, a la que no le importan las consecuencias de sus actos.*

Debí hacer algún sonido, porque al levantar la vista, veo a Constance mirándome con pena. Luego se disculpa y dice que me deja sola.

—No es un compromiso real.

—*No me importa cómo lo llames. La sociedad europea lo considera muy real, pero no vamos a tener esta conversación por teléfono. Pasaré por tu casa dentro de unos días.*

Siento el corazón hecho trizas, pero sé que merezco lo que acaba de decir. A pesar de eso, no creo que sea bueno para mí verlo otra vez.

—Te pido perdón por lo que hice, Carmine. Nunca debí involucrar tu nombre en esta historia, pero no me arrepiento de lo que vivimos.

—*Podrías haber terminado la relación con él antes.*

—No, no podía. Había mucho en juego. Sé que estás enojado conmigo, pero si te sirve de algo saberlo, Gagliano Basilotti nunca me tocó.

—*No cambia el hecho de que estabas comprometida, Lexi. ¿Tienes idea de lo importante que es la fidelidad para mí?*

—No, porque apenas nos conocemos.

—*Pésima respuesta, señorita Ciambra. La fidelidad debería ser importante para cualquier persona decente, pero si es verdad lo que me estás diciendo, si tu compromiso con él no significaba nada, te voy a dar una forma de reparar lo que hiciste.*

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? No tengo nada que pueda interesarte. Si no lo recuerdas, mi familia está en bancarrota.

—*No necesito dinero. Quiero recuperar mi honor.*

—¿Y cómo podría hacer eso?

—*Vas a ser mi prometida hasta que esta confusión que causaste se resuelva. Vas a romper con Gagliano Basilotti y ser mía hasta que yo quede satisfecho.*

—No soy un objeto.

—*No dije que lo fueras, pero tampoco eres una mujer honrada, o no habrías traicionado a tu prometido, fuera ese compromiso verdadero o no.*

Siento que la sangre me hierve y, por primera vez, mi herencia siciliana sale a flote.

—Vete al infierno, Carmine. No puedes obligarme a aceptar un compromiso.

—*No tienes opción. Tienes que arreglar tu error y lo vas a hacer aceptando que ahora me perteneces.*



Lexi



Capítulo 27

—¡No soy una prostituta! —digo, sintiendo que el corazón se me desgarra dentro del pecho. Sé que está furioso conmigo, pero ¿va a reducir todo lo que vivimos a querer mantenerme cerca solo para satisfacerse sexualmente hasta que se aburra?

—No te rebajes así. Nunca pagué por una mujer en mi vida. Tu nombre, al igual que el mío, está por los suelos, Lexi. No tengo dudas de que vas a perder tu empleo, y dijiste que lo necesitas para mantener a tu abuela. Lo que te propongo es una relación seria que mantendrá intacta la reputación de mi familia y te ayudará a seguir trabajando.

—¿Y entonces qué seré yo? ¿Tu novia?

—Mi prometida. Pero no te entusiasmes con el título. Es temporal y solo sirve para mis propósitos.

—Eres un bastardo arrogante, Carmine. Nada en el mundo va a obligarme a aceptar algo así.

—Como ya te dije, dentro de... —hace una pausa, como si revisara una agenda— dos días pasaré a buscarte por tu casa al mediodía. Almorzaremos juntos y discutiremos nuestro futuro.

—¿Futuro? Acabas de decir que sería un compromiso falso.

—¿Aún no entendiste que planeo cada aspecto de mi vida, Lexi? Sí, será un compromiso de mentira, pero tendremos reglas. No vas a hacer conmigo lo que hiciste con Gagliano.

—Nunca aceptaré eso, y no porque no pueda ser fiel, sino porque en este instante te odio, Carmine Parisi Trovato.

—Ódiame cuanto quieras. No me importa.

—¿No tienes corazón?

—No. Y ese tipo de jueguito no va a conmoverme, Lexi. Ahora, haz honor a los años que pasaste en un colegio de monjas y compórtate como una mujer obediente. Afuera de tu habitación hay un guardaespaldas. Él te guiará, junto con tu amiga novicia, hasta la azotea del edificio. Mi helicóptero está allí esperándote para llevarte a casa.

—¿Helicóptero?

—¿De verdad crees que puedes caminar por la calle? Hay una multitud de reporteros en la entrada del hospital y no van a irse. Olvida la vida que tenías antes, Lexi. Vi la entrevista que diste al llegar a mi castillo. Dijiste que querías divertirte. Bienvenida al juego.

Cuelga sin despedirse y no tengo dudas de que Constance escuchó todo, porque apenas termino de hablar, la puerta se abre.

—¿Tan malo fue? —pregunta al verme sentada en la cama.

—Mucho peor de lo que podría imaginar. Carmine me desprecia y quiere venganza. No lo dijo con esas palabras, pero sé que eso es lo que quiere, porque según él, tengo que convertirme en su falsa prometida el tiempo que le parezca.

Pensé que, a pesar de todo, se reiría de esa declaración absurda, pero su rostro sigue muy serio.

—No podrás seguir adelante con esos planes. Gagliano Basilotti llamó a Romy cuando no atendiste su llamada. Le dejó un recado. Dijo que no va a liberarte del compromiso. Todavía quiere que se casen, y si te echas atrás, va a exigir que tu padre interne a doña Leonitina en el peor asilo de Sicilia.

—Dios mío, ¡ese hombre es un monstruo!

—Sí, casi tanto como tu padre. Perdona lo que voy a decir, pero para mí, son tal para cual. Lo que intento hacerte entender es que no puedes terminar todo. Al menos por ahora, estás atrapada con ese hijo de puta. Que Dios me perdone por la palabrota.

Quince minutos después, ya dentro del helicóptero, me horrorizo al entrar a algunos sitios web de farándula europea. Carmine no mintió. No se habla de otra cosa más que del escándalo que protagonizamos, y no tengo dudas de que me van a despedir. Mala publicidad es lo último que quiere el gobierno, y tener a una recién contratada en las portadas de los periódicos, envuelta en un lío entre dos hombres poderosos en Sicilia, es sinónimo de escándalo con "E" mayúscula.

—¿Qué hago, Constance? Estoy tratando de ser fuerte, pero no sé cómo lidiar con lo que está pasando.

—Contacté a ese abogado del que te hablé y le pregunté sobre tu situación.

—¿Y?

—Dijo que es muy difícil revertirla. Tu padre logró convertirse en el responsable legal de doña Leonitina y no hay nada que lo desacredite por ahora. Es el yerno y no tiene antecedentes, ni siquiera una multa de tráfico. Los procesos administrativos que enfrenta por la quiebra de su empresa no afectan su reputación. Solo cambiaría si tu abuela fuera rica. En ese caso, dudo que lo hubieran dejado a cargo. Tú, por otro lado, además de no ganar lo suficiente para mantenerlas a las dos…

Deja morir la explicación, pero yo la completo:

—Estoy involucrada en un escándalo.

—Sí. Me destrozó cuando me lo dijo. Con Gagliano Basilotti insistiendo en el compromiso, te quedaste sin salida. A menos que

aceptes la propuesta de Carmine.

—¿Y de qué me serviría? Salvaría la reputación de él, pero no cambiaría en nada la situación de mi abuela. Tal vez incluso la empeoraría.

—Negocia con él.

—¿Qué?

—Ambos tienen interés en esta relación. Él quiere limpiar su nombre; tú, salvar a tu abuela. Él ya puso las cartas sobre la mesa, pero no tienes por qué aceptarlas sin decir nada. Pídele que te ayude con lo de tu abuela.

—No puedo hacer eso. Además de que me sentiría muy mal pidiéndole un favor después de todo, ahora Carmine piensa lo peor de mí. No es seguro para mi corazón estar cerca de ese hombre, Constance. Fui tan tonta como para enamorarme de él.

—Ya lo sospechaba.

—¿Cómo?

—Lexi, te conozco hace más de un año. Hablamos todos los días. Tú no te entregarías a alguien si no estuvieras completamente encantada con ese hombre.

—Es más que un encanto. Todo lo que vivimos fue perfecto.

—¿Y crees que no puede arreglarse?

—¿Lo viste? ¿Crees que un hombre como Carmine puede perdonar lo que hice?

—Quiere que seas su falsa prometida.

—En nombre de sus propios intereses.

—Tal vez. O quizá esa sea la excusa que él mismo se está dando.



Lexi



Capítulo 28

—¿Lexi? ¿Ese es tu nombre? —pregunta mi abuela mientras hojea un álbum de fotos con todo el cuidado del mundo, como si estuviera tocando un tesoro.

Y de cierto modo, lo está, porque en sus manos sostiene su pasado.

La historia de amor que vivió con mi abuelo, una vida de felicidad que terminó demasiado pronto, ya que él falleció a los sesenta.

Debería existir una ley divina que diga que cuando dos personas se encuentran y son almas gemelas, deben morir el mismo día. Después de haber compartido una existencia entera de felicidad, debe ser insoportable seguir solo. Incluso antes de enfermar, mi abuela ya no era la misma después de perder a su gran amor.

Regresé a casa desesperada por verla, especialmente porque Constance me dijo que había estado bien todo el fin de semana y también en los días que estuve hospitalizada.

Sin embargo, solo me bastó una mirada al entrar para darme cuenta de que había vuelto a ese mundo solitario donde el presente prácticamente no existe y los recuerdos desaparecen en un abrir y cerrar de ojos.

A veces recuerda cosas de su infancia. Otras veces ni siquiera reconoce su propia foto de boda y me pregunta quiénes son esos novios tan guapos.

Está sentada en su habitación, en su sillón favorito, ajena al mundo, y yo a sus pies, aunque mi presencia no parezca cambiar nada.

—Sí, mi nombre es Lexi —respondo por tercera vez lo mismo desde que llegué.

—Es un nombre precioso —dice, y siento que un nudo se forma en mi garganta.

Dios, ayúdame.

No puedo permitir que la encierren en un asilo y, al mismo tiempo, no quiero, ni por un solo día, estar cerca de ese hombre repugnante. Constance tiene razón, Gagliano Basilotti es tan monstruo como mi padre.

Sus ojos verdes, tan parecidos a los míos, se giran hacia mí y por un instante creo que va a reconocerme, pero luego vuelve a mirar el vacío sobre mi hombro.

Empieza a hablarme sobre la funda del cojín, diciendo que es muy oscura y no combina con un día tan bonito de verano.

Durante cerca de una hora, la dejo hablar, con la cabeza apoyada en su regazo y luchando por no romper en llanto.

Cuando levanto la vista, está dormida, con el álbum abierto en una foto que conozco de memoria.

Lleva un vestido con flores. Su sonrisa lo iluminaba todo a su alrededor, ya que a su lado estaba mi bisabuela.

Tomo el álbum y leo la fecha.

El paso del tiempo es cruel. O quizás la vida lo sea.

Después de una existencia feliz junto a su esposo, ahora mi abuela es tratada por su única hija y su yerno como un estorbo, algo sin valor. No se merece eso, y yo tengo que encontrar la forma de liberarla de las garras de mi padre.

—Esa foto fue tomada en verano —vuelve a hablar, tomándome por sorpresa, una vez más sumergida en los recuerdos—. Tu bisabuela y yo pasamos unos días solo de mujeres porque era el aniversario de la muerte de mi hermana gemela, Betsie, y esa fecha siempre nos traía tristeza. Fuimos a una finca de olivos, y si cierro los ojos, todavía puedo sentir el olor de los árboles.

Desde que llegué a Sicilia, le he rogado a mi padre que me preste el coche para llevar a mi abuela a una finca de olivos, porque muchas veces, cuando su memoria regresa, recuerda ese paseo, lo cual significa que fue importante para ella.

Apoyo el mentón sobre mi mano, y mi codo lo apoyo en su pierna.

—¿Cómo es tener una hermana?

Sé que la pregunta puede quedar sin respuesta. El olvido llega sin avisar y muchas veces nuestras conversaciones se quedan sin final, pero me encanta cuando me cuenta cosas de cuando era feliz.

—Es maravilloso. Perder a mi gemela fue algo que me marcó mucho. Betsie era la más alegre de las dos y creo que habría disfrutado la vida si hubiera tenido la oportunidad.

Sé que se cayó de un caballo y se rompió el cuello, muriendo en el acto. Es triste que una niña de catorce años termine su vida así, pero yo soy una fatalista la mayor parte del tiempo.

Creo en el destino y que todo ocurre por una razón. Tal vez mi tía abuela Betsie era demasiado buena para este mundo loco.

—Ese verano en que ella murió, una parte de nosotras se fue con ella. A mi madre le tomó años volver a sonreír, pero al final lo superamos, porque todo pasa. El dolor, el amor. Nosotros, los seres humanos, somos resilientes por naturaleza.

Me concentro en su expresión mientras sigue hablando del pasado y, a pesar del tema triste, noto que recordar a su familia perdida le da luz al rostro.

Las historias de mi abuela siempre me conmueven, y hoy, en especial, estoy muy sensible.

—Lexi. —Oigo que Romy me llama desde la puerta—. Hay alguien en el teléfono que quiere hablar contigo. Llamó al teléfono fijo.

—¿Quién es?

—Gagliano Basilotti.

Mi primera reacción es decir que no voy a contestar, pero no puedo huir del desgraciado sabiendo que ahora mismo tiene las mejores cartas.

Le doy un beso en la frente a mi abuela y voy a la biblioteca, el único lugar de la casa con teléfono fijo.

—¿Qué quieres? —pregunto, sin molestarme en saludarlo.

—*Solo quiero decirte que me las vas a pagar. Le voy a ofrecer cinco millones de euros más a tu padre para que nuestra boda se realice dentro de diez días. No tienes escapatoria. Jaronde internará a tu adorada abuelita si te niegas a convertirte en mi esposa.*

—Ese no fue el acuerdo —digo, más para ganar tiempo que porque piense que ese cretino va a respetar alguna norma social o pacto.

—*Tampoco estaba acordado que me pusieras los cuernos, sin embargo, eso fue exactamente lo que hiciste.*

—No seas ridículo. Sabes perfectamente que nuestro compromiso es tan real como un billete de tres dólares. Nunca me tocaste y nunca lo harás.

—*Lo haré. Cada parte de ti, y vas a tener que aceptarlo calladita.*

—Tendrás que matarme primero. Me das asco.



Lexi



Capítulo 29

Cuelgo el teléfono sabiendo que lo que acabo de hacer me pone en un camino sin retorno. No hay forma de que permita que Gagliano Basilotti se acerque a mí, porque la amenaza en su voz fue real.

Sé lo que tengo que hacer. Decido tragarme el orgullo y actuar con la cabeza en lugar del corazón.

Constance tiene razón. Carmine me ofreció una salida y ahora, solo me queda negociar.

Voy directo a mi habitación, sin detenerme a hablar con mis amigas.

Carmine y yo nunca llegamos a intercambiar números, pero si cuando me llamó lo hizo desde su celular, tal vez haya una posibilidad de que me conteste.

Tomo el teléfono y toco en la pantalla, sobre la última llamada recibida, rezando en silencio para que responda.

Suena tres, cuatro veces, antes de que escuche su voz poderosa decir mi nombre.

—¿Llamé en mal momento?

—*No. ¿Qué quieres?*

—¿Puedes venir a verme? Sé que hay reporteros parados frente a tu casa. Me costó mucho entrar, pero… necesito hablar contigo y no puedo esperar hasta pasado mañana.

Guarda silencio por varios segundos, probablemente considerando si valgo la pena como para salir de su casa a esta hora.

—*Voy a mandar a un chofer a recogerte en treinta minutos. Te llevará a mi casa. Si voy yo, llamaré aún más la atención.*

—No estabas preocupado por eso antes. Dijiste que vendrías a buscarme.

—*No, tal vez me expresé mal. Quise decir que mandaría a alguien a buscarte. Ahora son casi las ocho de la noche. ¿De verdad quieres seguir discutiendo por teléfono? Fuiste tú quien me llamó y deberías agradecer que sea lo bastante generoso como para recibirte.*

—Sí, lo sé —digo, sabiendo que tiene razón, aunque por dentro me esté muriendo de rabia—. Gracias.

Escucho su risa. Es fría, sin humor. La risa de alguien que sabe que siempre gana.

—¿El chofer me traerá de vuelta después?

—*En el momento adecuado, sí.*

—¿Qué significa eso?

—*No pongas a prueba mi paciencia, Lexi. Tienes media hora para prepararte. No llegues tarde.*



El chofer que Carmine envió para recogerme atraviesa las calles de Palermo y mi pecho está en un completo caos; soy pura tormenta, porque quiero verlo y, al mismo tiempo, me muero de miedo.

Entró por el terreno de mi casa para que los paparazzi no pudieran molestarme.

Comenzó a llover y las luces nocturnas, mezcladas con las gotas de agua, crean reflejos en el vidrio de la ventana del auto.

Levanto un dedo y sigo el rastro que deja una gota, como si fuera un sendero, intentando calmarme. Estoy hecha un manojo de nervios y consciente de cada latido de mi corazón. Parece que retumba en el silencio del coche, marcando el ritmo de mi ansiedad.

Quiero encontrar una forma de explicarle que todo fue un malentendido, pero no puedo fingir que no estuve dispuesta a provocar un escándalo para librarme del compromiso.

¿Y al final para qué sirvió?

Gagliano Basilotti no es estúpido. Todos los diarios dicen que me refugié en el yate de Carmine el fin de semana, además de haber pasado la noche en su castillo. Ni el más ingenuo de los mortales creería que una mujer podría resistirse al dios siciliano. Aun así, sabiéndolo todo, no quiso romper el compromiso.

Veo que la pantalla de mi celular se enciende sobre mi regazo y noto que es un mensaje de Romy.

Romy: “Avísanos que estás bien cuando llegues".

Escribo una respuesta para tranquilizarla.

“Carmine no es Gagliano Basilotti. Él nunca me haría daño".

Romy: “De cualquier modo, haz lo que te pedí, Lexi. Estamos muy ansiosas aquí".

“Está bien, amiga".

Varios minutos después, el chofer me avisa que estamos llegando.

Mi pulso, que no estuvo normal desde que supe que nos veríamos esta noche, se descontrola.

El auto se detiene frente a unos portones imponentes y, enseguida, aparece frente a nosotros una mansión mucho más grande que cualquier otra en la que haya estado. Las luces del jardín perfectamente cuidado están todas encendidas.

—No hay paparazzis a la vista —digo, sin importarme que el empleado de Carmine sepa de mi miedo.

Todo el país sabe del escándalo.

—No se atreverían —responde el hombre.

Respiro hondo, intentando decirme a mí misma que todo saldrá bien, porque los dos tenemos algo que el otro necesita: Carmine se preocupa por su honor y por proteger su apellido. Yo, por el bienestar de mi abuela.

Un escalofrío me recorre mientras acepto la mano del chofer para bajar del coche.

Él sostiene un paraguas enorme, negro, y se disculpa porque mis zapatos se mojan al pisar el sendero de piedras.

Sé que Carmine es mi única esperanza, la oportunidad de escapar de ese hombre cruel, y aun así, me duele tener que negociar con él.

Subo los escalones y, cuando alcanzo el último, la puerta se abre.

Y entonces, el siciliano, *mi* siciliano, está a solo unos pasos de distancia.

Me devora con la mirada y me alegro de haber elegido un vestido sencillo pero bonito; negro, con tirantes finos y hasta las rodillas, porque incluso con ropa casual, jeans y camisa negra de mangas dobladas, él parece listo para cruzar la alfombra roja del Oscar.

Lo último que necesito esta noche es no sentirme segura de mí misma.

Reuniendo coraje, lo saludo con un "buenas noches", pero él solo dice:

—Ven, Lexi.

Siento su voz tocar cada una de mis terminaciones nerviosas, recordándome cómo susurraba mi nombre al oído mientras estaba dentro mío.

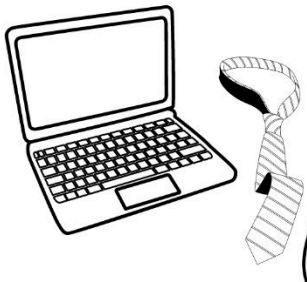
Él también parece notarlo y sentirse incómodo, porque no espera a que lo obedezca.

Toma mi mano y me jala hacia el interior de la casa, sin siquiera decir una palabra a su empleado.

—Acepto el compromiso falso, pero tengo una contrapropuesta. Es sobre mi abuela. Tienes que jurarme que vas a cuidarla, que la vas a proteger.

Cierra la puerta tras de mí y camina hacia adelante, acorralándome contra la estructura de madera.

—Sea lo que sea que vayas a decir, mi respuesta es sí, pero mientras dure esta farsa, eres mía. Sin discusión. Completamente mía.



Carmine



Capítulo 30

Me prometí a mí mismo que no la tocaría. Me impuse una prueba de autocontrol, racionalizando que ahora que sé quién es y lo que fue capaz de hacer, no hay nada especial en ella.

Pero, claro, ya debería haber entendido que la palabra autocontrol y Lexi no pueden coexistir en la misma frase.

Si soy honesto, desde la primera vez que la vi, se convirtió en una obsesión, una llama que consumía todo mi ser.

La chica que no encajaba en mi mundo, pero que entró en él sin pedir permiso.

No, no es una chica. Es una mujer infiel y frívola.

Los pensamientos se atropellan en mi cabeza mientras tomo su boca con la misma hambre con la que la devoré hace dos días en mi yate.

—No —gime, protestando, pero sus manos ya están desabotonando mi camisa.

En este momento, cambiaría mi fortuna por el derecho a poseerla otra vez. Para demostrar que es igual a todas las demás, y aunque no era esa la intención cuando la invité a venir, mando mi fuerza de voluntad al carajo y tomo todo lo que quiero.

Esta vez, sin embargo, será diferente. No voy a volver a creer en esa imagen falsa de inocencia. Se entregó a mí estando comprometida con ese bastardo.

—Todo fue un plan —digo, alejándome lo suficiente para oír su boca mentirosa confesar que fue al castillo con la intención de traicionar,

engañar y divertirse.

—Lo fue, pero no como estás pensando.

La callo con otro beso.

Rabia y deseo mezclados en partes iguales.

No tiene idea de en qué se metió al intentar engañarme.

—Vas a ser mía, Lexi. Todo el tiempo que yo quiera, vas a ser mía —susurro contra su boca.

Esa mujer me enloquece.

La deseo más que a nada, pero también la detesto. Mi furia se mezcla con mi excitación, el sabor de su boca me embriaga.

Me alejo, doy un paso atrás, todo mi cuerpo está tenso.

Lexi está más hermosa que nunca. Tiene la boca hinchada, los ojos llenos de una necesidad febril.

Es casi físicamente doloroso no tocarla, pero no lo haré contra su voluntad.

—Dime si no quieres esto.

Su respuesta es dar un paso al frente, llevar las manos a la espalda y bajar el cierre del vestido.

—Hazme tuya por última vez.

Me río, con un sonido frío que resuena en el hall de mi casa.

—¿*Última vez*? Lo que vamos a tener será una relación real. Sin futuro, pero real, pequeña mentirosa.

Veo la furia brillar en sus ojos y espero que retroceda, que se ofenda, pero demostrando que no es como ninguna de las que ya tuve, termina de quitarse toda la ropa, incluidos los zapatos.

—Nunca vas a obligarme a hacer algo que no quiero. Falso compromiso o no, solo vas a tocarme si yo lo permito.

—Vas a permitírmelo. Vas a rogar por ello.

Abro mi camisa con tanta violencia que los botones salen volando por el suelo.

Cuando me ve con el torso desnudo, se lame los labios. Se acerca a mí y su boca recorre la piel de mi pecho.

Enredo su cabello en mi puño, mientras con la otra mano le desabrocho el botón y le bajo el cierre del pantalón.

—De rodillas, Lexi.

Para volverme más loco aún, me obedece. Con ansiedad, baja mi pantalón y mi bóxer solo lo suficiente para sacar mi verga. La acerco más a mí, sujetándole el cabello con firmeza.

—Chúpamela.

Me toma con tanta hambre como yo empujo mis caderas. Todo mi cuerpo vibra con un placer que nunca había sentido antes de ella.

—Tu boca es una maldición, mujer, pero lo que quiero es esa vulva.

Me agacho y la tomo en brazos. Camino hasta el comedor y la acuesto sobre la mesa.

Sin juegos ni preámbulos, le entierro mi verga dentro de ella.

Los dos gritamos de placer y rabia. No tengo dudas de que Lexi no quiere desearme, como yo también desearía poder sacarla de mi sangre.

—¡Más! —grita, sin aire, cuando traigo sus piernas hasta mis hombros, pero con un mínimo de lucidez, saco un condón del bolsillo del pantalón y me lo pongo rápidamente.

Vuelvo a entrar por completo en ella y embisto con fuerza, inclinándome para besarle la boca.

Nuestras respiraciones se mezclan, se invaden, pesadas, urgentes, en una combinación de deseo, rencor y…

Callo la voz en mi cabeza, impidiéndome completar la frase. Todo lo que quiero de Lexi es su cuerpo.

Tiembla en mis brazos y, sujetando su culo, le meto la verga con brutalidad, inclinándola como quiero, liberando al salvaje que llevo dentro. Cuanto más le doy, más suplica por placer.

Nos perdemos en besos, lamidas y mordidas, una pasión furiosa toma el control del acto.

Nuestras manos lo quieren todo a la vez y sus uñas rasgan mi pecho en medio de sus gemidos.

Es una búsqueda desesperada de placer y la penetro durante varios minutos, porque el frenesí en mí no disminuye. Ella acaba, una, dos veces, y aún así no me detengo.

Está completamente rendida para que yo haga lo que quiera.

—Mírame, Lexi.

Le acaricio el clítoris mientras mi verga entra y sale de su vaginita apretada. La posición me enloquece y ella gime fuerte con cada embestida.

Mi pulgar ataca su punto de placer sin descanso y cuando acaba una vez más, yo me derramo dentro de ella.

La sensación es la mejor de todas las veces que la he penetrado y, por unos segundos, no entiendo por qué, pero cuando siento la suavidad sedosa de su interior, me doy cuenta de lo que acaba de pasar.

Salgo despacio y ella sigue con los ojos cerrados.

—Lexi.

Sus esmeraldas me miran.

—¿Qué pasa?

—El condón se rompió.

—¡Ay, Dios mío!

Intenta bajarse de la mesa, pero en lugar de eso, me inclino sobre ella, con un codo a cada lado de su rostro.

—Déjame ir.

—Tranquila.

—¿Cómo quieres que esté tranquila?

—Tendremos que hacer un nuevo acuerdo. Las condiciones cambiaron. Podrías estar embarazada de mi hijo. Ya no quiero un compromiso falso, quiero un matrimonio por conveniencia. En una semana tendré todos los papeles listos.



Carmine



Capítulo 31

—No me parece gracioso bromear con algo así.

En lugar de discutir, la cargo en brazos y empiezo a subir las escaleras hacia mi habitación.

—¡Suéltame!

—Tenemos que hablar, pero supongo que querrás darte una ducha antes.

—Lo que quiero es entender qué locura fue esa que acabas de decir.

Abro la ducha con una mano, ajusto la temperatura y solo entonces la coloco bajo el agua.

No parece importarle mojarse el cabello ni que el chorro fuerte arrase con cualquier rastro de maquillaje en su rostro. En cambio, cierra los ojos como si necesitara el agua para aclarar sus pensamientos.

Me quito la ropa y entro con ella.

—Vete.

—Ya nos hemos bañado juntos.

—Era distinto. Ahora me odias.

No lo niego.

—¿Y por qué te importa lo que siento? Fuiste al castillo a divertirte y de eso estoy seguro que no te faltó.

Ella me empuja y sale de la ducha. Toma una toalla y se envuelve con ella. En un segundo, salgo tras ella al cuarto, completamente desnudo.

—¿Puedes cubrirte, por favor?

—No. Si quieres hablar ahora, lo haremos. Te propuse un compromiso falso, pero ahora las cosas cambiaron.

—Mi vida no es un juego.

—Todo es un juego, y si me interrumpes cada vez que empiezo a hablar, no llegaremos a ningún lado. Cuando llegaste, dijiste que tenías una contrapropuesta para hacerme. Querías que cuidara de tu abuela. Estuve de acuerdo.

—Estuviste de acuerdo sin saber de qué se trataba.

—Voy a hacer todo lo que me pidas con respecto a ella.

—Siempre y cuando acepte tus condiciones, porque eres un arrogante orgulloso que solo quiere limpiar su propio nombre.

—Algo así, pero el compromiso ya no me basta. Puede que te haya embarazado y no voy a esperar el resultado de una prueba para saber si pasó. Nos casaremos la próxima semana.

—¡Estás loco!

—Nunca estuve más lúcido. Si eres honesta, admitirás que a pesar del enojo, nuestra química es perfecta.

—Hablas como si fuera un negocio.

—¿Qué es el matrimonio si no eso? No es más que un contrato.

—¿Por qué no estás alterado? ¿Por qué pareces tan tranquilo frente a la posibilidad de que yo haya quedado embarazada?

Voy al clóset y tomo un bóxer. Me lo pongo sin apuro y siento cuando Lexi viene detrás de mí.

—¿Carmine?

Me giro para mirarla.

—Ya planeaba encontrar una esposa por conveniencia. Quiero herederos.

—¿Querías casarte?

—No, quería hijos, pero soy un hombre tradicional. No quiero tenerlos fuera del matrimonio. Es lo que te estoy proponiendo, Lexi. No sé cuál es exactamente el problema con tu abuela más allá del Alzheimer, pero sé que hay algo, y te prometí protegerla desde el momento en que entraste aquí. No retiro mi palabra, pero a cambio, quiero que seas mi esposa por conveniencia.

—¿Debido a que crees que puedo estar embarazada?

—También, pero como dije, no pienso esperar para confirmarlo. Si no lo estás, haremos un bebé pronto. Nuestra unión será la solución para todos nuestros problemas. El nombre Parisi Trovato quedará limpio. Tú conseguirás todos los beneficios que deseas.

—No quiero tu dinero.

No voy a discutir con ella. Voy a conseguir lo que quiero, de todos modos.

—Lo tendrás igual. La única condición que pongo, Lexi, es que no puedes enamorarte de mí.

—¿Y crees que puedes con todo, *signor* Parisi Trovato? ¿Incluso controlar los sentimientos de otros como haces con tus empresas?

—No, sé que no puedo. No soy tan arrogante, pero tómalo como un consejo, Lexi. No te enamores de mí.

—¿Y si lo hago?

—Te vas a lastimar.

—¿Por qué no eres capaz de amar de vuelta?

—El amor está sobrevalorado. La razón por la que te aconsejo que no te enamores es porque nuestro matrimonio tiene fecha de caducidad.

—¿Qué?

—Tendrás a mi heredero, pero serás una esposa con fecha de vencimiento.



Lexi

Abro y cierro la boca, sin poder decir nada.

Ante mis ojos, veo cómo se deshacen mis sueños de niña, porque el hombre del que me enamoré es frío e insensible como una piedra de hielo.

Por otro lado, no veo salida. No dudo que la amenaza de Gagliano sea real.

—Necesito casarme en menos de diez días.

Él parece completamente sorprendido.

—¿Qué?

—Gagliano dijo que va a casarse conmigo lo más pronto posible. Necesito estar casada contigo en un máximo de diez días, y tienes que prometerme que vas a sacar a mi abuela de esa casa.

—Espera aquí.

No se molesta en vestirse cuando sale del cuarto, sigue solo con el bóxer.

Voy al baño y me pongo una bata porque me siento vulnerable.

No puedo pensar en la conversación que acabamos de tener ni en la posibilidad de haber quedado embarazada de un hombre que me desprecia. Solo puedo pensar en mi abuela.

“Un acuerdo”, me repito. “Tenemos un acuerdo y esto no puede involucrar sentimientos".

Pero ¿cómo retroceder en mis sentimientos si rompí el contrato antes siquiera de firmarlo? Porque no importa lo que acaba de decir, ya es demasiado tarde para renegociar los términos. Me enamoré de Carmine desde la noche en que hicimos el amor por primera vez.

La voz de Constance resuena en mi cabeza.

Haz una contrapropuesta. Establece tus condiciones.

No, así no va a funcionar. Hubo una ruptura de confianza entre nosotros. El Carmine de hoy no es el mismo hombre con quien pasé el fin de semana pasado. Si no quiero salir hecha pedazos de este trato, tendré que actuar con calma, hacer que me conozca de verdad, y no solo mi cuerpo.

No estoy loca. Algo estaba naciendo entre nosotros en el yate.

—¿Lexi?

No me di cuenta de que estaba de espaldas a la puerta, mirando sin ver el paisaje a través de la ventana panorámica, ni de que él ya había vuelto.

No te enamores de mí.

Él quiere los beneficios del matrimonio sin comprometerse. Hijos, una esposa, y cuando tenga todo, un bonito divorcio para volver a vivir su vida como antes.

Lo que Carmine no sabe es que no voy a rendirme sin luchar. ¿No quiere que lo ame? Vamos a ver si dice lo mismo cuando logre que él se

enamore de mí. Porque estoy decidida a eso. Voy a conquistar a ese hombre aunque solo sea para hacer trizas su corazón, como acaba de hacer con el mío.

—Dijiste que no puedo enamorarme de ti, y no veo cómo podría. Nunca he amado y tampoco lo pretendo. Acepto tus condiciones y me casaré contigo si logras convertirte en el tutor legal de mi abuela. Sácala de esa casa y seré tu esposa con fecha de vencimiento.



Carmine



Capítulo 32

—Debería irme —dice, apenas picoteando la comida que preparé para los dos.

Cuando Lexi me llamó, aún no había cenado porque, desde que estalló el infierno en mi vida, perdí el apetito. Ahora, sin embargo, es como si todo empezara a encajar de nuevo, aunque sé que es un pensamiento estúpido. Lexi es temporal. Tenemos un acuerdo, y en algún momento del futuro, nos separaremos.

—No vas a irte antes de contarme todo. Si no tienes hambre, está bien, pero no habrá secretos entre nosotros. Te propuse matrimonio.

—No un matrimonio real. Es algo con fecha de vencimiento, que sirve a tus intereses.

—A nuestros intereses. Cada uno de nosotros tiene sus motivos para aceptar esta unión.

La veo palidecer, pero no es capaz de negarlo porque sabe que lo que dije es verdad.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

Deja el tenedor sobre la pasta que fingía comer, como si se rindiera. No me mira. Parece concentrada en su copa, pasando el dedo por el borde del vaso de agua intacto.

—Como ya debes saber a estas alturas, vengo de una familia rica pero arruinada. Todo lo que conozco sobre convivencia familiar, amor, dedicación, lo viví con mi abuela. Es la persona más importante del

mundo para mí. Mis padres siempre actuaron como si yo fuera hija de ella porque vivía con nosotros. No sabían nada sobre mí. Por fuera, éramos la familia perfecta de un comercial de televisión, pero si nos sentábamos a la mesa a cenar, éramos completos desconocidos.

Puedo identificarme con eso. El matrimonio de mis padres duró mucho después de que mis hermanos y yo nos volviéramos adultos, y aun así, siempre sentí que fui criado por una madre soltera. En esa época aún no sabíamos de sus infidelidades, pero igual no necesitaba ser un experto en relaciones para entender que el amor, en su caso, era unilateral.

—¿Se aman, al menos?

Ella se encoge de hombros.

—Puede sonar frío lo que voy a decir, pero no sé si alguno de los dos es capaz de amar. Mi madre siempre fue hermosa y creo que él la mostraba como un trofeo. Ella, por otro lado, creció en una familia pobre. Mis abuelos nunca tuvieron bienes materiales más allá de una casa aquí en el interior de Sicilia.

—¿Estás diciendo que fue un matrimonio por interés?

—Tal vez. Creo que mi madre quedó deslumbrada por el poder y el lujo que mi padre le ofreció y aprendió a seguirlo sin cuestionar nada, por miedo a que él la echara.

Puedo ver, sin que tenga que decirlo, el desprecio que siente por ambos.

—Continúa.

—Cuando estaba entrando en la adolescencia, a mi abuela le diagnosticaron Alzheimer. Fui yo quien notó que empezaba a olvidar cosas básicas y la enfermedad avanzó muy rápido. Mis padres ya no

tenían el apoyo para criarme, así que me internaron en un colegio suizo. Contrataron a una enfermera para ella, que era la tía de la que sigue cuidándola hoy.

—¿Y dónde entra Gagliano Basilotti en esta historia?

En lugar de responderme, devuelve la pregunta.

—¿Tú ya lo conocías?

—¿Eso importa?

—Para mí sí. Dijiste que no habría secretos. Esto es de ida y vuelta.

—No, no lo conocía, solo el apellido.

—Constance dijo que presenció la discusión entre ustedes en el pasillo del hospital.

—Esa conversación no tiene que ver con mis sentimientos hacia ese miserable, Lexi. Ahora dime cómo un hombre que te triplica la edad entró en tu vida.

—No sé decirlo con exactitud. Cuando aún tenía quince años, pasamos las vacaciones en su casa aquí en Sicilia. En esa época recuerdo que pensé que mi padre intentaba arreglar algo entre el hijo mayor de Gagliano, Silvio, y yo.

—¿Arreglar?

—Mi madre siempre insinuaba que tenía que hacer un buen matrimonio.

—¿Y era lo que querías?

—¿Prestaste atención a lo que dije? Solo tenía quince años. Solo pensaba en mis libros, y en parte, sigo siendo así. Ni se me pasaba por la cabeza tener novio —dice, con las mejillas teñidas de rojo—. De cualquier manera, las vacaciones terminaron y no hubo insinuación alguna, así que lo olvidé. Terminé el colegio, pero seguí estudiando en

una universidad internado solo para chicas, que en realidad era una extensión del colegio suizo.

—¿Por qué no estudiar en Estados Unidos?

—No me dieron esa opción y acepté seguir en Suiza porque, fuera de mi abuela y Romy, no me gustaba estar en casa. Entonces, la última vez que vine, mis padres me contaron toda la verdad: que estaban en la ruina, que tendría que dejar la universidad y que nos mudaríamos a Sicilia.

—Pudiste haberte negado.

—¿Y dejar a mi abuela en sus manos? Jamás. Conseguí un trabajo como asistente de biblioteca porque ya hacía eso voluntariamente en Suiza. Entonces, hace unos días, mis padres me llamaron para hablar. Dijeron que estaban quebrados y que tendrían que internar a mi abuela en un asilo público.

—¿Tu padre es el tutor legal de tu abuela, entonces?

—Sí.

—¿Por qué no tu madre?

—Porque no le importa en lo más mínimo. El hecho es que no entendía por qué me decía eso. Daba igual que se quedaran con la abuela o no. Ella no les causaba problemas. Romy no recibe salario hace tiempo y…

—Yo me encargaré de eso. Pagaré todo lo que le deben.

—No lo mencioné por esa razón.

—Elige tus batallas, Lexi. Pediste mi ayuda. Yo no resuelvo nada a medias.

La veo tragar en seco antes de continuar.

—Como iba diciendo, ellos ya no pagaban nada para mi abuela. Yo compro sus medicamentos y su comida con el dinero que gano en la biblioteca, así que no entendía por qué me decían eso. La casa en la que vivimos es grande. Creo que es el único bien que les queda. Tiene varios cuartos y mi abuela no molesta a nadie. Solo después de la cena esa misma noche entendí que mi padre tenía planes para mí. Me vendió a Gagliano Basilotti.

—¿Qué?

—Me chantajeó. O aceptaba el compromiso, o internaría a mi abuela en un asilo estatal. Me desesperé. Hay días en que ella está bien. Otros en los que parece una niña. Totalmente desprotegida, inocente, sin reconocer a nadie a su alrededor.

Puedo notar que le da vergüenza mostrar emociones, y cuando pasa casi un minuto sin que diga nada más, insisto.

—Cuéntamelo todo.

—Acepté, pero desde el principio supe que no me casaría con Gagliano Basilotti. Sin embargo, necesitaba tiempo. Desde el inicio tenía un plan: hacer que él rompiera el compromiso.

—¿Cómo?

—Los hombres como él… —comienza, pero luego me mira, levanta el mentón y se corrige—. Los hombres como ustedes son orgullosos. Pensé que bastaría con avergonzarlo.

—No me compares con ese imbécil. No tienes idea de lo que estás diciendo. Nunca me he acostado con la mujer de otro, hasta que te conocí.

—Nunca fui su mujer. Permití que me pusiera un anillo en el dedo porque sabía que tenía que mover las piezas del juego con cuidado,

pero jamás lo usé y ni siquiera me dio un beso. Fue un acuerdo vacío, unilateral.

Siento rabia de mí mismo por haberle creído, pero la he estado observando desde que empezamos a hablar, y sé reconocer la honestidad. Lexi está diciendo la verdad.

—Formal o no, verdadero o falso, yo jamás te habría tocado si hubiera sabido que estabas, aunque fuera remotamente, comprometida con otro.

—Lo siento, pero si te consuela saberlo, tú no eras mi objetivo esa noche.

—¿*Objetivo*?

—Mis amigas y yo hicimos un plan. Yo besaría a alguien importante de la alta sociedad y causaría un escándalo. En ese sentido, fue todo una jugada. Por eso di aquella entrevista.

—¿Tenías a alguien en la mira?

Apoya ambas manos sobre la mesa y creo que, si pudiera, ella saldría corriendo para evitar tener que responderme.

—Sí, tenías a alguien específico en la mira.

—Sí, lo tenía. Era tu hermano, Michele.



Lexi



Capítulo 33

Tenía claro que Carmine se iba a enojar cuando le contara mi plan loco, ideado con mis amigas, pero no esperaba que se levantara como si estuviera listo para matar a alguien.

La rabia, sin embargo, no dura mucho. Pronto, su rostro muestra desprecio.

—¿Cualquiera servía, entonces?

—¿De qué estás hablando?

—No te hagas la inocente. Según lo que me contaste, ¿yo solo fui el afortunado que te quitó la virginidad? Si todo hubiera salido como planeaste, habrías terminado en la cama de mi hermano.

—No era mi intención…

—No te molestes en hablar. Ya escuché suficiente. Los términos del acuerdo son los siguientes: me serás fiel todo el tiempo que dure nuestro matrimonio.

Ni siquiera necesito preguntarle si él también lo será. Lo veo en su cara.

—Nunca he sido infiel ni traidora en mi vida, de ninguna forma.

—Seguramente Gagliano Basilotti no estaría de acuerdo con esa afirmación.

Creo que lo dijo para herirme, pero igual, siento que se me dispara el temperamento.

—¡Vete al infierno! Cree lo que quieras de mí, con tal de que cumplas tu parte.

Lo veo avanzar hacia mí y, antes de que pueda siquiera pensar en alejarme, me agarra de la nuca y me besa.

—Ya estoy en el infierno desde el día en que te hice mía.

—Tú me odias. Esto nunca va a funcionar.

—Te deseo, y podemos hacer que funcione.

Trato de empujarlo, pero mi fuerza de voluntad no dura mucho.

El amor es una droga, y no en el sentido de que sea una mierda. Es un veneno que corre por nuestras venas.

Sé que Carmine no es lo correcto para mí. Creo que él también lo sabe, pero aún así, no podemos dejar de tocarnos.

Me levanta en brazos y abre mi bata. Se baja la boxer lo justo para penetrarme con su enorme verga y poseerme así, de pie.

Es un acto rudo, pero delicioso, y esta vez, ni siquiera se disculpa cuando me llena con su orgasmo.

Todavía tengo los brazos alrededor de su cuello, y ya no me importa la pelea que tuvimos antes.

—Nunca podría ser otro, Carmine, porque nadie me ha hecho sentir así. Ódiame todo lo que quieras, pero tienes que creer en mí.

No me responde, pero acaricia con suavidad mi espalda y besa mi cabello.



—No deberías haber venido a traerme —digo, cuando su chofer se detiene frente a mi casa.

—La alternativa era que durmieras conmigo.

—No.

—Entonces no te quejes. Desde el momento en que te volviste mía, no permitiré que nadie más te moleste.

—No podía quedarme en tu casa y dejar sola a mi abuela. Tengo miedo de que Gagliano cumpla su amenaza.

Le conté todo lo que faltaba, incluso que mis padres están incomunicados y que necesitamos resolver el tema de mi abuela cuanto antes.

—Un mensajero irá a tu casa en unas horas —me avisa, revisando la hora en su reloj. Son las cuatro de la mañana—. Necesitará tus documentos para iniciar el trámite del matrimonio. Mis abogados pedirán urgencia, así que deberíamos casarnos en unos días.

—¿Tan pronto?

—Me casaría hoy si pudiera. Puede que ya estés esperando a mi hijo.

Miro por la ventana, triste.

—¿Podrías al menos fingir que no me ves como una incubadora?

—Podría embarazar a cualquier otra. Pero contigo es con quien quiero tener un hijo.

Miro al chofer, incómoda por si está escuchando nuestra conversación, y como si entendiera, Carmine sube el vidrio que nos aísla de él. Solo entonces digo lo que pienso:

—Solo decidiste que yo sería tu esposa de conveniencia porque el preservativo se rompió. Dejaste claro que lo único que quieres es mi cuerpo.

—Y tú, mi poder e influencia. Suena como un trato justo. Ahora basta de hablar de esto. Mejor pasemos a los temas prácticos. ¿Dijiste que tus

padres están incomunicados?

—Sí, pero tengo miedo de que Gagliano encuentre la forma de contactarlos. Ese infeliz dijo que va a ofrecer más dinero para que mi padre acepte adelantar la boda.

—No va a pasar, Lexi. Pronto serás mi esposa. Mañana me reuniré con mi familia para hablar sobre nosotros dos.

—Ellos deben odiarme.

—No todos. Mi madre no juzga a las personas sin conocerlas.

—Pero tus hermanos sí.

—Mis hermanos son como yo. En su lugar, ¿pensarías distinto? ¿Qué pensarías si fuera al revés? Tal vez tú misma justificas tus razones diciendo que eran nobles, pero si yo estuviera comprometido, aunque fuera un compromiso por conveniencia, y me acostara contigo, ¿cómo te sentirías?

Siento como si me diera un puñetazo en el estómago. Sé que me queda un largo camino si quiero recuperar su confianza.

Como no digo nada, incluso después de varios minutos, él continúa:

—Sobre tu abuela, tengo un plan, pero necesitaremos que tus padres regresen de inmediato a Sicilia para que funcione.

—¿A qué te refieres?

—Te lo explicaré todo.



Carmine

Cuelgo el teléfono y camino hasta la ventana en la sede de mi empresa principal.

Acabo de hablar con un detective y le pedí que investigue a fondo la vida de los padres de Lexi. Si Jaronde McGhee y Salita Ciambra McGhee esconden algo turbio, lo voy a descubrir.

Sé que el mensajero ya recogió los documentos en la casa de Lexi y que, a esta altura, los papeles para nuestro matrimonio ya están en trámite. Ahora, necesito hablar con mis hermanos sobre esto.

Unos minutos después, reunido en privado en la sala de juntas, veo las caras de ellos y de Santo por videollamada, y sé exactamente lo que están pensando, incluso antes de que Rafaelle pregunte:

—*¿Estás seguro de que quieres hacer esto?*

—Ya venía considerando hace tiempo buscar una esposa de conveniencia. Tarde o temprano iba a pasar.

—*¿Pero con ella? ¿La mujer que provocó un escándalo en nuestra familia?*

—*Sin querer hacer de abogado del diablo* —dice mi hermano Giuliu—, *pero tú te casaste con la que también puso tu mundo de cabeza, Rafaelle.*

—*Es distinto. Allyson no tuvo culpa de lo que pasó. Fue víctima de una trampa.*

—Ya tomé mi decisión y no voy a dar marcha atrás. Lexi será mi esposa. Los papeles ya están en curso.

—*¿Por el hecho de que podría estar esperando a tu heredero?*

—¿Por qué otra razón sería? —les pregunto, pero me miran como si estuvieran seguros de que me estoy mintiendo a mí mismo.

Yo pienso igual que ellos.



Lexi



Capítulo 34

Al día siguiente

—¿Puedes explicármelo otra vez? —pregunta Constance mientras hace las maletas, y la expresión de Romy es tan sorprendida como la suya.

Tiene que volver a Suiza, pero siento que está sufriendo tanto como nosotras dos con su partida. Nunca entenderé por qué Constance insiste en hacerse monja. Simplemente no va con ella.

—No me pongas más nerviosa de lo que ya estoy. Carmine quiere una esposa de conveniencia con fecha de vencimiento porque desea tener herederos, y anoche nosotros...

Siento el rostro arder de vergüenza. Sea o no mi mejor amiga, hasta donde sé, Constance es inocente en todo, y creo que voy a comprar un boleto directo al infierno si hablo con ella sobre sexo.

—¡Dios mío! ¿Tuvieron sexo sin protección? Eso va mucho más allá del riesgo de embarazo, Lexi. ¡Podrías haberte contagiado algo! —dice Romy.

—Claro que usamos protección, pero creo que estábamos muy...

—¿Enamorados? —pregunta mi amiga novicia.

—¿Pasión es sinónimo de deseo? Porque si lo es, entonces sí. Pero por mi parte, es amor. De cualquier forma, lo que pasó fue que el preservativo se rompió.

—Espera, saltemos la parte del sexo —interviene Romy— y concentrémonos en el problema real: dijiste que él quiere herederos. ¿Cómo es posible, si el matrimonio tiene fecha de caducidad?

—Quiere hijos, pero no una esposa para siempre.

—Lexi, estás enamorada del siciliano. ¿Crees que vas a estar bien con eso? Es un vínculo para toda la vida.

—No, no creo que vaya a estar bien cuando termine esto.

—Entonces no lo entiendo —dice Constance.

—No tengo intención de respetar esa fecha final. Puede que yo sea mucho más joven y menos experimentada que él, pero Carmine no siente solo deseo por mí. Está enojado, pero me niego a creer que todo lo que vivimos fue unilateral.

—Yo también creo que no lo fue —dice Romy, sorprendiéndome, porque de las tres es la más sensata.

No me había dado cuenta de que estaba conteniendo el aliento hasta que la escuché.

—¿Estás de acuerdo conmigo? —pregunto.

—Sí. La historia de que quiere limpiar la mancha que le pusieron al apellido Parisi Trovato... Está bien, acepto que es un hombre orgulloso y que no le agradó ver su rostro en las portadas, pero de ahí a proponerte primero un compromiso falso y ahora un matrimonio... No digo que esté enamorado, Lexi. No sabemos lo suficiente de él para asegurarlo, pero no creo que sea solo atracción física.

—Sí, viéndolo así, Carmine podría tener a cualquier mujer, y sin ofender, amiga, pero ahora mismo tú eres un completo caos —dice Constance.

—Lo sé.

—Solo ten cuidado, Lexi. Estoy totalmente a favor de tu plan de no jugar bajo sus reglas y lograr que ese magnate se enamore de ti también, pero no olvides que él ya ha vivido mucho y tal vez incluso se haya involucrado emocionalmente con otras mujeres en el pasado.

—Pero nunca se casó con ninguna. Puede que Carmine aún no esté enamorado de mí, pero sé que es el hombre que quiero, y voy a usar el tiempo que estemos juntos a mi favor.

—Solo que, al final, estarás haciendo exactamente lo que él quiere.

—No todo. Tengo unas cuantas sorpresas bajo la manga.

Las dos se ríen.

—Cuéntame sobre ese plan que dijiste que Carmine te explicó respecto a tus padres. Antes de irme, quiero saber todo.

—Está bien, sobre todo porque necesitaré su ayuda.

Unos minutos después, ambas me miran atónitas.

—Simple y genial. ¿Cómo no se nos ocurrió antes? —dice Constance.

—Sí, es verdad. Pero por otro lado, aunque funcionara, todavía necesitaríamos un abogado, y no creo que mi padre caiga en ese engaño. Él sabe que no tengo dinero.

—Pero ahora el panorama cambió. Tienes a Carmine a tu lado. Un hombre con recursos infinitos que podría costear años de lucha legal.

—No es eso lo que quiero. Mi sueño es ver a mi abuela lejos del control de mi padre. En ese sentido, será más fácil que Carmine se convierta en su tutor legal siendo mi esposo.

—¿De verdad se casarán en unos días?

—Él dijo que sí.

—Entonces, cuando tus padres lleguen...

No termina la frase porque justo en ese momento, escuchamos el sonido de un coche estacionando. Cuando Constance mira por la ventana, vuelve junto a nosotras completamente pálida.

—Creo que tendremos que adelantar los planes. Tus padres acaban de llegar.

—¿Qué?

Miro alrededor buscando mi celular, y en cuanto lo encuentro, abro la aplicación de grabación que Carmine me recomendó. Lo dejo desbloqueado en el bolsillo de mi vestido, pero a Romy no le parece suficiente.

—Voy a esconder mi celular también. Acabo de instalar la aplicación, por si el tuyo falla. Atrae a los dos a la biblioteca y pase lo que pase, Lexi, haz que hablen.

—Estoy muy nerviosa.

—Lo sé. Nosotras también, pero todo va a salir bien.

Romy sale corriendo delante mío, y sé que va a dejar su celular en la biblioteca.

Espero unos diez minutos antes de bajar, y en cuanto llego a la planta baja, veo en la cara de mi padre que ya sabe todo. Probablemente ese infeliz de Gagliano Basilotti se lo contó. ¿Por qué más adelantaría su regreso?

—¡¿Qué hiciste?! —grita en cuanto me ve—. ¿Te volviste loca? ¿Quieres destruir nuestro futuro por una aventura?

—No tengo que darte explicaciones —digo, con la adrenalina recorriendo mi cuerpo como si hubiera corrido diez carreras de cien metros.

Voy directo a la biblioteca, alcanzando a ver a Romy salir de ahí justo a tiempo, y me desea un "buena suerte" en voz baja.

—No vas a escaparte de esta conversación, Lexi. ¡Eres una irresponsable!

Los dos ya están conmigo en la biblioteca, pero como siempre, solo mi padre habla, y eso es todo lo que necesito: que no deje de hablar.



Carmine

—*Tráela a casa hoy mismo. En mis tiempos, primero se presentaba a la novia y solo después se casaban* —dice mi madre al otro lado de la línea —. *Quiero conocer a mi futura nuera.*

—¿Eso es todo lo que tienes que decir sobre el hecho de que me voy a casar con Lexi?

—*Carmine, confío en tu criterio. Sé que nunca te casarías con alguien si no...*

—No sigas por ahí, mamá. Será un matrimonio de conveniencia. Quiero herederos y Lexi aceptó dármelos. A cambio, la ayudaré con el tema de su abuela, como ya te expliqué.

—*¿Entonces necesitaste chantajear a una mujer para que se casara contigo?* —Se ríe.

—Me alegra que te diviertas a mi costa.

—*Estás enamorado, hijo. Solo que eres demasiado terco para admitirlo.*

—Tengo que colgar, mamá. Solo llamé porque quería que lo supieras por mí.

—*¿Y qué sientes sobre su vínculo con ese hombre?*

—Ya te expliqué la situación de Lexi, mamá. No era un compromiso real.



Lexi



Capítulo 35

—¿Soy una irresponsable por no querer que me obliguen a casarme con un hombre que me triplica la edad?

—Tú estuviste de acuerdo. ¡Cerraste nuestro trato!

—Fui chantajeada, papá. Sabes muy bien que mi abuela es la persona más importante en mi vida y tú amenazaste con meterla en un asilo público, el peor de toda Sicilia, según tus propias palabras, si no aceptaba casarme con Gagliano Basilotti. Tú, señor Jaronde McGhee, deberías tener vergüenza de vender a tu propia hija a cambio de millones de euros. Mi abuela tiene Alzheimer. No es justo arrojarla a un asilo cuando soy yo quien paga todos sus gastos. El juez se equivocó al designarte como su responsable.

—Tal vez, ¿pero sabes qué, niña? La vida no es justa, y vas a hacer exactamente lo que yo diga, o tiraré a tu adorada abuelita a la calle.

—¡No digas eso! —repito, en parte porque necesito que siga hablando, y en parte porque de verdad estoy desesperada.

Y no es solo desesperación. Es odio, dolor, rencor, todo mezclado.

¿Quiénes son estas personas? No es posible que yo haya nacido de ellos. Tal vez sea una bendición para mi abuela pasar buena parte del tiempo sin darse cuenta de lo que sucede, porque si tuviera más momentos de lucidez, sufriría al saber que la quieren desechar como si fuera un objeto inútil.

—Lo digo y lo repito, Lexi McGhee. Me vas a obedecer porque soy tu padre. Si crees que vas a estar divirtiéndote con tu amante siciliano y

escaparte de nuestro acuerdo, estás muy equivocada. Y te digo más: Gagliano me dijo que quiere la boda lo antes posible... Hoy mismo va a depositar cinco millones de euros en mi cuenta como adelanto, y el resto cuando firmes la maldita línea punteada.

—¿Esa es tu palabra final? ¿Me estás vendiendo a ese hombre, señor Jaronde McGhee? —repito su nombre, recordando las instrucciones que me dio Carmine—. Si me niego, ¿vas a vengarte de mi abuela? ¿Vas a usar el poder que tienes sobre ella para meterla en un asilo público?

—¿Eres idiota? ¿Por qué sigues repitiendo eso? Ya te dije que sí, eso haré. No tienes escapatoria, Lexi. Sube y trae tus documentos, porque yo mismo iré a la oficina de Gagliano Basilotti a entregarlos para que pueda iniciar el trámite en el registro civil.

—¡Eres insoportable! —digo, ahora actuando deliberadamente como una chica mimada, porque sé que necesito parecer que estoy haciendo un berrinche para ganar tiempo.

No puedo esperar más. Tengo que hablar con Carmine de inmediato para que encuentre la forma de sacar a mi abuela de aquí. Ya no confío en que ella esté segura pasando otra noche en esta casa.

Subo corriendo las escaleras y, al llegar al pasillo, veo a Constance y Romy de pie, con expresión de horror en sus rostros. Deben haber escuchado todo.

—¡Lo lograste! —dice Constance, abrazándome, pero estoy temblando tanto que no puedo hablar.

—Estoy aterrada. Pude sentir su odio. Tengo miedo de que lastime a mi abuela.

—Yo también —dice Romy—. Por eso Constance y yo decidimos llamar a Carmine. Está en camino. Dijo que te quedaras en el cuarto con

tu abuela hasta que él esté en nuestra calle. Entonces, cuando te avise que está llegando, tendrás que salir para permitirle la entrada, o se consideraría una invasión de domicilio.

—¿La abuela está dormida?

—No. Está mirando el álbum de fotos.

—Vamos a cambiarle la ropa. También prepara una maletita. Si todo sale bien, nos vamos de aquí hoy mismo.



Carmine

Acababa de terminar una llamada con mi madre cuando vi el nombre de la novicia, amiga de Lexi, en la pantalla del celular.

Cuando la conocí en el hospital, me aseguré de tomar su número por si su amiga intentaba huir de mí sin explicarme qué diablos era eso del compromiso.

Han pasado unos días desde entonces, pero parece que hubiera sido hace una vida.

La voz de la chica temblaba, como si estuviera al borde de un ataque de pánico.

Me dijo que los padres de Lexi regresaron antes de lo previsto y que los tres estaban en la biblioteca. Según el plan que tracé con ella, Lexi

activó la aplicación de grabación, pero Constance me contó que Jaronde se estaba poniendo agresivo y temía que pudiera pasar al abuso físico.

Por encima de mi cadáver. Si ese desgraciado se atreve a tocar un solo cabello de Lexi, lo mato.

Cuando me llamó, yo ya estaba a solo unos veinte minutos de su casa, y aun así, la sensación es que el chofer no maneja lo suficientemente rápido como para calmarme. En el camino, contacté a mis abogados y les pedí que encontraran la forma, sin importar que tuvieran que usar mi nombre e influencia, de que me convierta, aunque sea temporalmente, en el responsable legal de Leonitina Ciambra.

No creo que el padre de Lexi vaya a resistirse cuando le muestre las cartas que tenemos bajo la manga. No es estúpido. No quiere un escándalo público. Entre mí y Gagliano Basilotti, sabrá muy bien a quién debe temer.

“Estoy aquí".

Le envío el mensaje, y la rapidez con la que dice que viene a recibirme me confirma que tiene miedo.

Increíblemente, igual que cuando la traje, todavía quedan algunos paparazzi frente a la casa, pero en cuanto intentan acercarse al coche mientras el chofer disminuye la velocidad para entrar al terreno, mis guardaespaldas, que venían en otro vehículo detrás, se bajan y los interceptan.

La veo apenas estacionamos y, tomándome por sorpresa, quizá olvidando nuestras peleas de la madrugada, corre hacia mí apenas bajo del auto.

La aprieto contra mi pecho, pero enseguida tomo su rostro entre mis manos para ver si está herida. Sé que, si lo está, le romperé la cara a su padre.

—Gracias por venir —dice, algo incómoda, y se aparta.

—¿Lograste grabarlo?

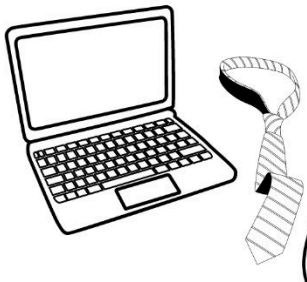
Asiente con la cabeza y me entrega el celular.

Escucho todo y, acto seguido, les envío una copia a mis hermanos con el mensaje: *estén listos para enviarlo a la prensa en cuanto yo lo indique.*

—¿Qué quieres hacer?

—Irme. Sacar a mi abuela de aquí. No sé cómo planeaste nuestro acuerdo, Carmine, pero vamos a necesitar un lugar donde vivir. Mi abuela a veces está completamente lúcida y, además de temer que la lastimen, tengo miedo de que se la lleven para chantajearme.

—No va a pasar, Lexi. Ustedes dos están bajo mi protección ahora.



Carmine



Capítulo 36

—Lexi, ¿qué hace ese hombre aquí? —pregunta el infeliz de su padre apenas piso el vestíbulo.

—Ya que decidió saltarse las formalidades, puedo responder yo mismo, McGhee. —Mi voz vibra con furia contenida—. Vine a buscar a mi prometida y a su abuela. A partir de hoy, ninguna de las dos vivirá más en esta casa.

—¡Fuera! —grita él.

—Esta también es mi casa, papá, y para mí, Carmine es bienvenido.

—¡Jaronde, cálmate! —Una rubia de cabello corto, que no se parece en nada a Lexi, se acerca—. No tienes que hacer un escándalo. Él es el primogénito de los Parisi Trovato y… Espera, ¿acabas de llamar a mi hija "prometida"?

O la mujer está loca, o está completamente desconectada de la realidad. No puedo creer que por mi apellido esté dispuesta a ponerse en contra de su marido.

—Sí, Lexi y yo vamos a casarnos.

—No puede. Ya está comprometida con Gagliano —dice el padre.

—Despierta, McGhee. No estamos en la Edad Media. No puedes obligar a una joven de veinte años a casarse en contra de su voluntad.

—Lexi —dice, y veo desesperación en su rostro—. Hija, no puedes hacer esto. ¡Tenemos un acuerdo!

—¿*Acuerdo*? ¡Tú me chantajeaste! Yo quiero y me voy a casar con Carmine, papá. Hazte un favor y permite que la abuela se venga con nosotros por las buenas.

—¡Nunca! ¿Con quién crees que estás hablando, mocosa? Si cruzas esa puerta, jamás volverás a ver a tu abuela.

—Cuidado —le advierto—. Ya no estás peleando solo con tu hija, también estás peleando conmigo. Lexi y Leonitina están bajo mi protección desde este momento, y las vas a dejar salir de aquí.

Toco la pantalla del celular de Lexi, que todavía tengo en la mano, y la discusión entre ellos empieza a escucharse.

La madre ahora muestra un rostro pálido como la muerte, mientras la expresión del padre se transforma en una mueca de odio.

—¡Maldita…! —Avanza hacia Lexi, pero soy más rápido y me interpongo entre los dos, sujetándolo por el cuello de la camisa.

—No te atrevas. Créeme, no quieres hacer esto. Soy la última persona con la que te conviene meterte si eres un maltratador de mujeres. Ahora te diré lo que va a pasar. Voy a subir y voy a llevarme a Leonitina. Las dos van a quedarse conmigo y, llegado el momento, no vas a presentar ninguna objeción en el tribunal cuando me postule para convertirme en su responsable legal.

—¡Lexi, por el amor de Dios! No sabes lo que estás haciendo. ¡Me vas a destruir si haces esto!

—¿Yo destruirte a ti? Estoy tratando de proteger a mi abuela, algo que tú y mamá debieron hacer. Los dos me avergüenzan, y estoy harta de fingir que son personas decentes —dice ella, llorando—. No sé si algún día podré perdonarte, papá. No quiero que ninguno de los dos sigan en mi vida ni en la de la abuela.

—Lexi, está bien —dice el padre—. Estoy de acuerdo en transferir la responsabilidad de mi suegra al señor Parisi, pero sé razonable, hija. No puedo romper mi acuerdo con Gagliano.

Una señal de alerta se enciende en mi cabeza. Eso no suena solo a la preocupación de alguien que va a perder dinero porque sus planes fallaron. Reconozco el verdadero miedo cuando lo veo. El padre de Lexi está ocultando algo.

—¿Por qué no? —pregunto—. Él debía saber que esto podía pasar.

—Nunca fue una posibilidad. Él la quiere.

—Jamás la tendrá. Lexi es mía. Solo intenta desafiarme y te doy mi palabra de que te voy a destruir.

El silencio se apodera del lugar, aumentando aún más la tensión, pero es roto por la madre.

—¡Felicidades a los novios! —dice, como si estuviéramos en una conversación amistosa.

Sí, definitivamente está loca.

—Está en tus manos dejar que tu suegra salga de esta casa sin escándalos o forzarme a llamar a la policía. Ah, y mis hermanos tienen una copia de la grabación de su conversación. Solo necesito dar una señal y el mundo entero sabrá que eres el hombre que vendió a su propia hija y maltrata a una anciana indefensa.

—¡Eso no, Jaronde! —la madre de Lexi casi grita—. ¡Sería una vergüenza y nadie volvería a invitarnos a ningún lado!

—Ya no puedo seguir aquí, Carmine —dice Lexi luego de escuchar a su madre.

Miro al padre de ella y sé que gané incluso antes de que asienta con la cabeza, aceptando.

—Haz tus maletas, Salita —le dice a su esposa mientras subimos las escaleras.

—Gracias —me dice Lexi.

—Todavía no me lo agradezcas. Solo estaré tranquilo cuando me convierta en el responsable legal de tu abuela.

Ella toma mi mano y la aprieta.

—Sé que en este momento piensas lo peor de mí, pero no soy una mentirosa, Carmine, y nunca te fui infiel, porque cuando estuvimos juntos, yo era libre. Nadie puede estar comprometida contra su voluntad.

—¿Y ahora? ¿Estás conmigo contra tu voluntad?

—Aún no estás listo para esa respuesta, así que te daré la única que puedo ahora. Te deseo.

La jalo para besarla y solo la suelto cuando se derrite entre mis brazos.

—No tienes permitido decir esas cosas, *bella*. No olvides mi advertencia. No te enamores de mí.

—Lo recuerdo bien. Cuando digo que te deseo, es porque quiero usar tu cuerpo para tener sexo.

La descarada pasa por mi lado, sabiendo que no tengo otra opción más que seguirla, y cuando llegamos al piso superior, encontramos a la novicia y también a una pelirroja.

—Carmine, ya conoces a Constance, y esta es Romy, la enfermera de la abuela y también una de mis mejores amigas.

Ambas parecen tensas, quizá sin saber qué va a pasar.

No me toma mucho tiempo tomar una decisión.

—Preparen sus cosas, todas. Vendrán conmigo.

—En realidad, Constance regresa hoy a Suiza, así que no vendrá con nosotras.

Asiento, de acuerdo, y sigo a Lexi cuando entra a una habitación.

Hay una anciana de pie, mirando por la ventana.

Está de espaldas a mí y parece muy delgada, con una constitución frágil como la de su nieta, pero cuando se gira, su rostro irradia vitalidad.

—¿Lexi, este es tu siciliano? ¿Seguiste mi consejo y conseguiste un príncipe para ti?

A pesar de la tensión de antes, no puedo evitar sonreír.

Lexi me explicó que su abuela tiene momentos de lucidez, cada vez más escasos, mezclados con períodos de olvido total, pero ahora parece saber quién es su nieta.

—No creo que me llamara príncipe, *signora*. Me llamo Carmine Parisi Trovato y es un placer conocerla.

Tomo su mano, la beso, y recibo a cambio una sonrisa encantadora.

—Abuela, no coquetees con mi prometido. Soy celosa.

Sé que lo dice para hacerla reír, pero jódeme si no me gusta oír la palabra "prometido" en su hermosa boca.

—¿Prometido? ¿Dónde está tu anillo?

—Yo… hum… todavía no tengo.

—Ya lo encargué, *signora*. Voy a corregir mi error de inmediato. Ahora, ¿qué tal si damos un paseo?

—¿Paseo? No lo sé. Estaba mirando el atardecer allá afuera, está tan bonito… pero creo que prefiero dormir.

Camina de nuevo hacia la ventana y los dos esperamos. Miro a un lado y veo la tensión y la tristeza en el rostro de Lexi. No sé cuánto

tiempo pasa, pero cuando Leonitina vuelve a mirarnos, su mirada está vacía.

—¿Quiénes son ustedes?



Tuve que cargarla en brazos hasta el auto porque, después de preguntar quiénes éramos, simplemente se acostó en la cama y se quedó dormida.

Cuando bajamos, no había señal de los padres de Lexi.

Todavía tengo intención de investigar mejor esa conexión entre Gagliano Basilotti y Jaronde McGhee, pero por ahora, lo que importa es que las dos están a salvo.



Lexi



Capítulo 37

—¿Vamos a la casa de tu madre? —pregunto, sorprendida, cuando él termina una llamada que duró unos cinco minutos.

Cuando salimos, había otros dos autos con los guardaespaldas de Carmine. Uno fue asignado para llevar a Constance al aeropuerto y el otro, usado para que mi abuela, que seguía dormida, pudiera ir más cómoda en el asiento trasero junto con Romy.

Los hombres entraron en la casa de mis padres y trajeron todo nuestro equipaje, principalmente ropa, pero Carmine dijo que más adelante mandará a alguien a recoger las pertenencias de mi abuela. Por segunda vez en menos de un año, ella está mudándose, y quiero que tenga sus cosas cerca para cuando recupere la lucidez.

—Creo que es lo mejor por ahora. La otra opción es mi casa, pero, como habrás notado, es una casa de hombre, Lexi.

—¡Pero ni siquiera me conoce!

—No es así como funcionan las cosas en nuestra familia. Somos un conjunto. Vas a ser mi esposa —dice, y su mirada cae sobre mi dedo sin anillo—, y serás tratada como tal.

—No te preocupes por el anillo. La abuela es romántica. Vivió un matrimonio feliz con el único hombre que amó en la vida, así que cree que lo mismo les pasa a todos.

—¿Y tú?

—¿Qué hay conmigo?

—¿También eres romántica?

—Tuve mi primera vez con un hombre guapo y enmascarado dentro de un castillo, así que supongo que la vida conspira para que lo sea —bromeo, pero él no sonríe y me incomoda un poco—. Era una broma. No te voy a exigir que te arrodilles ante mí o que me regales flores.

—¿La que está hablando conmigo es la verdadera Lexi o un personaje que crees que tienes que interpretar conmigo?

—No necesitas saberlo, Carmine. Un matrimonio falso, cuyo único objetivo es tener un heredero, no requiere una esposa ni sentimientos reales.

No sé por qué de repente me puse sentimental, tal vez porque deseo de verdad que esto que está empezando entre nosotros sea real, o quizás por los eventos de esta tarde que me dejaron muy sensible, pero lo cierto es que siento el corazón apretado.

Miro por la ventana; él no intenta seguir conversando, y por dentro, lo agradezco. Todo lo que pasó hoy fue demasiado, y estar cerca de Carmine me acelera. Es como si ese hombre se hubiera metido en mi sangre y no sé si alguna vez saldrá.

Casi una hora después, llegamos a otra mansión, tan grande como la de Carmine, diría yo, pero con una arquitectura más tradicional.

Veo a una mujer caminar hacia donde se detuvieron los autos, sonriente, como si estuviera satisfecha con nuestra llegada, y de inmediato suspiro aliviada.

—¿Creías que iba a llevarte a ti y a tu abuela a un lugar donde no fueran bien recibidas, Lexi? —pregunta, una vez más demostrando que no se le escapa nada—. Podría haberlas instalado en un apartamento o

incluso en un hotel, pero pensé que Leonitina se sentiría más cómoda en un ambiente acogedor.

—No sé qué decir —respondo, volviendo a mirarlo—. El rechazo de mis padres hacia mi abuela siempre me dolió. Vivo a la defensiva por ella.

—Te respeto por eso, pero confía en mí, Lexi. Tu abuela será cuidada como si fuera mía. Si quieres que ella y Romy se muden con nosotros después de la boda, no habrá ningún problema, pero mi madre va a estar feliz de tenerlas aquí.

—¿Y yo?

—¿Qué pasa contigo?

—Nunca hablamos sobre dónde voy a vivir.

—¿Dónde más? Dije que será nuestra casa. Te quedarás conmigo, en mi cama.

Siento el corazón acelerarse.

Tú también me deseas, Carmine, y te lo voy a demostrar. No es solo sexo.

—¿Y si hacemos un tipo de arreglo? Ya sabes, para un matrimonio cuya única función es tener un heredero, podríamos fijar un día y hora de la semana para el sexo y…

Él sostiene mi rostro con ambas manos y me besa con lengua y dientes. Le correspondo con la misma intensidad, una calidez feliz en el pecho.

Cuando nos separamos, todavía espero una respuesta.

—Vas a dormir conmigo. Cada maldita noche que estemos casados, dormirás en mi cama.



No creo haber conocido, además de mi abuela, a alguien tan abierta desde el primer momento como Ginevra Parisi.

Me gusta la gente y conversar, y eso hace que pongamos atención en los demás. No tengo ninguna duda de que, cuando nos recibió a mí, a la abuela (que se despertó al detenerse el auto) y a Romy, fue absolutamente sincera en su forma de dar la bienvenida.

La única tristeza fue que la abuela se asustó un poco por el ambiente desconocido, pero Carmine de inmediato llamó a un médico de la familia para que la revisara, y después de recetarle un calmante suave, ella fue a descansar.

Ahora estamos todos reunidos en la mesa del comedor, incluso Romy, ya que Ginevra asignó a una empleada para vigilar el sueño de mi abuela, y mientras observo a toda la familia conversando, estoy segura de que quiero esto para mí.

Espero conquistar el corazón del hombre que será mi esposo en pocos días, pero si eso no pasa, no voy a rendirme. Voy a seguir buscando hasta el final de mi vida, pero voy a tener una familia completa. La felicidad de la que siempre hablaba mi abuela.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Carmine—. Si mis hermanos te están asustando, lo siento, pero más vale que te acostumbres. Siempre han sido ruidosos.

Me los presentó como Lucca y Giuliu, los otros dos no pudieron venir, pero llegarán para la cena de nuestra boda, que Ginevra insistió en ofrecer.

—No sé si quieras oír la respuesta. Nuestro acuerdo es raro. Será íntimo, pero sin intimidad real.

—Vas a vivir conmigo. ¿Qué intimidad puede ser mayor que esa?

—La convivencia y ni siquiera el sexo significan intimidad. Por ejemplo, dudo que mi padre sepa qué número de calzado usa mi madre.

—No será nuestro caso.

—¿Porque eres un maniático del control?

—Es una buena definición.

—¿Qué te hizo no querer un matrimonio real, Carmine?

—No quiero hablar de eso. ¿Me vas a contar o no en qué estabas pensando?

—Estaba observando a tu familia y me prometí que voy a tener un hogar lleno en el futuro.

Veo cómo su expresión se cierra.

—No puedes pensar en una vida con otra persona a punto de casarte conmigo.

Sonrío y me sirvo otro bocado de pasta, sin responder.

No con otra persona, Carmine. Contigo. Eres con quien quiero pasar el resto de mi vida.



—No tengo palabras para agradecerte por dejarnos quedarnos aquí —le digo a mi futura suegra, luego de que todos se marcharan.

—No lo hice por obligación, Lexi, sino porque me preocupé sinceramente por tu abuela. Mis hijos y yo no tenemos secretos entre nosotros. Él me contó toda la situación y, lamento decirlo, pero no soy fan de tus padres, aunque no los conozca.

—Fueron horribles con mi abuela. Quiero pedirte perdón por haber causado esta confusión, trayendo los focos hacia el apellido de ustedes, pero me desesperé cuando mi padre dijo que iba a internarla en el peor asilo de Sicilia.

—Y, por otro lado, no querías casarte con ese hombre que tiene edad para ser tu abuelo.

Estamos sentadas en la mesa de su cocina, que por cierto es hermosa, y tomando té porque ella dijo que me ayudaría a dormir bien.

—Sí. No sabía qué hacer. Salí de un internado para entrar en una universidad que también lo era. Nunca tuve que preocuparme por cosas prácticas, y de un momento a otro, me volví responsable de mi vida y de la de mi abuela. Desde la comida hasta la medicación, y juro por Dios que estaba bien con eso. Solo cuando sentí que todo estaba en equilibrio, que comenzaba a encajar y que estaríamos bien, mi padre

me lanzó esa bomba. Me estaba vendiendo a cambio de no meter a la abuela en un asilo.

—Qué cosa tan horrible, hija. No puedo imaginar a un yerno haciendo algo así.

Me seco una lágrima que se me escapa sin permiso.

—Entonces, mis amigas y yo ideamos este plan loco para hacer un escándalo que hiciera que Gagliano Basilotti rompiera conmigo.

—Y acabaste en brazos de mi hijo. Solo pudo haber sido cosa del destino. —Ella sonríe, y no tengo dudas de que sabe todo lo demás. Que estuvimos juntos en el castillo y el fin de semana en el yate.

—Él no lo ve así.

—Mi hijo mayor es un cínico en lo que respecta al matrimonio, querida. El mío con su padre fue solo de fachada.

—Como el mío...

—No. Porque no importa cómo hayan definido esta relación, Carmine jamás te va a traicionar. Mi difunto esposo era incapaz de ser fiel.

—Lo más loco es que le creo. No tengo ninguna razón para confiar en él porque apenas nos conocemos, pero lo hago.

Carmine quería que durmiera en su casa, pero además de que no iba a dejar a mi abuela sola en su primera noche aquí, creo que necesita aprender que el hecho de que haya aceptado casarme con él no significa que obtendrá todo lo que quiere con solo chasquear los dedos.

Supongo que eso fue lo que tuvo siempre con las mujeres con las que estuvo, pero yo no voy a borrarme solo porque él es un arrogante con ansias de control.

No se fue contento con mi decisión, pero me mantuve firme.

—Hiciste bien en no haber dormido en la casa de… quiero decir, en la futura casa de ustedes, Lexi —dice ella, como si leyera mis pensamientos—. No le des todo lo que quiere. Eso lo podría tener con cualquier otra. No repitas el patrón, entrégale a mi hijo lo que nunca ha tenido.



Carmine



Capítulo 38

Día de la boda

—¿Lexi? Vamos a llegar tarde. *Mamma* me dijo que existe una especie de tradición sobre que los novios no deben ver a la futura esposa antes de la boda, pero…

—No soy una novia real —dice, dándome la espalda—. No hay manera de que esto salga peor de lo que ya empezó.

Noto que sostiene el celular en la mano derecha, la misma en la que ayer le puse un anillo de tres quilates con el diamante más puro que el dinero puede comprar. Aún no se gira para mirarme.

—¿Te arrepentiste del acuerdo?

Me detengo detrás de ella, lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su cuerpo, pero no la toco.

¿No sería mejor para mí que dijera que sí? Después de conocer a su abuela y traerla a casa, la ayudaría de cualquier forma.

No, podría estar esperando a mi heredero y no voy a correr ese riesgo. Tiene que ser mía.

—¿Qué pasará cuando nazca el niño que deseas?

Me canso de que me ignore, y sujetándola por los hombros, la giro para que me mire.

—¿Por qué pensar en eso ahora? Podrían pasar años antes de que quedes embarazada.

—¿Y entonces qué? ¿Voy a vivir como tu esposa, compartir Navidades y cumpleaños, parte de mi vida, hasta que, años después, cuando por fin tengamos un bebé, me des el divorcio?

Por primera vez, veo la situación desde su punto de vista. Siempre asumí que, si me casaba para tener un heredero, sería una negociación. Pero ahora, veo en su rostro que eso no es lo que quiere.

No tengo una respuesta que darle, y en medio de mi silencio, Lexi intenta pasar por mi lado.

No la dejo. La tomo del brazo.

—Suéltame. Como bien dijiste, vamos a llegar tarde. Ni siquiera conozco a tus otros dos hermanos. No quiero causar una impresión peor de la que ya deben tener de mí.

—Mis hermanos ya saben la verdad y no te juzgan.

—De todos modos, será mejor que bajemos.

—Todavía no.

—¿Qué quieres de mí, Carmine?

—No respondiste a mi pregunta. ¿Te arrepentiste del acuerdo?



Lexi

Dilo. Dilo que sí y termina con esta angustia que estás sintiendo.

Pasé toda la noche sin dormir. No tengo dudas de que estoy enamorada y que haría la locura de casarme con él sin pensarlo dos

veces, incluso si no fuera por mi abuela. Pero tuve que considerar que, si mis planes de conquistarlo no funcionan, me quedaré con el corazón roto y la custodia compartida de un hijo que forma parte de una negociación.

—No, pero quiero renegociar. Necesitas una esposa con fecha de vencimiento, lo que deja claro que tus emociones están completamente fuera del trato, según entiendo. Viviremos juntos por años, tendremos un hijo y luego se acaba. Cada quien seguirá adelante con nuevas parejas. Quiero una fecha para ese futuro.

—¿A qué te refieres?

—Si no quedo embarazada en un año, me das el divorcio y yo seguiré mi sueño.

—¿Y cuál es tu sueño, Lexi?

—Mis secretos no están sobre la mesa, Carmine. No necesito decirte lo que quiero, solo debes saber que, cuando soñaba con casarme, no me imaginaba nada parecido a lo que está pasando hoy.

Paso junto a él sin esperar ninguna respuesta, y cuando, dos horas después, el juez nos declara marido y mujer, me siento como una espectadora viendo todo desde fuera.

Nada de lo que ocurrió me pareció real. Mi abuela despertó atrapada en su propio mundo, así que Romy decidió que lo mejor era que no viniera, para evitar que se sintiera ansiosa. Todo lo que tengo hoy es la familia de Carmine, acogedora pero extraña, al fin y al cabo, rodeándome.

Levanto la cabeza, ya que pasé casi toda la ceremonia enfocada en el hermoso ramo que me regaló su cuñada, Allyson, pero ahora, cuando

nuestros ojos se cruzan, veo algo en los de Carmine que me da cierta esperanza.

Él sostiene mi nuca y me atrae para un beso, como si hubiera olvidado por completo que no estamos solos.

Pensé que sería un beso formal. Algo para mostrar a su familia lo que esperaban, pero cuando pasan varios segundos y no me suelta, no puedo evitar corresponder.

Paso los brazos alrededor de su cuello y dejo salir todo lo que estoy sintiendo.

Cuando finalmente nos giramos para recibir las felicitaciones de los invitados, estoy tan abrumada y confundida que apenas puedo sonreírles.

En la puerta del juzgado, hay reporteros esperándonos, y cuando me pongo nerviosa, Carmine pasa su brazo sobre mis hombros de manera protectora.

—Fueron elegidos cuidadosamente. No se acercarán. Todos sabrán que ahora eres mía y lo pensarán dos veces antes de involucrar tu nombre en chismes.

Me relajo porque confío en él, y hasta logro forzar una sonrisa antes de que un grupo de guardaespaldas nos rodee y nos lleve al auto.

El almuerzo tardío, casi una cena de celebración por nuestro matrimonio, me ayuda a relajarme un poco. Nunca había estado rodeada por una familia de italianos… quiero decir, sicilianos, como ellos mismos se definen, tan afectuosos como la de Carmine. Es evidente que el lazo entre ellos es fuerte, y sonrío ante la confusión de todos hablando al mismo tiempo.

—¿Lista para partir?

—¿Partir?

—Vamos a casa. Ya arreglé todo lo necesario con Romy. Ella y tu abuela se quedarán aquí el tiempo que quieran, como quiere mi madre, pero también pueden mudarse a vivir con nosotros. Lo decidiremos después, pero esta noche… esta noche, eres solo mía.



Lexi



Capítulo 39

Estoy en los brazos de Carmine mientras él entra conmigo a la casa.

Me gustaría preguntarle por qué está actuando así, ya que nuestro matrimonio no es real, pero no quiero arruinar el momento.

Apenas se abre la puerta, me recibe el olor a flores y algo más.

—¿Qué es esto?

—Espera y verás.

En la sala, un camino de pétalos de rosas rojas marca la entrada hasta las escaleras.

—Tú…

—Dijiste que cuando pensaste en casarte, no era nada parecido al día de hoy, pero no quiero que recuerdes tu primera noche como mi esposa con decepción. Puedo ser un bastardo frío, Lexi, pero por alguna razón que no entiendo, me gusta verte sonreír.

Dios, ¿cómo voy a sobrevivir a un matrimonio con este hombre actuando así?

Me doy cuenta, mientras subimos las escaleras, de que toda la casa está iluminada solo con velas.

—¿Mandaste a preparar todo esto después de nuestra conversación en casa de tu madre, antes de la ceremonia?

—¿Si te digo que sí, perderé puntos contigo?

—No.

Asiente.

—No sabía qué debía hacer para agradar a mi esposa, pero tengo recursos ilimitados.

—¿Y qué pediste?

—La noche más romántica que una mujer pueda desear en su noche de bodas.

Apoyo la cabeza sobre su pecho, intentando no pensar en esas palabras, diciéndome a mí misma que esto no es un cuento de hadas y que él no es mi príncipe encantado, pero es difícil no dejarse llevar por la emoción.

La luz suave de las velas, colocadas estratégicamente, crea un ambiente increíblemente íntimo y mágico.

Abre la puerta del cuarto, y ahí también hay pétalos de rosa por el suelo y sobre la cama.

Una mesa con champaña y chocolates. Cajas de regalo que parecen contener joyas.

Música suave saliendo del sistema de sonido.

—¿Es lo suficientemente romántico?

—¿Sería una tonta si digo que estoy emocionada?

—No.

—Por una noche, ¿podemos hacer que esto sea real? ¿Puedes olvidar el contrato y fingir que soy solo una chica llena de sueños parada frente a su esposo, deseando hacer el amor con él?



Carmine

Es como si supiera exactamente qué decir para derribar los muros dentro de mí. Desde el principio supe que Lexi era distinta a las demás, pero nunca bajó la guardia. Ni siquiera en los momentos de mayor deseo me dejó ver una mínima señal de que quería algo más que placer entre nosotros.

Hoy, sin embargo, se ha convertido en mi esposa.

Mi mujer y su petición honesta, sin defensas, despierta algo en mi pecho que nunca había sentido.

No le doy una respuesta. En lugar de eso, la beso lentamente.

La coloco de pie y mis manos recorren su espalda. Sin separar nuestros labios, bajo el cierre del vestido blanco.

Sujeto su cabeza, con mi mano aferrada con fuerza a su nuca, y profundizo el beso con pasión y urgencia.

La tela resbala por su delicioso cuerpo, y siguiendo mi ejemplo, ella empieza a quitarme el saco del traje sin dejar de besarme, mientras yo me deshago de la corbata.

Ella queda en ropa interior y tacones altos. Yo, en bóxer.

La cargo en brazos y la llevo a la cama.

Beso su boca y su cuello. Las caricias son más lentas que de costumbre, porque estoy atento a lo que me pidió: Lexi quiere ser amada en nuestra noche de bodas.

Levanto el rostro para mirarla y me gusta ver la piel clara de su cuello marcada levemente por mi barba.

Ella me mira con los ojos apenas entreabiertos.

Sosteniendo su rostro con ambas manos, me obligo a ser más suave. Deslizo los dedos por su hombro, bajo un tirante del sostén. La muerdo justo en el hueco entre cuello y clavícula, y su gemido hace que mi verga empuje con fuerza dentro del bóxer, desesperada por el calor de su vulva.

Me inclino para besar sus pechos con ternura. Los chupo despacio, saboreándolos, hasta que ella gime contra mí.

Le bajo la tanga, sujetándola por la pretina.

Toco su clítoris con el pulgar y con dos dedos provoco la entrada de su vagina.

La abro para mí y le chupo la vulva porque estoy adicto a su sabor.

La respiración de Lexi es entrecortada.

Abre la boca, pidiendo más.

Se apoya en los codos para mirarme mientras devoro su vulva, y cuando llega al orgasmo, subo y me acomodo entre sus muslos.

Por puro deseo, querría voltearla y penetrarla por detrás, con el cabello enredado en mi puño, pero esta noche es de ella, así que sujetando sus piernas, las enrosco a mi cintura.

—No voy a usar preservativo.

Ella asiente.

—Pídemelo.

—Sí, méteme toda la verga ya mismo.

Le sujeto ambas manos con una sola, por encima de su cabeza, y bajo la boca para tomar un pezón entre los labios. Mi verga encuentra el camino húmedo de su vagina y comienzo a empujar.

Hundiendo la mano en su nalga y sin apartar la mirada de sus ojos, me entierro por completo en el cuerpo de mi esposa.

Lexi se arquea hacia mí como la diosa del placer que es. Tiembla debajo de mí y sus reacciones ante mis caricias aumentan mi deseo.

Sus pezones duros presionan contra mi pecho, sus piernas se abren lo más que pueden para acomodarme.

Entro y salgo, penetrándola y retrocediendo solo para mirarla.

Lexi me jala por los hombros para besarme.

Acelero el ritmo y ella me muerde, loca de placer.

Salgo y vuelvo a entrar una y otra vez, más rápido cada vez, y la sensación de llenarla con mi verga me está volviendo loco.

Intento controlar el ritmo porque no quiero acabar antes que ella. Quiero quedarme dentro de su cuerpo apretado durante días.

Las paredes estrechas me succionan hacia su prisión húmeda.

Ahora la penetro lento y profundo, esforzándome por mantener el control para prolongar el placer.

Nuestras lenguas se atacan en un beso hambriento, el éxtasis de una conexión total intensificando todo.

Durante mucho tiempo, alterno entre acelerar la embestida hasta el borde del orgasmo y retroceder.

La hago acabar en mi verga más de una vez, y cuando me entrega su tercer orgasmo, me dejo caer con ella en nuestro abismo privado, llenando su vagina con mi semen.

Durante varios minutos, nos quedamos mirándonos en silencio.

—¿Qué somos tú y yo, Carmine?

No tengo cómo ponerle nombre a lo que somos ahora, así que elijo otra alternativa.

—Eres mía.



Lexi



Capítulo 40

La semana siguiente

Convivir con los Parisi Trovato es como meterse directo en el ojo de un huracán.

A excepción de mi abuela, crecí rodeada por dos personas tan frías como bloques de hielo, y aunque los hombres de esta familia pueden comportarse así con extraños, entre ellos son muy afectuosos.

Todavía no me he recuperado de mi noche de bodas. O mejor dicho, días de bodas, porque estuvimos casi setenta y dos horas aislados, sin hacer otra cosa que alimentar el cuerpo, de una forma u otra.

Carmine me dio varias joyas, tal como imaginé al ver aquellas cajas. Comida, champaña, chocolate, además de ese escenario de ensueño… pero lo que más me conmovió ni siquiera fue eso, sino que haya querido verme feliz, como él mismo confesó.

Romy me sonríe desde el otro lado de la mesa al ver a mi abuela animada en una conversación con mi suegra. Desde ayer, ha estado completamente lúcida, y la forma en que la madre de Carmine la mira me llena el corazón de gratitud.

Ginevra, que no tiene ningún lazo de sangre con mi abuela, es más cariñosa con ella que mi madre lo fue jamás.

Y hablando de mi madre, ambos desaparecieron. Nunca más me buscaron, así que supongo que papá se habrá ido de Sicilia. Cuando

mencioné el tema con Carmine, planteó la posibilidad de que mi padre hubiera recibido un adelanto de Gagliano Basilotti por mi “venta” y que ahora no pueda devolver el dinero.

El ex amigo de mi padre tuvo el descaro de llamarme desde un número desconocido después de que la noticia de nuestro matrimonio salió en los periódicos, y me amenazó.

No se lo conté a Carmine. Si algo aprendí en este corto tiempo de convivencia con él, es que no es alguien con quien uno deba jugar. Me dijo que mandó investigar a mi padre y también a Gagliano Basilotti, porque quiere saber si hay algo entre ellos que podamos usar como arma.

Ayer, Carmine consiguió que el juez lo nombrara responsable temporal de mi abuela, y ayudó mucho que mi padre ni siquiera estuviera en el país, dejando abandonada a la anciana de quien supuestamente debía ocuparse.

—Santo tiene una finca de olivos. —Escucho decir a Giovanna, esposa del primo de Carmine, cuando oye a mi abuela contarle a Ginevra sobre un viaje que hizo con su madre hace años—. Me encantaría que aceptara nuestra invitación para visitarla.

No solo los ojos de mi abuela se iluminan al oír eso, sino todo su ser, como si le hubieran dado el mejor regalo del mundo, y eso me conmueve.

Cuando regresé de esos días de hedonismo con mi esposo, le dije a Ginevra que Carmine me había dado la opción de llevar a la abuela a vivir con nosotros, pero ella insistió en que se quedara ahí porque adora su compañía.

—Lamento mucho lo de tu trabajo, Lexi —dice Allyson en voz baja, para que solo yo la escuche.

Le dedico una sonrisa incómoda.

Un día antes de mi boda, cuando aún no se había hecho público que estábamos juntos, mi ex jefa, la *signora* Genevose, me llamó para decirme que estaba despedida, porque no era buena publicidad para la biblioteca toda la atención que mis acciones habían generado, ya que los reporteros acamparon durante días frente al establecimiento.

Sé que tiene razón en no quererme allí, pero igual me dolió mucho.

Carmine me preguntó si quería volver a estudiar, y decidí que sí; cuando comience el próximo ciclo académico, volveré a la universidad. Todavía sueño con especializarme en primeras ediciones. Además, tengo que pensar en el futuro y mantener a la vista un plan B, por si no logro conquistar el corazón del siciliano. No, en realidad, incluso si llegamos a estar juntos para siempre, no me imagino sin una profesión. Amo los libros y quiero hacer algo que me mantenga cerca de ellos.

—Ella tenía razón en no quererme allí —respondo al fin.

—Tengo una idea. No se parece en nada a lo que hacías en la biblioteca pública, pero tal vez te venga bien un cambio —baja aún más la voz—. Que tu marido no me escuche, pero yo creo firmemente que una mujer debe tener su propio dinero.

Siento la cara arder de vergüenza. Ni por un segundo pensé que su familia podría verme como una interesada.

Allyson parece notarlo, porque toma mi mano sobre la mesa.

—Lo siento, creo que me expresé mal. Lo que quise decir es que todos necesitamos tener un objetivo en la vida, y por eso pensé que podrías abrir una librería dentro de mi tienda principal en el centro de

Palermo. Ya hasta tengo un nombre: “Palabras Dulces”, por mis chocolates. ¿Qué opinas? Yo te alquilo el espacio. No sería una sociedad, sino un negocio completamente tuyo.

Estoy tan emocionada con la oferta generosa que me tapo la boca con la mano, y aparentemente mi reacción llama la atención de todos en la mesa.

—¿Qué pasa, Lexi? —pregunta Carmine, pero estoy demasiado perdida en esta propuesta de ensueño como para responder.

—Perdón, no quise sorprenderla tanto —dice Allyson.

—¿Qué le dijiste? —pregunta Carmine a su cuñada, y su tono protector me alerta de que tengo que decir algo o podría malinterpretarse todo.

—Allyson tuvo una idea para mí: abrir una librería que se llame *Palabras Dulces* —digo, encantada con el nombre—, dentro de su tienda principal en Palermo.

—¡Excelente! —Ginevra aplaude.

—No tengo cómo invertir en eso, pero muchísimas gracias por la oferta tan generosa.

—Lexi, mírame —pide Carmine.

—Ya sé lo que vas a decir, pero no, gracias.

—¿Podrían darnos un momento? —dice él, levantándose—. Ven conmigo.

Caminamos hasta la biblioteca y él cierra la puerta detrás de nosotros.

—Déjame darte eso como regalo de bodas.

—Ya me diste una fortuna en joyas. Y esto… estamos hablando probablemente de una inversión de casi un millón de euros.

Siento que me falta el aire solo de pensarlo.

—Eso no es nada para mí, Lexi.

—Está bien, te creo, pero aun así no puedo aceptarlo. Nunca podría devolvértelo.

—Eres mi esposa.

—No quiero entrar en ese tema, Carmine. No quiero hablar ahora sobre los términos de nuestro matrimonio.

Su expresión se tensa.

—No te hice firmar un acuerdo prenupcial. Tengo dinero para varias vidas.

—Sí, pero es *tu* dinero.

—Lo que es mío, es tuyo. Acéptalo como regalo para empezar nuestra vida juntos.

—No puedo.

—¿Pero quieres hacerlo?

—¿Cómo no querría? Amo los libros.

Él sostiene mi rostro.

—Entonces di que sí.

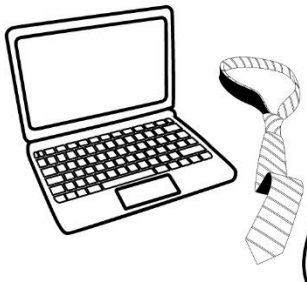
—Solo si firmamos un contrato donde, cuando empiece a generar ganancias, te lo pague en cuotas, aunque creo que ni una vida será suficiente para saldar esa deuda.

Sonríe.

—¿Qué es lo que te da tanta gracia?

—Soy un buen perseguidor. Tal vez me divierta ir detrás de ti en otra vida también. Quizás una sola no sea suficiente.

No quiero oír eso porque me asusta. Suena a promesa de un “para siempre”, así que lo jalo para un beso apasionado.



Carmine



Capítulo 41

Días después

Miro el día nublado por la ventana de mi oficina mientras escucho al detective que contraté para investigar tanto a Jaronde McGhee como a Gagliano Basilotti.

El padre de Lexi salió de Europa con su esposa, pero no dejo de pensar que su reacción el día en que fui a buscar a mi mujer y a Leonitina a su casa fue completamente anormal.

Parecía verdaderamente aterrado y, mientras escucho el relato de Ferrara, más convencido estoy de que mi intuición era correcta.

Comenzó hablando sobre transacciones ilegales, lo cual no me sorprende. Hice mi tarea después de involucrarme con Lexi, y sé que su padre arruinó una empresa de millones de dólares por mala administración. De hecho, si no hubiera quebrado, lo habrían echado de la compañía de todos modos, porque los desvíos de fondos ya eran tan evidentes que no se podían seguir ocultando a los accionistas.

No sé si Lexi tiene idea de que su padre está al borde de ir a prisión. Lo sospechaba, pero ahora, con la información que acaba de darme Ferrara, ha pasado de posibilidad a casi certeza.

—*Hay mucho más* —dice.

—Continúa.

—Ese tal Gagliano Basilotti y sus hijos podrían estar involucrados en negocios ilegales.

—¿Mafia?

No es raro que algunos empresarios en mi país tengan vínculos con la Cosa Nostra u otras organizaciones similares.

—De cierta forma. Carteles colombianos. Narcotraficantes. Informantes me dijeron que los viajes de Gagliano Basilotti a Sudamérica son tan frecuentes como inexplicables. Legalmente no tiene empresas allá ni ningún negocio. No hay razón para viajar a Colombia cuatro o cinco veces al año. Él es discreto, pero su hijo menor es un fanfarrón que disfruta presumir.

—Eso no levanta sospechas. Son ricos.

—Sí, pero las fiestas en su yate están llenas de drogas, y no hablo de cantidades recreativas, sino de una magnitud que podría llevarlo a juicio por tráfico.

—Sigue investigando por esa línea.

—¿Quieres destruirlo?

—Sí. Si tiene negocios ilegales, como parece, voy a meterlo en prisión tan rápido que no tendrá tiempo de dar una segunda bocanada de aire. Lo de las drogas… ¿El padre de Lexi también está implicado? ¿Es por eso que le teme a Gagliano Basilotti?

Del otro lado de la línea se hace un silencio que dura varios segundos, y cuando Ferrara vuelve a hablar, me deja completamente jodido.

—¿Estás seguro de eso?

—Estamos en el siglo XXI, doctor Parisi. Nadie desaparece sin dejar rastro en este mundo.

—Hiciste un buen trabajo… pero esa es una acusación grave, y puede que me interese aún más que la del narcotráfico.

—*Lo que sea que ese tipo esté escondiendo, lo voy a encontrar.*

Cuelgo, pero me quedo mirando el celular en la mano.

Unos minutos después, la puerta se abre y mis hermanos entran con Santo para el almuerzo, que solía ser semanal, aunque cada vez es más difícil de coordinar.

Apenas mi primo me ve, nota que algo no está bien.

—¿Qué pasó?

—Siéntense, tengo que contarles algo.

Espero a que cada uno tome su lugar y me uno a ellos.

—Mandé investigar al padre de Lexi y al hijo de puta de Gagliano Basilotti.

—El papá de ella fue visto en Miami —dice mi primo, y ni siquiera me sorprende que ya sepa el paradero de mi… ¿*suegro*? Se me hace difícil llamarlo así.

—Sí, lo sé. El hombre que trabaja para mí lo tiene vigilado, igual que a Gagliano Basilotti y a sus hijos.

—¿Qué tienen que ver los hijos de Gagliano con Lexi? —pregunta Lucca.

—Con Lexi, nada. Pero estoy buscando el punto débil de toda esa familia. Cualquier mierda que haya. Pero ni en mis peores sueños imaginé encontrar lo que Ferrara me trajo hoy. Además de lo que ya sabía, que los cuatro desviaron fondos de sus empresas y que Gagliano lleva años financiando los lujos de Jaronde desde antes de mudarse a Sicilia, hay mucho más.

—¡Habla de una vez! —pide Rafaelle, impaciente.

—Existe la posibilidad de que Gagliano Basilotti tenga vínculos con un cártel colombiano.

—¡Puta madre! —grita Giuliu—. ¿Y con ese cabrón quería casarla su padre?

—Tal vez no tenía opción.

—Siempre hay una opción —dice Michelle—. Ese desgraciado quería una vida de lujo, y por eso intentó vender a su propia hija.

—No creo que sea solo eso. Gagliano se ha casado cuatro veces. Desde las madres de Silvio y Bertolino, sus únicos herederos, siempre se ha unido a mujeres mucho más jóvenes, casi adolescentes. ¿Pero saben qué es lo curioso?

—¿Qué? —pregunta Santo.

—No existen "ex señoras" Basilotti. Ni una sola.

—¿Cómo que no? Tuvo que divorciarse de una para casarse con la siguiente, así que claro que hay ex esposas… A menos que… Espera, ¿estás insinuando lo que creo? —pregunta Rafaelle.

—No lo sé todavía. En teoría, cada una se fue a vivir la vida loca con los millones del divorcio, pero en la práctica, desaparecieron del mapa.

—¡Maldición! —Lucca se pone de pie—. ¿Crees que las mató? ¿Cuántas ex esposas fueron?

—Cuatro. Pero hay algo interesante sobre la más reciente, Lucilina Basilotti. La última vez que fue vista, supuestamente ya divorciada de Gagliano, él no estaba solo. Fue en una cena en su yate. ¿Y adivinen quién más estaba allí?

—¿El padre de Lexi?

—Ajá. Creo que ahí está la clave del misterio. La razón por la cual Jaronde McGhee le tiene tanto miedo a Gagliano. Algo pasó en ese barco

y necesito descubrir qué fue.



Lexi



Capítulo 42

Tres meses después

Intento controlar mi irritación mientras los guardaespaldas me siguen al interior de la biblioteca pública que, hasta hace pocos meses, era donde trabajaba.

Traerlos fue una exigencia de Carmine. Últimamente anda paranoico con mi seguridad y me gustaría saber la razón, pero cuando le pregunto, cambia de tema.

No sé qué me está pasando. En teoría, todo va bien. Mi abuela está saludable, Romy recibe su salario al día, y las obras para mi librería están bastante avanzadas.

Incluso Constance vino a visitarnos la semana pasada, y entre ella, Romy, Giovanna, Allyson y yo, hicimos algunas salidas de chicas.

Aun así, mi estado de ánimo es inestable. A veces estoy irritable y otras, solo quiero llorar. Tal vez deba ver a un médico con urgencia.

Pensaría en la posibilidad de estar embarazada, pero he menstruado, así que no puede ser eso.

Los guardaespaldas abren la segunda puerta de entrada para mí y, en cuanto piso la biblioteca, siento que el corazón se me encoge por la nostalgia.

Sonrío al ver a los lectores sumergidos en sus historias, absortos en los libros.

El lugar aún huele como lo recordaba, y si cerrara los ojos, podría creer que nunca me fui de aquí.

Pero mucho ha cambiado, y yo no soy la misma Lexi de hace unos meses.

Veo a los empleados mirarme y me pregunto si me reconocen. A pesar de preferir ropa más cómoda, siguiendo el consejo de Allyson, quien me ayudó a renovar mi guardarropa, hice algunas compras porque no quiero avergonzar a los Parisi Trovato.

Camino hacia la recepción, donde la misma rubia que trabajaba cuando yo estaba aquí, Alinea, me sonríe.

Nunca me sonrió antes.

Estoy segura de que no tiene idea de quién soy, usando lentes de contacto en lugar de los viejos anteojos, con un vestido azul oscuro elegante, de corte recto, zapatos hechos a mano y el cabello perfectamente peinado.

Mentiría si dijera que me siento yo misma así. Cuando mi librería esté lista, volveré al jean y las camisetas. Nada de ropa formal. Pero estoy aquí por petición de mi antigua jefa, quien insistió en verme, y quería sentirme segura de mí misma.

Tal vez soy más rencorosa de lo que creía, pero de verdad me dolió que me despidieran.

Me doy cuenta de que Alinea mira a los guardaespaldas a mis costados con cierta sorpresa, y solo cuando me presento como la señora Parisi Trovato y digo que tengo una cita, entiende quién soy.

—¿Lexi?

—Hola, Alinea, ¿cómo estás?

Casi al instante, da la vuelta al escritorio y viene a abrazarme, pero no llega a tocarme, porque los guardaespaldas se lo impiden.

—Aléjese, señorita.

—¡Pero somos amigas!

Los dos me miran y no digo nada. Eso es una gran mentira. Nunca me dirigió la palabra antes. Si sabe mi nombre ahora, probablemente sea porque durante el escándalo apareció en todos los periódicos y los paparazzi descubrieron que trabajaba aquí.

—Me gustaría hablar con la *signora* Genevose —digo.

Ni siquiera sé por qué me pidió venir. No imagino qué querrá conmigo. Cuando me despidió, fue fría por teléfono e incluso insinuó que la había engañado, probablemente por creer que me lancé a los brazos de Carmine desde el primer momento.

No podría estar más equivocada.

Viendo en retrospectiva, no puedo pensar otra cosa que no sea que nuestro encuentro fue cosa del destino.

—Claro, *signora Parisi Trovato* —responde enseguida, cambiando el tono por completo.

Detesto la falsedad. Si no te agrado, asúmelo. No me trates mejor solo porque me casé con alguien importante.

Ella deja la recepción sola y camina delante de nosotros, rumbo a donde seguramente está mi ex jefa.

—Por favor, esperen aquí —les pido a los guardaespaldas.

—*Signora…*

—Su oficina está al final de ese pasillo. No tardaré. Allí hay una mesa con agua y café, si desean. —Les señalo la dirección opuesta a la que

voy a seguir.

No se mueven como imaginé. Sé que siguen órdenes de Carmine, pero juro que me fastidia que me miren con esa expresión de "jamás desobedeceremos al patrón".

—No me sigan.

Camino en silencio junto a Alinea y me despido de ella brevemente cuando abre la puerta de la oficina de la *signora* Genevose.

—¡Lexi, qué placer verte! —dice mi ex jefa al verme.

No me muevo de la entrada.

—*Signora* Parisi Trovato —respondo.

Ella traga saliva.

—Claro, no quise ser irrespetuosa.

—No lo fue. Es solo que permito que me llamen Lexi aquellas personas a quienes considero amigas.

Se lleva una mano al pecho.

—Fui tu amiga.

—¿Lo fuiste? Sabías cuánto necesitaba ese trabajo, que con él pagaba la comida y los medicamentos de mi abuela, y aun así no dudaste ni un segundo en dejarme en la calle. Ahora que ya dije lo que tenía atravesado hace meses, ¿puede explicarme qué desea?

—¿No quieres sentarte y tomar un té?

Una oleada de náusea me golpea con solo oír la palabra, y me sujeto de la puerta, que ni siquiera he cerrado.

—¿Estás bien?

—Sí —miento—. ¿Qué desea, *signora* Genevose?

—Ya que prefieres que sea directa… la biblioteca necesita una reforma. A pesar de que hemos recibido varias donaciones, no ha sido

suficiente. Así que pensé que…

—No.

—Pero ni siquiera terminé de hablar.

—Si desea una donación, pídasela directamente a mi esposo. Es su dinero. No utilice el hecho de haberme conocido para llegar a Carmine. Si eso era todo lo que tenía que decirme, que tenga buena tarde.

Salgo al pasillo otra vez, pero ahora estoy mareada y mucho más nauseabunda, tanto que termino tomando el camino equivocado. Solo cuando llego a la puerta de la sala donde conocí a Carmine me doy cuenta del error.

Me doy la vuelta para regresar con los guardaespaldas y casi me muero del susto al ver a un hombre a pocos pasos de mí.

Doy un salto hacia atrás.

—Perdón por asustarla.

—No, soy yo quien debe disculparse por hacer el ridículo —digo al desconocido.

Empiezo a alejarme, pero él dice:

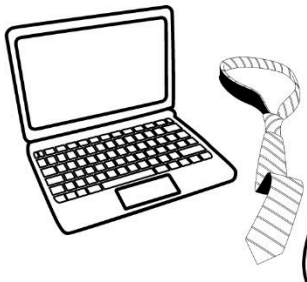
—¿Está segura de que se encuentra bien?

—Sí.

Estoy a punto de alcanzar a los guardaespaldas cuando el desconocido agrega:

—Dale recuerdos a tu esposo de mi parte, Lexi.

Siento que todos los vellos de la nuca se me erizan, pero cuando me giro, ya no hay nadie allí.



Carmine



Capítulo 43

Me sorprendió cuando Lexi me llamó y me pidió que la encontrara en su librería. Dijo que necesitaba hablar conmigo con urgencia y que no podía esperar a que llegara a casa por la noche.

Es muy independiente, así que me preocupó de inmediato lo que pudiera haber pasado. Por más que insistí, no quiso decírmelo por teléfono.

La librería tendrá una entrada independiente, separada de la tienda de Allyson, y es por ahí por donde estoy entrando ahora, ya que no quiero pasar entre empleados ni clientes de mi cuñada.

Mi esposa ha estado supervisando la obra de cerca, pero hoy vino solo porque tenía que decidir el tipo de piso.

Sé que fue a la biblioteca, y también me imagino el motivo. Buscan dinero, y creen que el hecho de que Lexi haya trabajado allí y ahora esté casada conmigo les abrirá puertas.

Le daría lo que me pidiera, pero si he aprendido algo sobre ella es que jamás se deja usar por nadie.

No creo que la visita haya durado mucho, porque los guardaespaldas me informaron que no estuvo ni cinco minutos con su antigua jefa.

Esquivo algunos materiales en el suelo y apenas entro, la veo de espaldas, hablando con un contratista.

Soy un maldito cavernícola celoso, porque apenas veo ese culo (*mi* culo) cubierto por ese vestido ajustado, camino directo hacia ella y la

abrazo por detrás.

Se sobresalta, pero cuando se gira, sonríe.

El hombre se aleja y nos deja solos, pero cuando me inclino para besarla, ella se apoya en mis brazos y veo cómo su mirada se pierde.

—¿Lexi?

—No me siento bien. Es la segunda vez hoy.

Noto una capa de sudor frío en su frente y apenas tengo tiempo de sostenerla por la espalda antes de que se desmaye.



Soy un hombre de acción.

Dudar no va conmigo, pero cuando Lexi se desmayó en mis brazos, me quedé completamente paralizado.

Durante los primeros segundos, todo parecía moverse en cámara lenta, hasta que mi instinto tomó el control.

La cargué hasta el auto y le ordené al chofer que nos llevara al hospital. En el camino, ella despertó, pero estaba pálida y aferrada a mí.

—¿Por qué no me llamaste cuando empezaste a sentirte mal más temprano? —le pregunto, pero luego beso su frente, arrepentido—. Olvida eso. No tienes que responder. Todo va a estar bien. Vas a estar bien.

—Solo me siento mareada.

—Te desmayaste. ¿Era eso de lo que querías hablar conmigo?

—No… No lo sé.

—Perdóname. No pienses en eso ahora. Solo intenta mantenerte despierta.

El chofer llega al hospital en tiempo récord y con mi esposa en brazos, atravieso las puertas sin detenerme en recepción. Sigo directo por el pasillo, exigiendo que alguien la atienda.

Una hora después, con todos los exámenes listos, el médico nos mira a los dos con una sonrisa.

Es increíble cómo algunas personas no tienen el menor comportamiento educado. Si no lo he agarrado del cuello es solo por no perjudicar a Lexi.

¿Por qué no nos dice de una vez qué tiene?

Ella ya se ve mucho mejor, pero no suelta mi mano, entrelazando nuestros dedos con fuerza.

—¿Qué tiene mi esposa? —pregunto, perdiendo la paciencia.

—No está enferma, *signor* Parisi Trovato. Está embarazada. ¡Felicidades!

Tardo más que Lexi en procesar lo que acaba de decir.

—¿Cómo es posible? —pregunta ella—. Estoy segura de que menstrué… creo que hace un mes.

—Podría haber habido un sangrado que se confundió con la menstruación. Pero le aseguro, *signora*, que está embarazada de aproximadamente catorce semanas, según el análisis de beta HCG que le hice. No sé si ya tienen obstetra de confianza, pero de cualquier modo me gustaría realizar una ecografía hoy mismo y…

—¿Podría dejarnos a solas un momento? —le pido al médico, porque Lexi volvió a ponerse pálida.

—Por supuesto. Estaré en la sala de al lado.

—¿Estoy embarazada? —pregunta en cuanto él sale.

Siento el cuerpo tenso, sin siquiera saber por qué.

¿Va a odiarme por esto? ¿No quería tener un bebé ahora?

La pregunta más importante, sin embargo, no la dejo salir, pero se instala en mi cabeza de todos modos.

¿Lexi se irá cuando nazca mi hijo?

Pensé que estaría satisfecho al recibir esta noticia, y deseo mucho a ese bebé, pero no porque sea mi tan ansiado heredero, sino porque es con ella.

—¿Carmine?

—¿Estás feliz?

—¿No era eso lo que querías? —parece insegura.

—Sí. Los quiero a los dos.

No dice nada, y creo que es porque todavía no lo ha asimilado.

La veo llevar ambas manos a su vientre.

—Dios mío, qué irresponsable fui. Podría haber hecho algo que dañara a mi hijo.

—No podías saberlo.

Una enfermera entra, interrumpiéndonos:

—Ya tengo todo listo para la ecografía en la sala contigua. Imagino que estarán ansiosos por ver al bebé.

—Denos cinco minutos más —casi gruño, y cuando ella se va, Lexi sigue mirando su regazo.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Qué?

—Tu heredero está en camino. ¿Cuánto tiempo tendremos juntos después de que nazca nuestro hijo?

—No necesitamos ponerle un plazo.

—Tú no querías una esposa.

—No quiero que te vayas.

—¿Qué significa eso?

—Quédate. Solo quédate.



Lexi

Sabía que este momento llegaría, pero estoy confundida porque Carmine no parece tan feliz, sino más bien preocupado.

¿Y qué fue eso de “solo quédate”?

¿Por cuánto tiempo? ¿Hasta que decida que ya está harto de tener esposa e hijo en casa?

Giro la cabeza hacia el monitor que el equipo médico empieza a preparar porque no quiero que Carmine vea lo perdida que estoy, pero enseguida siento su mano deslizándose sobre la mía.

Aún no lo miro.

Estoy feliz y ansiosa al mismo tiempo.

La enfermera expone mi abdomen, y cuando miro hacia él, noto por primera vez que está algo más redondeado. ¿Cómo no me di cuenta

antes?

Va a aplicar el gel, pero Carmine la detiene y, para mi sorpresa, besa mi vientre y después, mi boca.

—Gracias.

No sé cómo responder a eso, así que simplemente dejo que siga sosteniéndome la mano, mientras me concentro en la pantalla.

El gel está frío, y cuando ella lo extiende, se me eriza la piel.

Varios minutos después, escuchamos por primera vez el latido del corazón de nuestro hijo, y las lágrimas me resbalan por mis mejillas.

Puede que yo esté imaginándolo, pero creo que la mano de Carmine en la mía está temblando.

—Aquí está su heredero… o heredera —dice el médico, y luego se detiene—. Un momento, tenemos a otro aquí.

—¿Qué?

—Estás embarazada de gemelos.

—¿Gemelos? —pregunto, emocionada—. Mi abuela es gemela, pero nunca pensé que tendría dos de una vez.

Carmine sonríe.

—¿Podemos saber el sexo? —pregunta él.

—Voy a intentarlo. Vamos a ver si ellos cooperan.



Carmine

—Dos niños —dice ella, con una sonrisa preciosa, mientras subimos al auto—. ¿Quieres ir a casa de tu madre para contarle a la familia?

—No. Iremos mañana. Hoy eres solo mía.

—¿Acaso hubo algún día en que no lo fui?

—No. Siempre lo fuiste.

Y siempre lo serás, completo para mí mismo, porque sé que no voy a dejar que se vaya de mi vida. Nunca.

Mi esposa ya no tiene fecha de vencimiento. Será mía para siempre.



Lexi



Capítulo 44

Tengo miles de preguntas rondando por mi cabeza, pero decido dejarlas a un lado por ahora y simplemente disfrutar la noticia de que voy a tener dos bebés del hombre que amo.

No hablamos durante el camino, pero todo el tiempo él sostuvo mi mano, acariciando el dorso con el pulgar.

Tenía muchas ganas de sacar el tema del futuro, pero el miedo a las respuestas era aún mayor.

¿Hice bien en aceptar abrir Palabras Dulces dentro de la tienda de Allyson? Porque eso va a crear un lazo eterno con su familia.

Aunque, ¿qué lazo puede ser más grande que el que acabamos de descubrir? Y si lo que dijo el médico es cierto, ya se había formado desde nuestro primer fin de semana juntos.

Llegamos a casa y Carmine me carga en brazos como si fuera de cristal. Me sienta en un banco alto frente a la barra de la cocina y empieza a preparar la cena.

Se quita el saco, se arremanga hasta casi los codos y lleva la corbata floja alrededor del cuello.

Aunque parece tan seguro de sí mismo como siempre, siento que su mente está hirviendo, igual que la mía. Creo que no importa cuántos años se tenga, la llegada de un bebé siempre pone nerviosos a los padres. Sí, hay una gran *diferencia de edad* entre nosotros, pero en lo que respecta al embarazo, ambos somos primerizos.

—¿Por qué querías un heredero y no una esposa? —le pregunto lo que llevo tiempo deseando saber. Todas las veces que lo intenté antes, sus respuestas fueron demasiado vagas.

Él me da la espalda por un momento, y creo que va a ignorar la pregunta, pero debería saberlo mejor. Carmine no es el tipo de hombre que huye de nada.

—Dar continuidad a nuestro apellido siempre ha sido importante para mi familia.

—Eso no fue lo que pregunté. Si solo se trataba de mantener el nombre, Rafaelle ya lo hizo. Tiene a Belle y a Rome.

Reduce el fuego de la carne con salsa que está cocinando y se gira hacia mí.

—Yo quería tener hijos propios.

—¿Y cómo pensabas que iba a funcionar eso? Tener hijos no es como poseer cosas. Hay un vínculo emocional, además de la madre, por supuesto. Hay parejas que se aman y aun así terminan destruyendo su relación con la llegada de los hijos. ¿Cómo pensaste que funcionaría con alguien por quien no sentirías nada más que atracción física?

Apenas termino de hablar y me doy cuenta, horrorizada, de que me refiero a mí misma.

Nunca lo había planteado con tanta claridad, ni siquiera en mi propia cabeza, pero ahora no hay forma de tragarse esas palabras.

Hemos creado un lazo eterno, pero todo lo que hay entre nosotros es deseo. Y cuando nazcan los niños, cuando se cumpla el propósito de este matrimonio, puede que ya no quede nada.

Carmine seguirá adelante con su próxima conquista y yo me quedaré con nuestros hijos… y con el corazón roto.

—Lo siento, pero creo que no puedo comer —digo sin mirarlo.

Subo las escaleras rumbo a nuestra suite sin ver bien el camino, con los ojos llenos de lágrimas. Pero ni siquiera llego a la puerta del cuarto y él ya está detrás de mí, con un brazo enorme rodeando mi cintura.

—Yo nunca te planeé —susurra desde atrás—. Cuando pensé en una esposa por conveniencia, todavía no había conocido a alguien que me hiciera desear algo más. Crecí en una casa donde el amor era unilateral, pero lo acepté. Hay matrimonios que funcionan así, mientras haya respeto mutuo.

Me doy vuelta en sus brazos para mirarlo, con el corazón latiéndome en los oídos. Carmine nunca se había abierto así.

—Tu madre me contó que tu padre le fue infiel.

—Sí, pero aun así, ella mantuvo el matrimonio y a ese bastardo dentro de casa prácticamente hasta que murió. La engañó hasta el final. Murió con la verga adentro de otra mujer.

—¡Dios mío!

—Y no a cualquier mujer. A alguien muy cercana a nosotros. El punto es que creo que todos tememos tener ese mismo gen infiel de él. Ninguno de los cinco hermanos consideraba una relación a largo plazo.

—Y sin embargo, Rafaelle está casado y tiene dos hijos —digo, pero enseguida quiero golpearme por decirlo—. Está bien, Carmine, no tienes que justificarte conmigo.

Intento soltarme, pero no me lo permite.

—No hemos terminado esta conversación.

—¿Y qué más queda por decir? Dijiste que no quieres ponerle una fecha a lo nuestro, pero tampoco es real, así que me dejas en el limbo. ¿Qué soy para ti? ¿Un simple contrato? ¿La mujer con la que quieres

compartir tu vida? Entiendo que tengas miedo de convertirte en un traidor como tu padre, pero yo creo que eso se elige. Sabes quiénes son mis padres, dos monstruos sin corazón, y eso no me hace como ellos. Llevo la carga genética de ambos, pero elegí ser una buena persona, amar a los demás, y sobre todo, cuidar de mi abuela.

Siento que estoy al borde del llanto y esta vez lo empujo con más fuerza. Intento apartarme y, cuando no me deja y me besa, lo muerdo. Estoy furiosa conmigo misma y con él. Herida por amar a un hombre que se niega a aceptar que estamos enamorados.

Dejo de luchar. Lo miro y recuerdo todo lo que hemos vivido desde que nos conocimos.

Sobre todo el día de hoy, cómo me miró en la camilla de exámenes, cómo besó mi vientre y me pidió que me quedara. Y entonces me doy cuenta de que él todavía no sabe que también me ama.

¿Las palabras importan?

Decido hacer una prueba.

—¿Qué harías si te dijera que quiero irme ahora mismo? Ya tienes lo que querías: herederos. Prometo llevar un embarazo cuidadoso y seguir casada hasta que nazcan, pero…

—Si intentas huir de mí, te perseguiré hasta el infierno si hace falta.

—Voy a cuidar bien a nuestros hijos. Ya los amo.

—No me preocupan los bebés. Ya tuve pruebas de sobra de que eres una madre amorosa. No quiero que tú, Lexi Parisi Trovato, salgas de mi vida.

—¿Por qué?

—Porque eres mía. Olvídate del maldito contrato. Podemos ampliarlo, reescribirlo o romperlo, pero si intentas irte, vas a tener que

enfrentar un infierno, porque tú eres mía.

—¿No solo soy la madre de tus hijos?

—También, pero eso es solo un subtítulo. El título principal, y grábatelo muy bien, es el de *mi esposa*, Lexi. No quiero a otra.

Me acerco despacio, y él parece una fiera a punto de atacar, como si esperara que le peleara. Lo que Carmine no tiene ni idea es que acaba de darme mucho más de lo que esperaba.

Mis padres dijeron que me amaban, pero no dudaron en venderme como una mercancía. Amar no es decir "te amo". Amar es profundidad. Es sentimiento.

—¿No vas a decir nada? —pregunta, cuando me detengo frente a él.

Lo abrazo y entierro el rostro en su pecho.

—Sí voy a decir algo. Dijiste que si intento salir de tu vida, me perseguirás hasta el infierno. Lo mismo va para ti, signor Parisi Trovato. Eres mío y no voy a renunciar a nosotros.

Él me abraza como nunca antes. No solo fuerte, sino con ese tipo de abrazo que dice, en silencio, que nunca va a dejarme ir.

—Voy a alimentarte, y luego te voy a hacer mía toda la maldita noche.

—¿Eso es una amenaza?

—Sí. Y también una promesa. Olvida el acuerdo inicial. Empecemos de nuevo. Desde ahora.



Lexi



Capítulo 45

Unas horas después, estamos acostados en nuestra cama.

Él me hizo el amor varias veces, pero aun así, no logro relajarme. Tengo la sensación de que la conversación que tuvimos más temprano todavía no ha terminado.

—¿Fue tu padre quien te traumatizó respecto a las relaciones, entonces?

—No lo llamaría trauma, pero él era el ejemplo de todo lo que no quería para mí. Jamás haría que una mujer pasara por lo que pasó mi madre.

—¿Y crees que serías incapaz de ser fiel?

—Nunca he sido infiel, pero tampoco estuve con nadie a largo plazo. Me cansaba rápido de los dramas que aparecen en una relación y lo terminaba. No engaño ni miento, y para mí, la fidelidad está directamente ligada al honor.

—Pero si nunca hiciste nada malo...

—Lo sé, pero hubo una situación... —Hace una pausa, y yo levanto la cabeza de su pecho.

—¿Qué situación?

—Tuve un amigo en la universidad que se volvió casi como un hermano para mí, incluso años después. Copertino Amato. Éramos prácticamente inseparables. *Mamma* lo trataba como a un hijo también, porque no tenía familia, salvo un hermano. Voy a hacer corta una historia larga: se enamoró de una mujer con la que yo ya había estado.

En ese momento, yo no me ataba a nadie, así que no me importó. Estuve con ella un par de semanas y cuando él me dijo que era el amor de su vida, lo felicité.

—¿No sentiste celos?

—No. Había estado con ella unos dos años antes y, para ser sincero, apenas recordaba su cara hasta que él me invitó a una cena con los tres. Pero cada vez que nos encontrábamos, él se mostraba incómodo. Aun así, insistía en esas cenas para reunir a su amor y a su mejor amigo. En fin, no sé si Ingrassia, así se llamaba ella, le metió celos o si todo estaba solo en su cabeza, pero Copertino se volvió paranoico.

—¿Y su amistad terminó ahí?

—No al principio. Su entonces prometida, mi ex, vino a buscarme. Me dijo que él la había agredido por celos y que no quería denunciarlo porque eso arruinaría su carrera, pero que necesitaba ayuda. Intenté hablar con él y discutimos. Me acusó de ser su amante.

—¡Jesús!

—Tú me conoces, Lexi. Si la hubiera querido, me habría quedado con ella. No habría esperado a que se convirtiera en la mujer de mi amigo para después traicionarlo.

—Nunca creería que hiciste algo así.

Me besa el cabello.

—Después de estar a punto de llegar a los golpes, pareció calmarse. Estaba borracho, tal vez tenía algo más en el cuerpo.

—¿A qué te refieres?

—Su agresividad no parecía normal, sino de alguien bajo el efecto de alguna sustancia ilegal. Yo ya venía notando un cambio desde hacía tiempo.

—¿Crees que ella le fue infiel?

—No lo sé. No la conocía lo suficiente como para afirmarlo o defenderla, pero si lo hizo, no fue conmigo.

—¿Había algo que le hiciera pensar que tú eras el amante?

—Que yo sepa, no. En fin, salí de su casa ese día creyendo que habíamos saldado cuentas. A la mañana siguiente recibí la noticia: estaban muertos. Él incendió la casa con ambos dentro.

—¡Dios mío!

—Murió sin creer en mí.

—No puedes culparte por la locura de otro, Carmine. Es una historia triste, pero resultado del desequilibrio mental de tu amigo.

Sé que son palabras vacías. Si yo estuviera en su lugar y una amiga mía se quitara la vida, y la de su prometido, por celos conmigo, también me sentiría terrible.

—Ya es parte del pasado —minimiza, aunque en el fondo creo que no lo es tanto—. Me llamaste hoy a la librería porque querías hablar conmigo. ¿De qué se trataba?

Me llevo la mano a la frente.

—Dios, con todo lo que pasó, olvidé contártelo —digo, sentándome en la cama—. Con mi desmayo y el descubrimiento del embarazo, quedó en segundo plano.

—¿Qué pasó?

Le explico rápidamente sobre mi encuentro con la *signora* Genevose y que no me quedé mucho tiempo allí.

—Sigue.

—Cuando salía, me sentía mareada y tomé el camino contrario. Al regresar, me encontré con un hombre muy cerca mío.

—¿Un hombre?

—Sí. Ambos nos disculpamos por el susto, pero enseguida empecé a caminar hacia los guardaespaldas. Ya casi llegaba con ellos cuando me dijo: “dale recuerdos a tu marido de mi parte, Lexi”.

—¿Y qué le dijiste?

—Entré en pánico, pero no quise contárselo a los guardaespaldas. Decidí hablar directamente contigo.

Él se levanta de la cama y va al vestidor. Cuando vuelve, solo lleva puestos unos boxers.

—¿Por qué no estaban contigo?

Agarro la sábana para cubrirme y siento el corazón acelerarse.

—Les pedí que esperaran en la parte abierta al público. No pensaba tardarme.

—Lexi, hay una razón por la cual te pedí que mantuvieras a los guardaespaldas contigo todo el tiempo.

—Pero no me diste una explicación.

—Porque quería protegerte.

—¿Protegerme de qué?

—Ven, bajemos. No quiero hablar de tu padre o del maldito Gagliano Basilotti en nuestro cuarto.

Me pongo su camisa, que había dejado en una butaca, y lo sigo.

Cenamos, pero tengo hambre otra vez.

Había notado que mi apetito había aumentado mucho, pero como pensé que seguía menstruando, no sospeché del embarazo. Solo cuando hablé con el médico me di cuenta de que ese pequeño sangrado fue hace dos meses. Nunca fui buena con las cuentas.

La tensión en su rostro se suaviza.

—¿Qué quieres comer?

—No deberías alentarme. Me voy a poner enorme. No olvides que son gemelos.

—No voy a dejar de satisfacer ni uno solo de tus antojos. ¿Qué quieres, Lexi?

—Helado. ¿Puedo comer mientras me cuentas todo?

—No. Come primero y después te cuento. Puede que se te quite el apetito después de lo que tengo que decirte.

Termino mi helado de fresa unos minutos después y Carmine me lleva a la sala principal. Se sienta conmigo en una butaca, manteniéndome sobre su regazo, y tarda casi veinte minutos en explicarme lo que descubrió en la investigación que encargó sobre mi padre y Gagliano Basilotti. Pero es lo que dice después lo que me deja en shock.

—¿Está metido con un cártel de drogas?

—Por lo que parece, sí. De hecho, en este momento, ni él ni sus dos hijos están en Europa. Viajan con frecuencia a Sudamérica.

No soy estúpida y empiezo a unir las piezas.

—¿Crees que mi padre tiene algo que ver con eso?

—Con las drogas, no. Tu padre enfrenta varias demandas judiciales, Lexi, y hay una posibilidad real de que termine en prisión en cualquier momento. Pero el asunto en el que sospecho que está involucrado puede ser mucho más grave que estafar a sus propias empresas.

—¿De qué se trata?

—Es sobre la última esposa de Gagliano Basilotti.

—Lucilina Basilotti.

—¿La conociste?

—Sí.

—Desapareció. Y no solo ella. Todas las mujeres que se divorciaron de Gagliano no han vuelto a ser vistas.

El horror de lo que me está diciendo hace que el helado se me revuelva en el estómago.

—¿Crees que mi padre… tiene algo que ver con esas desapariciones?

—Sobre las otras, no lo sé. Pero cuando Lucilina Basilotti fue vista por última vez, tu padre y ese desgraciado estaban con ella, en una cena en su yate.

—¿Crees que la mataron?

Lo veo pensar antes de responder.

—No quiero mentirte. Así que sí, creo que la mataron. Y por eso tu padre quería tanto unirte a Gagliano. Los dos comparten un secreto sucio.

—¿Qué vas a hacer?

—Seguir investigando hasta conseguir pruebas contra ambos. No voy a parar, Lexi. Representan un peligro para ti y para nuestros hijos. Haré lo que sea necesario para meterlos en la cárcel.

Ni intento discutir. Me importa un carajo Gagliano, y si mi padre ayudó a matar a la pobre Lucilina Basilotti, también merece pudrirse en prisión.

—¿Crees que el hombre que encontré hoy en la biblioteca tiene algo que ver con ellos?

—Es muy posible. Por eso mismo, te voy a pedir que no te alejes nunca más de los guardaespaldas.

—Te lo prometo. Ya no solo me preocupo por mí, sino también por nuestros bebés.



Lexi



Capítulo 46

—¡Lexi, voy a ser bisabuela! —dice mi abuela, radiante, y agradezco a Dios que justo hoy, el día en que vine a dar la noticia a nuestras familias, me reconozca.

—¡Sí, vas a serlo! —Ginevra se acerca y nos abraza a las dos.

—¡Más bebés! —Mi suegra sonríe y besa mi frente—. Gracias por esto, hija mía.

—Me siento terrible por no haberlo sospechado. ¿Y si hubiera hecho algo que lastimara a mis hijos? Gracias a Dios no soy de beber, y si lo hice en ese tiempo, fue un trago de vino muy de vez en cuando.

—Haz el parto con nuestro obstetra —dice Giovanna—. Tiene su base en Florencia, mi ciudad natal, pero sin duda vendrá aquí si lo necesitas. Él asistió todos los partos de la familia, excepto el de Belle. —Se detiene, algo avergonzada, y mira a Allyson—. Lo siento.

—No soy sensible con respecto al pasado —responde mi cuñada, y sé que se refiere al hecho de que cuando nació su primogénita con Rafaelle, estaban separados—. Giovanna tiene razón, es el mejor obstetra que podrías desear.

Paso algunos minutos más conversando con ellas y luego llevo a mi abuela, junto con Romy, a hacer una videollamada con Constance para darle la noticia.

Como es raro que mi abuela esté lúcida, no pierdo la oportunidad de traerla a charlar con nosotras. La primera vez que se vio a sí misma en

un cuadrito en la pantalla de mi notebook, se quedó fascinada.

—¡Voy a ser tía! —dice Constance cuando Romy lleva a la abuela a descansar y nos deja a solas, varios minutos después.

—Sí, vas a serlo. Me encantaría que pudieras venir con nosotros a la finca de Santo. Sería maravilloso reunirnos todos.

—*Estoy pasando por una etapa en la que tengo que pensar en mi futuro, Lexi. No te enojes conmigo, pero estoy entre ordenarme como monja… o rendirme por completo.*

—¿Y hacia qué lado se inclina más la balanza?

—*A irme de aquí.*

—Tú ni siquiera querías estar ahí desde un principio. Si algún día estás lista para contarme por qué decidiste cancelar tu vida entre las paredes de un convento, estaré aquí para escucharte.

—*No voy a contarte toda la historia. Es larga y dolorosa, pero puedo decirte que hubo una razón poderosa. Soy una pecadora. No me preguntes más, por favor. Prometo que, en cuanto pueda, iré a verte.*

Cuelgo con Constance, pero antes de que tenga tiempo de volver a la sala en casa de mi suegra, el teléfono vuelve a sonar.

Me quedo atónita al ver la pantalla.

—¿Mamá? —atiendo.

—*¡Lexi, qué bueno escucharte!*

—¿Podrías, por favor, ahorrarte las frases vacías y decirme por qué llamas después de tantos meses sin preocuparte por saber si estamos vivas o muertas?

—*Claro que sé que estás bien. Te casaste con ese hombre tan guapo. Además, ahora tu marido es oficialmente el responsable de mamá, así que al final todo salió bien.*

—No gracias a ti, mamá. ¿Qué quieres?

—*Una segunda oportunidad.*

—¿Qué?

—*Necesitamos ayuda, Lexi. Tu padre ha estado bebiendo mucho y tengo miedo de que cometa una locura.*

—Mamá, sé todo, incluso que corre el riesgo de ir a prisión.

—*¿Qué?*

—¡Por el amor de Dios! Hasta para vivir en una burbuja hay un límite. ¿Están casados hace siglos y no comparten los problemas?

—*Él no habla conmigo. Solo supe que nos mudaríamos a Sicilia un día antes.*

—¿Y la bancarrota?

—*También me tomó por sorpresa.*

Vuelvo a sentarme porque esta conversación no va a ser tan corta como pensé.

—Mamá, ¿cómo puedes vivir tan desconectada de la realidad? Ya no eres una niña.

—*Confío en tu padre.*

—No deberías. Viste lo que iba a hacer con la abuela.

—*Jamás la pondría en un asilo. ¿Crees que lo permitiría?*

—Sí, lo creo.

—*Pues estás equivocada. Yo amo a mamá.*

—Disculpa si no te creo.

—*Lexi, sé que no tienes la mejor opinión sobre mí, pero…*

—¿Crees que no tengo motivos para pensar así de ti?

—*Sí, pero la verdad es que amo a tu padre por encima de todo* —dice, y no me sorprende en absoluto.

—Una vez más, y ya me repito, ¿qué quieres, mamá?

—*Ayúdanos.*

—¿Qué?

—*Tu padre le tiene miedo a Gagliano Basilotti, y no es solo por haber gastado el enorme adelanto que tu ex prometido nos dio por…*

—¿Mi venta? —completo con ironía.

—*¿Tienes que decirlo así?*

—Perdón si no encuentro otro término. Continúa.

—*Creo que hay algo más detrás del miedo de tu padre hacia Gagliano. Tal vez sepa algo que le interese a tu marido. Presumo que ahora son enemigos, ya que ambos te querían.*

—No hubo competencia. Carmine fue mi elección desde el primer segundo en que lo vi —digo, y aunque quiero terminar la llamada, recuerdo lo que mi esposo me dijo sobre Lucilina Basilotti.

Quizás mi padre sepa algo sobre su paradero, y la familia de esa mujer merece una respuesta sobre qué le ocurrió. Busqué información después de lo que Carmine me contó, y vi que realmente nadie volvió a ver a Lucilina, al igual que a ninguna de las ex esposas de Basilotti.

—Hablaré con Carmine al respecto.

—*Gracias, hija.*

—Mamá, ¿puedes hacerme un favor? No finjas sentimientos conmigo. Me duele más que la indiferencia.

—*No finjo. Solo que no tengo mucho dentro de mí para ofrecer. Creo que nací vacía.*

—Sí tienes, solo que elegiste dárselo a la persona equivocada. Como te dije, hablaré con Carmine.

Cuando por fin cuelgo y levanto la mirada, el padre de mis bebés está parado en el umbral de la puerta, observándome.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Desde el momento en que dijiste que siempre fui tu elección.

Siento que la cara me arde.

—Yo no…

Él se acerca y me atrae contra su pecho.

—No lo arruines negándolo, Lexi. Tú también siempre fuiste mía.



Carmine

Días después

Estoy a punto de salir de la oficina.

Hoy nos iremos todos por una semana de descanso a la finca de olivos de Santo, porque Lexi me contó que es uno de los recuerdos más recurrentes de su abuela. Dijo que cuando vivían en Boston, Leonitina decía que sería un sueño volver a un lugar como aquel donde pasó unas vacaciones inolvidables con su madre, y quiero darle eso a las dos.

Entro al auto y le indico al chofer que vaya a casa. Mamá ya se fue con Romy y la abuela de Lexi, ya que Leonitina le tiene miedo a volar, esté o no lúcida. Mi esposa y yo iremos en helicóptero, que a estas alturas ya debe estar esperándonos en el helipuerto de mi propiedad.

No me sorprende cuando suena mi celular y veo el nombre de su padre en la pantalla.

—¿Te decidiste? —pregunto sin saludar.

Al día siguiente de la conversación entre Lexi y su madre, él me llamó diciendo que quería llegar a un acuerdo. Amenacé con colgarle, fingiendo que no me interesaba porque no hago tratos con asesinos.

El hombre se desesperó y en diez minutos me confesó que, como yo sospechaba, no vendió a Lexi solo por dinero, sino porque estaba siendo chantajeado por Gagliano Basilotti.

Lo acusé de haber matado a la ex esposa de ese cretino, y me dijo que no, pero que me contaría todo si yo le pagaba abogados para resolver sus problemas de fraude empresarial.

Jaronde no es tonto. Sabe que con un buen bufete de abogados puede obtener prisión domiciliaria en pocos meses. Sin embargo, por lo que entendí, fue testigo del asesinato de Lucilina Basilotti, pero de algún modo, el ex amigo le dio la vuelta a la situación e hizo parecer que el padre de Lexi fue quien la mató.

Su testimonio no me basta. Quiero que lo haga ante la policía, y dijo que lo pensaría. Nunca dudé de cuál sería su decisión, y ahora, después de unos minutos de conversación, me da lo que quiero. Cuelgo con una sonrisa.

El padre de Lexi es despreciable, pero no es un asesino. Jamás permitiré que se acerque a nosotros, a menos que ella lo desee, lo cual dudo.

La historia con Gagliano Basilotti es distinta. Él es un asesino en serie de sus ex esposas, porque si mi detective está en lo cierto, no solo hizo desaparecer a la última, sino también a las otras tres.

Pensar que pudo haberle hecho lo mismo a mi Lexi despierta en mí un odio de una intensidad que jamás había sentido.

Quiero verlo pudrirse en la cárcel. Algunos creen que la muerte es una solución rápida y práctica.

Yo tengo sangre siciliana. Soy vengativo. No creo que la muerte sea suficiente.

En prisión, Gagliano Basilotti pagará por todos los crímenes que cometió.

Los prisioneros le enseñarán mucho más de lo que haría una bala entre los ojos.



Lexi



Capítulo 47

Creo que estamos despidiéndonos del sol. Es esa época del año en que el verano ya se ha ido, pero el otoño aún no ha llegado del todo; de cualquier forma, comienza a hacer frío y no podré dejar a mi abuela afuera por mucho tiempo.

Es una pena, porque se está divirtiendo. Ya he sacado decenas de fotos mientras camina delante de nosotros, del brazo con Carmine.

Él tiene una paciencia infinita con ella, y cada vez que logra hacerla sonreír, lo amo un poco más.

Hay algo mágico en la finca de Santo.

El olor a tierra y el canto de los pájaros hacen que el momento sea aún más especial.

Siento como si cada centímetro de este lugar guardara muchas historias. La idea de mi esposo de pasar unos días aquí fue maravillosa.

Incluso Ginevra se sorprendió de que se tomara vacaciones sin haberlo planificado con antelación, porque, como me explicó, Carmine asumió por completo el papel de jefe de familia, y casi nunca se divierte.

A diferencia de sus hermanos, él no tuvo tiempo de disfrutar la vida. Su idea de diversión eran relaciones que no duraban más de un par de semanas.

Acaricio mi barriga y trato de cerrar el cárdigan que llevo sobre el vestido. Mi suegra sonríe al ver que el botón ya no da abasto con lo estirada que está la tela.

—Vamos de compras cuando regresemos a Palermo. Nuestros niños están creciendo.

—Ni me lo digas. Ya no tengo nada que me quede bien en el armario, pero con las obras de la librería, no tengo tiempo para renovar la ropa.

—¿Tu madre sabe del embarazo?

Me agacho a recoger una hojita del olivo que está en el suelo y empiezo a deshacerla con los dedos.

—No creo que le importe.

—¿Pero a ti te importa que sepa de sus nietos?

—No sé cómo responder a esa pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Crecí con esas dos personas, y creo que si mi abuela no hubiera existido, yo me habría convertido en alguien muy infeliz. No quiero que mis padres estén cerca de los bebés. Tal vez algún día los perdone por lo que le hicieron a mi abuela, pero no siento tanta generosidad dentro de mí en este momento. ¿Carmine te habló de Gagliano Basilotti?

—Sí, como ya te dije, no hay secretos en esta familia. Lo siento mucho por todo. Por lo que tu padre intentó hacer y por lo que él es.

—¿Crees que estoy equivocada al no contarles a mis padres sobre el embarazo?

—Lo que creo es que no existen reglas sociales cuando se trata de familia. Los parientes pueden ser amigos cercanos, pero no son obligatorios. Si una persona te hace daño, no tienes por qué soportarla ni permitir que te siga lastimando solo porque tienen la misma sangre. Haz lo que te dicte el corazón, Lexi.

—Mi corazón me dice que me mantenga alejada. Estoy bien con ustedes. Nunca podré agradecer lo suficiente la generosidad con la que

nos recibieron en la familia, después del escándalo que causé. —Me giro hacia ella y la abrazo—. Pero sobre todo, tú, mi suegra, tienes un lugar especial en mi corazón por el cariño que le das a mi abuela.

—No es ningún sacrificio. Me sentía muy sola, ¿sabes? Después de que todos se fueron de casa, ya no tenía ningún propósito. Tengo proyectos de caridad y muchos parientes repartidos por Sicilia, pero me gusta cuidar de los míos. Tener a tu abuela conmigo me hizo sentir viva otra vez.

Le tomo la mano y la aprieto, y por un rato, caminamos así, de la mano.

Una oleada de emoción me invade al ver a mi abuela mirando al cielo y sonriendo por algo que Carmine le dijo.

—Él de verdad la quiere. No lo hace por mí, ¿verdad?

—Sí, mi hijo siempre se ha llevado bien con los ancianos. Tal vez porque él también es demasiado serio. Además, tiene ese encanto de hombre que casi no sonríe. Eso hace que las mujeres, desde los ocho hasta los ochenta años, caigan rendidas ante él.

—De eso no tengo duda.

Observar a mi abuela y a mi esposo reír juntos, ver el cuidado que él tiene con la mujer que me crió, que fue como una madre para mí... es casi demasiado para soportar. Me da la certeza de que no quiero perder esto.

Quiero que estemos juntos para siempre.

De repente, Carmine se da vuelta, con sus ojos azules clavados en mí.

Es como si el mundo se detuviera, congelado en ese intercambio silencioso entre nosotros.

Veo vagamente cómo mi suegra se acerca a ellos y, después de decir unas palabras a mi abuela, empieza a alejarse con ella. Tal vez haya notado que algo está pasando entre su hijo y yo.



Carmine

No sé en qué momento exacto sentí su mirada. Estaba distraído, conversando con Leonitina, cuando algo, como una fuerza magnética, me hizo girar.

Me olvidé de dónde estaba, porque solo existía ella.

Lexi, con la barriguita ya redondeada por mis hijos, con un vestido floreado y un cárdigan encima.

El cabello suelto como me gusta.

El sol del atardecer acariciando su piel clara, y ella en total armonía con el paisaje, como una diosa de la naturaleza, hermosa y mía.

Fue como si alguien me quitara una venda de los ojos, porque, como en una película a toda velocidad, reviví toda nuestra historia: desde el encuentro en la biblioteca hasta el día en que supe que Lexi llevaba a mis hijos en su vientre.

Me resistí a ponerle nombre a lo que sentía por ella, incluso sabiendo que no iba a dejarla ir. Pero ahora, algo me golpea el pecho con una certeza que me asusta tanto como me libera, porque por fin entiendo toda la tormenta que he sentido estos meses.

La amo.

Tan cierto como el amanecer, me doy cuenta de que no fue el escándalo ni el hecho de que mi apellido saliera a la luz en los periódicos lo que me hizo querer atraparla en un falso compromiso que acabó convirtiéndose en un matrimonio de conveniencia (porque pensé que estaba embarazada), sino porque, aunque estaba enojado con ella, estaba enamorado.

—¿Estás bien? —pregunta, acercándose.

Le tomo el rostro con una mano, mientras la otra la poso sobre su vientre.

—Pregúntame otra vez qué eres para mí.

—No me importa. Somos felices —dice, bajando la mirada.

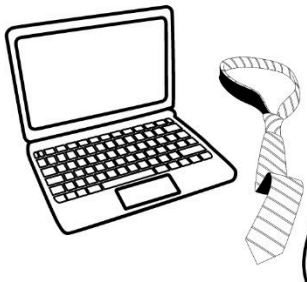
—No seas cobarde. Pregúntame, Lexi Parisi Trovato, qué eres para mí.

—No juegues con mi corazón, siciliano.

—Pregúntame, mujer.

—¿Qué soy para ti, Carmine?

—Mi vida. Te amo, Lexi. Creo que te amé desde el principio, pero no sabía cómo llamar a ese sentimiento.



Carmine



Capítulo 48

Tres meses después

—¿Y cuál es el siguiente paso?

—No se va a librar de los cargos —dice uno de mis abogados—, pero su condena se verá muy reducida. Probablemente tendrá que pasar menos de un año en prisión y el resto del tiempo bajo arresto domiciliario, pero es lo mejor que pudimos conseguir. Tuvo suerte de que la sede de la empresa estuviera en Sicilia. Si fuera estadounidense, ese acuerdo jamás habría ocurrido.

Lexi aprieta mi mano por debajo de la mesa, y está helada. Apenas regresamos del viaje a la finca de Santo, su padre, acompañado por mis abogados, fue a la policía a declarar sobre la desaparición de Lucilina Basilotti. No esperaba nada bonito, tratándose de hombres tan inmorales como Jaronde McGhee y Gagliano, pero jamás imaginé semejante nivel de depravación.

Jaronde confesó que, sin conocimiento de su esposa Salita, él y Gagliano compartieron, durante años, a todas las esposas que tuvo el asesino. Al mismo tiempo. Eso, en sí, es cuestión de gustos. Pero lo que explicó el padre de Lexi fue mucho más allá. Dijo que las mujeres de Gagliano, al cumplir veinticuatro años, eran reemplazadas por otras más jóvenes, preferentemente de dieciocho. Contó que hasta que apareció Lucilina Basilotti, él realmente creía que esas relaciones terminaban por divorcio, pero que con ella las reglas cambiaron. Mucho

antes de llegar a esa “edad límite”, la propia Lucilina decidió irse, quizás harta de ser pasada de mano en mano entre los amigos del marido.

Jaronde no era el único a quien Gagliano ofrecía a su esposa. La noche en que murió (sí, confesó que efectivamente la vio morir), cuando llegó al yate, Lucilina ya estaba allí, teniendo sexo con su casi ex marido. Jaronde no se sorprendió. La pareja usaba drogas con frecuencia y no era raro encontrarlos bajo el efecto de alguna sustancia. El padre de Lexi se unió a la “fiesta”. No tenían sexo convencional, sino que incluía sadomasoquismo y, principalmente, asfixia. Dijo que ni siquiera esperaban que ella recobrara bien el conocimiento y ya la estaban asfixiando otra vez, pero cuando la tocó en el último acto, justo después de que Gagliano eyaculó, notó algo raro en su cuello. Estaba en un ángulo extraño, y fue entonces cuando lo supo: Lucilina Basilotti estaba muerta.

Al levantar la cabeza para preguntarle a Gagliano qué diablos había pasado, lo vio filmándolo, todavía con las manos alrededor del cuello de Lucilina, y le dijo que si abría la boca con alguien, entregaría el video a la policía.

El “código de honor” entre criminales, sin embargo, es un mito. Así que el padre de Lexi también lo grabó, sin que el otro lo supiera, arrojando el cuerpo de su ex al mar, en alta mar. Ambos tenían pruebas uno contra el otro, pero el padre de Lexi dejó que Gagliano pensara que tenía ventaja. Si tuviera un mínimo de dignidad, habría hecho lo correcto desde el principio y lo habría denunciado. En lugar de eso, permitió que Gagliano lo chantajeara para casar a Lexi con él, dejándolo creer que tenía la mejor mano. Gagliano exigió que le entregara a su hija como reemplazo de la esposa perdida, y no pensaba pagar nada por

ello. Fue entonces cuando Jaronde confesó que lo había filmado deshaciéndose del cuerpo de Lucilina, y pidió millones de euros para guardar silencio.

Si no hubiera visto todo el testimonio con mis propios ojos, diría que es ficción. No solo encubrió un asesinato. Iba a entregar a su única hija, una joven sin experiencia, criada en un internado de monjas, a un hombre depravado, mucho mayor, y asesino. Lexi estuvo conmigo escuchando la declaración de su padre, y salimos de ahí directo al hospital porque su presión se disparó ese día.

Yo creo que Jaronde merece pudrirse en prisión tanto como Gagliano, pero consiguió un acuerdo. Una acusación por fraude, y hasta el hecho de haber callado después de presenciar un asesinato, no son nada comparado con lo que hará el fiscal en los medios al enviar a la cárcel a un empresario rico, que ahora es llamado por la prensa como posible asesino serial.

Gagliano desapareció de la faz de la Tierra, y sería sensacional que le hiciera un favor al mundo y se quitara la vida, pero no creo que eso ocurra. Está escondido en algún lugar, y mientras ese desgraciado no esté tras las rejas, yo no voy a tener paz.

—¿Y qué pasa con mi madre? ¿Será acusada de algo?

—No —dice el abogado—. Realmente no sabía nada. Incluso si un día su madre vuelve a un estado mental que permitiera imputarla, *signora*, no creo que haya ninguna base legal para involucrarla en el caso.

Apenas Jaronde fue arrestado, Salita Ciambra McGhee sufrió una crisis nerviosa y tuvo que ser internada en una clínica psiquiátrica. La puse en el mejor hospital del país, y Lexi ya fue a visitarla, pero no ha

habido ningún cambio. Sigue tan ausente como cuando ingresó, hace unos tres meses.

—¿Y entonces eso es todo? ¿Jaronde se librará de toda acusación relacionada con Lucilina Basilotti y cumplirá menos de un año por fraude?

El abogado carraspea su garganta, visiblemente incómodo. Hizo su trabajo, por el que fue bien pagado, y la parte de que Jaronde quede libre por no haber denunciado la muerte de Lucilina es responsabilidad del fiscal, no suya.

Aun así, me enloquece pensar que ese hijo de puta iba a entregar a mi esposa a un asesino a cambio de dinero.

—Sí. Tendrá que cumplir arresto domiciliario después de esa corta estadía en prisión, pero más allá de eso, quedará libre.

Los hombres salen, dejándonos solos, y en cuanto lo hacen, Lexi viene a sentarse en mi regazo, de lado, porque su barriga ya casi no le permite moverse.

—No quiero volver a verlo nunca más.

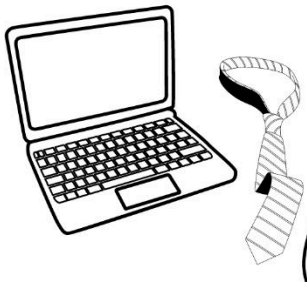
—Daría cualquier cosa por haberte evitado esto, pero no quiero secretos entre nosotros.

—No soy frágil, pero aun así... —sacude la cabeza—, mi padre es la escoria del mundo, Carmine. Pensar que tuvimos que ayudarlo solo para poder tener una oportunidad de meter a Gagliano en la cárcel…

—No fue solo por venganza, Lexi, sino porque las familias de las mujeres que él mató merecen respuestas.

—¿Crees que algún día encontrarán los cuerpos?

—Si hizo con las otras lo mismo que con su última esposa, no.



Carmine



Capítulo 49

—¿Qué diablos está pasando? —pregunta Lucca.

Miro al techo, tratando de analizar si cuidé cada detalle. Si no dejé nada descubierto que pueda poner en peligro a mi esposa.

—Acabo de recibir una llamada del detective. Cree que tanto Gagliano Basilotti como sus hijos huyeron a Sicilia. Parece que la mala publicidad que ha rodeado su nombre, con la cacería de la Interpol durante meses, está incomodando a sus socios, narcotraficantes colombianos.

—¿Y crees que vendría justo al ojo del huracán? ¿De vuelta a casa?

—Los criminales suelen quedarse donde se sienten seguros. Todavía tiene muchos recursos, y no dudo que algunos sean imposibles de rastrear. Además...

—¿Qué?

—El padre de Lexi, el testigo principal en su contra, está preso aquí. Sería natural que buscara venganza.

—Ojalá uno matara al otro. Sería un favor para la humanidad. Pero no es por tu "suegro" que estás preocupado.

—No, es por Lexi.

—Carmine, colocaste un verdadero ejército cuidándola. Estamos atentos. ¿Qué podría salir mal?

—No lo sé, pero confío en mi intuición, y me dice que tenga cuidado.



Lexi

Unos días después

—No puedo dejar de sonreír al ver a mi abuela entretenida con la madre de Carmine, cuidando las flores del jardín. Sé que el Alzheimer no tiene cura, pero es increíble el cambio que ha tenido desde que vino a vivir con Ginevra.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Romy a mi lado.

—Las estoy observando. Parecen más madre e hija que lo que mi madre fue conmigo.

—¿Por qué crees que es así?

—No lo sé. Tal vez simplemente nació así, como una pieza defectuosa de fábrica. Ella misma me dijo que solo era capaz de preocuparse por mi padre.

—¿No es irónico que tu madre haya consentido que tu padre abandonara a tu abuela en un asilo y ahora ella esté internada en una institución mental? No quiero sonar insensible, pero lo que le pasó es la más pura definición de karma.

—¿Soy rara por no extrañarla? Me da pena porque me parece triste que alguien todavía relativamente joven termine así, pero es el mismo tipo de lástima que tendría por un desconocido, ¿sabes? No hay ninguna conexión de mi parte hacia mi mamá.

—Y aun así vas a visitarla.

—Por obligación. Nací de ella y, aunque fue cruel con mi abuela, ahora no está en pleno uso de sus facultades. Voy a verla, pero no me quedo más de unos minutos. Solo para saber cómo está de salud y asegurarme de que esté comiendo. Pero nunca me habla. Se queda mirando todo el tiempo por la ventana.

—Triste, pero de nuevo, para mí eso es karma. Espero que Constance, nuestra monja favorita, no me escuche, pero yo sí creo que el infierno está aquí mismo, en la Tierra.

—Lexi, ¿puedes echarle un ojo a tu abuela? El chico que vino a revisar la temperatura de mi invernadero acaba de mandarme un mensaje pidiéndome que vaya, porque necesita mostrarme algo.

—Ni siquiera sabía que había un extraño aquí, suegra.

—No es un extraño. Esa empresa trabaja para mí desde hace años. Siempre que tengo un problema, los llamo a ellos.

—Déjamelo a mí entonces. Iré a ver qué quiere —digo, levantándome despacio, porque cada vez me cuesta más moverme.

Con ocho meses y medio de embarazo, paso más tiempo en la casa de mi suegra que en la librería, que inauguré hace aproximadamente un mes.

Cuando insisto en trabajar, termino exhausta y con los pies hinchados. Así que ayer, después de una conversación seria con Carmine, me pidió que ya no fuera más hasta que nacieran los bebés. Y aunque mi deseo de seguir al frente de mi empresa es grande, tuve que admitir que llegué al límite de lo que puedo hacer de pie.

—No, espera aquí. Yo voy —dice Romy, pero ya estoy de pie, así que aprovecho para caminar un poco también.

—Avísale que ya voy. Leonitina solo está terminando con esas flores.

Veo a mi abuela levantarse y limpiarse las manos enguantadas en el delantal de jardinería. Hoy no es uno de esos días en los que sabe quiénes somos, pero ya aprendí a aceptar lo que Dios nos da, siempre que ella sea feliz.

Romy y yo caminamos hacia el invernadero, con el agradable aroma de las plantas llenando el aire.

Veo la furgoneta de la empresa estacionada a unos pasos.

—Ni siquiera sabía que se usaban medidores de temperatura en invernaderos —dice Romy—. Yo no tengo ni idea de plantas.

—Yo tampoco, pero este invernadero es el consentido de Ginevra.

—Eres afortunada, Lexi. Dios te quedó debiendo con tu madre, pero en compensación te dio una suegra maravillosa.

—No puedo estar más de acuerdo.

Abro la puerta, pasando delante de ella, y al fondo puedo ver a un hombre de espaldas.

Aunque nos escucha entrar, no se da vuelta, lo que me parece extraño.

Sacudo la cabeza, sonriendo, pensando que el exceso de seguridad de Carmine ya me está afectando.

Abro la boca para llamarlo, pero en cuanto lo hago, siento algo tocándome la nuca.

—Si te mueves te mato. —Escucho la voz del hombre que más odio, hablándome desde atrás.

Siento mi sangre congelarse. Sé que quien me habla es Gagliano Basilotti, y cuando el hombre al fondo se da vuelta, noto que no es un trabajador, sino Bertolino, el hijo menor de ese imbécil.

No es la pistola lo que más me asusta, ni siquiera verlos. Es el olor extraño en el aire y el hecho de que el chico sostiene un encendedor prendido.

—Queríamos a tu suegra, porque sería traumático para tu marido verla arder aquí dentro, pero tú y el pequeño bastardo que estás esperando también sirven. Ah, no, espera. Son dos bebés. Maravilloso. Tres muertes por el precio de una —dice Bertolino— y tu maridito aprenderá que con los Basilotti no se juega.

Me quedo paralizada. Estoy segura de que, incluso sin la pistola apuntándome, no podría moverme.

—Me la voy a llevar —dice Gagliano Basilotti.

—No podemos, papá. Nada de sentimentalismos ahora. Vinimos por venganza.

—¿Y qué venganza mayor habría que hacer que la esposa y tal vez los hijos desaparezcan para siempre?

Empiezo a temblar al oír la conversación de esos dos locos y veo, horrorizada, cómo el hijo de Gagliano suelta el encendedor al suelo y corre hacia nosotras, pero en medio del camino, una estantería con plantas se cae, creando una especie de trampa que lo deja atrapado sin posibilidad de moverse.

Todo ocurre en cuestión de segundos, pero es suficiente. Para mi sorpresa, veo a Romy girar rápidamente.

Como por arte de magia, ya no siento la pistola en mi nuca y escucho el estruendo de un cuerpo cayendo al suelo.

Romy le dio una patada perfecta a Gagliano, haciéndolo caer y soltar el arma.

—¡Corre, Lexi!

—No sin ti. ¡Vamos!

Ella patea el arma, alejándola aún más del hombre, y de la mano, salimos corriendo.

—No me siento bien —digo.

—No podemos detenernos ahora, querida. Todo está en llamas.

Romy grita con toda su fuerza, y de inmediato aparecen los guardaespaldas, Ginevra y mi abuela.

Veo a mi suegra decirle algo a uno de los hombres, que se adelanta, levanta a mi abuela en brazos y la lleva hacia la salida de la casa. Otro está al teléfono, pero en este momento, lo único que puedo pensar es que algo no está bien conmigo. El miedo por mis hijos me impulsa a protegerlos. Al mismo tiempo, siento algo mojado entre las piernas.

—Creo que rompí bolsa —le digo a Romy.

—¡Ayuda aquí!

—¡Lexi! —llama mi suegra.

—Saquen a mi abuela de aquí, Ginevra. Gagliano Basilotti y su hijo están dentro del invernadero. Querían llevarme. Lo incendiaron todo.

Un hombre me toma en brazos y camina hacia la salida de la propiedad. Otro se encarga de Romy y de la madre de Carmine.

Creo que pierdo el conocimiento, porque cuando despierto estoy en una ambulancia, y a mi lado, el hombre que amo.

El rostro de Carmine refleja desesperación.

Cuando nota que abrí los ojos, se inclina y me besa.

—No me dejes nunca —me suplica—. No sabría cómo seguir viviendo sin ti.

—¿Qué pasó?

—Shhh... Tendremos tiempo para eso más tarde. Lo que tienes que saber es que esos dos hijos de puta están ardiendo en el infierno.

—¿Y mis bebés? —pregunto, llevando la mano a mi barriga.

—Están bien, bella, pero van a llegar antes de tiempo. No voy a apartarme de ti ni un segundo, Lexi. Voy a amarte y protegerte por siempre.



Carmine



Capítulo 50

Nacimiento de Giordano y Barone

Mi madre es una mujer de fe. Yo siempre fui de esos que creen tener el mundo en la palma de la mano.

Hoy, sin embargo, cuando iba de camino a buscar a Lexi para llevarla a cenar, recibí una llamada del jefe de los guardaespaldas que asigné para protegerla, avisándome que había un incendio en el invernadero de la casa de mi madre, y recé como no lo hacía en años.

Mi empleado me dijo que ella estaba a salvo, pero no soy bueno confiando, y hasta que no la tuve en mis brazos, no volví a respirar con normalidad.

En el camino al hospital, Rafaelle me llamó.

Se confirmó que los cuerpos encontrados eran efectivamente de Gagliano Basilotti y su hijo menor, ya que los bomberos llegaron a tiempo para apagar el fuego y permitir su identificación.

Gagliano y ese desgraciado secuestraron al empleado que trabajaba para mi madre desde hacía años, y con una pistola en la espalda, lo obligaron a entrar en la propiedad.

No lo mataron. Estaba inconsciente, con una herida profunda en la cabeza, probablemente causada por el cañón de un arma, tirado en el fondo de la furgoneta.

¿De verdad pensaban que iban a salir de ahí con Lexi?

Romy, con quien tengo una deuda de gratitud eterna, me contó todo lo que pasó.

Me quedé con ella mientras preparaban a Lexi para dar a luz; solo pensar en lo que ese bastardo quería hacerle a mi mujer y a mis hijos me hace desear que no hubiera tenido una muerte tan rápida. Yo mismo quise romperle el cuello con mis propias manos.

Mis hermanos están cuidando de *mamma* y de Leonitina, mientras Romy está afuera, en el pasillo del hospital, esperando a que nazcan mis hijos.

—Doctor Parisi, todo está listo y su esposa lo llamó. Se siente ansiosa.

Termino de ponerme los guantes y la mascarilla y sigo a la enfermera hacia la sala de partos.

Hasta conocer a Lexi, a pesar de amar a mi familia, me consideraba alguien incapaz de sentir emociones verdaderas, pero hoy aprendí que no solo soy tan humano como cualquiera, sino que también tengo un precio.

Lexi y nuestros hijos aún por nacer serían ese precio. Cambiaría todo lo que soy y todo lo que tengo por la certeza de que están a salvo, y ahora, al verla acostada en la mesa de cirugía, preparándose para traer a nuestros niños al mundo, renuevo en silencio el juramento de que viviré por ellos tantos días como me queden en esta vida.

—Tengo miedo. Aún faltaban unas semanas.

—No va a pasar nada malo. —Me inclino y beso su frente, sus ojos y su boca—. Estoy aquí, esposa. Siempre estaré aquí. Te amo, *bella*.

Ella aprieta fuerte mi mano y, a medida que pasan los minutos y el médico le da las indicaciones para seguir empujando, siento como si yo mismo estuviera pariendo.

Imito cada uno de sus movimientos, solo queriendo que su agonía termine, y por uno o dos momentos, tengo ganas de estrangular al obstetra.

Con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, no aparto la mirada del rostro de Lexi, concentrado en cada expresión suya.

A veces gime de dolor, otras gruñe como si fuera a golpear a todo el equipo, el sudor y las lágrimas mezclados en su hermoso rostro.

Está agotada, tensa, y por primera vez en mi vida, me siento inútil. No puedo hacer nada más que apoyarla.

El médico sigue animándola, pero si yo ya estoy a punto de mandarlo a callar, no me quiero imaginar lo que piensa Lexi.

Quisiera estar en su lugar, ser quien soporte el dolor o al menos poder aliviárselo.

Y entonces, de pronto, después de un esfuerzo más, parece relajarse y el médico la felicita. Pasan unos segundos y, enseguida, la mejor melodía del mundo, el llanto de mi primer hijo, llena la sala.

El amor en su forma más pura inunda mi pecho, no solo por el niño que acaba de nacer, sino por ella, mi Lexi, mi todo.

—Uno ya llegó —dice, intentando sonreír, pero no consigo devolverle la sonrisa. Estoy demasiado emocionado y solo la beso y aprieto su mano.

El coraje de esta mujer no se puede describir. Esta vez, cuando hace fuerza para traer al segundo bebé, su rostro es pura determinación.

El médico otra vez empieza a dar órdenes, pero Lexi lo ignora. Despeinada, sudada y con los ojos brillando, más hermosa que nunca, la mujer de mi vida solo tiene ojos para mí.

Poco antes del segundo llanto, siento que está por llegar porque mi corazón se acelera con la anticipación. Una vez más, un grito fuerte, digno de un Parisi Trovato, sacude las paredes del hospital, y ahora nuestra familia está completa.

Solo cuando me inclino para besarla y toco su rostro me doy cuenta de que tengo las manos temblando y los ojos nublados por la emoción.

—Te amo, Lexi. El escándalo que armaste con tus dos locas amigas fue lo mejor que pudo haberme pasado.

Ella sonríe y llora.

—¿Entonces estoy perdonada?

—Por supuesto que sí, *signora* Parisi.



Lexi

Estoy agotada y con algo de dolor, pero no quiero descansar. Quiero seguir mirando para siempre a mis hombres.

Ahora estamos solo nosotros cuatro, tras el torbellino de amor que se desató cuando nuestros familiares llegaron a ver a los bebés y darnos sus felicitaciones.

Lloré cuando vi a mi abuela. Una vez más, Dios consideró que yo merecía que justo hoy ella se acordara de mí, ya que ayer, cerca del momento del incendio, estaba atrapada en su propio mundo.

Al mirarla, pensé en lo que pasó en el invernadero y que si los planes de Gagliano Basilotti hubieran funcionado, nunca volvería a verla a ella ni a mi familia.

Pasamos mucho tiempo abrazadas.

Mi suegra, sin embargo, pronto puso orden y sacó a los parientes de la habitación. Me advirtió que en las próximas semanas no tendré descanso, ya que la familia de toda Italia vendrá a visitarnos.

Ahora reina el silencio.

Veo a Carmine sentado en una butaca con un gemelo en cada brazo, y desearía poder esculpir la expresión de su rostro. La ternura con la que mira a nuestros hijos, como si les prometiera que siempre estará allí para protegerlos del mundo, me da aún más certeza de que, si él no fuera mi *para siempre*, yo jamás volvería a amar.

Al observarlo con nuestros hijos, siento un nudo en la garganta, presionando, necesitando liberar la emoción.

—Te amo —digo.

Él levanta el rostro y sonríe.

—Eso espero, mujer, porque estás atada a mí para siempre.

Las lágrimas comienzan a correr lentamente por mi rostro, porque me doy cuenta de que la esencia de mi felicidad está contenida en este pequeño rincón del universo: mi abuela, mi esposo y nuestros hijos.

Carmine se levanta y coloca a los bebés en las cunas que posicionaron en la habitación, porque no quiso que los llevaran al área de recién nacidos.

Parece preocupado cuando se acerca a mí.

—¿Qué pasa? —pregunta, sentándose a mi lado en la cama y tomando mi rostro entre sus manos.

—Me di cuenta de que nunca te había dicho que te amo.

—Lexi...

—No, necesito decirlo porque creo que hasta ahora tenía miedo de confesar mi amor.

—No eres buena ocultando emociones, *bella*. Puede que no lo hayas dicho con palabras, pero en el momento en que me di cuenta de que te amaba, supe que era recíproco.

—Desobedecí tus órdenes. Me dijiste que no me enamorara.

—Fui un bastardo arrogante. Ya éramos el uno del otro desde el segundo en que puse un pie en aquella sala de la biblioteca pública.

Sonrío entre lágrimas porque sé que tiene razón.

—Igual lo quería decir, para que nunca lo olvides. Soy tuya, Carmine. Te amo mucho más de lo que dos palabras podrían explicar.



Lexi



Capítulo 51

Dos meses después

—Nunca voy a poder agradecerte lo suficiente por sacar a Lexi del invernadero, pero no entiendo cómo fuiste tan rápida ni cómo pensaste tan bien —dice nuestra amiga, ahora oficialmente una ex novicia.

Me he dado cuenta de que cada vez que intento preguntarle al respecto, Romy esquiva el tema, pero Constance no es de las que dejan pasar ese tipo de cosas.

Estamos en el jardín de mi casa, que ahora siempre está llena, y como Giovanna y Allyson fueron a mimar a mis hijos junto con el resto de la familia, salimos a tener una charla más íntima.

Empezó cuando Constance nos contó que tomó la decisión definitiva de no ordenarse y que volvería a Estados Unidos para intentar entrar a la universidad.

—No me gusta hablar de eso.

—No tienes que hacerlo si no quieres. Yo soy la reina de los secretos —dice Constance.

—Mi vida es un libro abierto —bromeo, para aliviar el ambiente.

—No voy a entrar en detalles. Basta con que sepan que la hermandad donde estudié fue atacada. Una noche, alguien entró y… lastimó a varias chicas. Después de eso, aprendí a defenderme. Hice un curso de defensa personal.

—¿Quedaste con trastorno de estrés postraumático? ¿Por eso nunca sales de noche a divertirte? —pregunto, porque ahora varias piezas del rompecabezas empiezan a encajar.

A sus veinticuatro años, Romy nunca hace planes de chicas fuera de nuestra familia, y que yo sepa, tampoco sale con nadie.

Creo que hay mucho más en esta historia de lo que está dispuesta a contarnos[13], pero no voy a presionarla más.

—Sí. No me gustan las multitudes ni tratar con extraños.

—Nosotras somos extrañas —dice Constance, y sé que lo hace con la intención de hacerla reír.

—Bueno, no quería tocar el tema, pero sí, lo son.

Dejo de caminar y las abrazo a las dos.

—Ustedes son un regalo de Dios para mí.

—Oye, ya voy avisando que soy celosa —dice Giovanna, acercándose —. Si van a hacer un club de chicas, quiero mi tarjeta vip.

Allyson se ríe de su amiga.

—Tú y Berlín deberían hacer un concurso para ver cuál de las dos es más celosa.

Conocí a la hermana de Allyson en las celebraciones de Navidad. Ella vive en Milán y vino a pasar las fiestas con nosotros. Puede que esté loca, pero sentí una química entre ella y Lucca. Cuando se lo dije a Allyson, me juró que “de ninguna manera”… que son almas gemelas, pero completamente platónicas.

No lo sé, creo que está equivocada. Los Parisi Trovato tienen esa forma tan particular de mirar a una mujer cuando la desean. Es como si

no existiera nadie más en la sala, y así es como Lucca mira a la hermana de Allyson.

—Mi corazón es grande. Hay espacio para todas.

—Tu corazón es mío, mujer —susurra al oído la poderosa voz de mi siciliano.

Mis amigas se ríen y, sin dejarme ni siquiera despedirme, Carmine me levanta en sus brazos y me lleva dentro de la casa.

—¿A dónde vamos?

—A ver a nuestros herederos. Me encanta que la familia venga, pero a veces extraño que seamos solo nosotros cuatro.

Sé que no lo dice con mala intención. Carmine es así, honesto hasta la última fibra. Si hay algo de lo que jamás tendré que preocuparme con él, es de que me engañe.

—Pensé que estabas con tu madre.

—No. Las niñeras lograron dormirlos.

—¿Y vamos a despertarlos?

—A contemplarlos.

Carmine pasó la semana fuera, en Asia, por trabajo, y sé que se siente culpable por habernos dejado. La noche en que volvió, no pegamos un ojo porque no podíamos tener suficiente el uno del otro.

Me deja en el suelo, en el pasillo frente al cuarto de los bebés, y yo le sostengo el rostro.

—Giordano y Barone todavía son muy pequeños, esposo. No se dan cuenta de que viajaste.

—Pero yo sí, y los extraño a cada segundo.

Entrelaza nuestras manos y entra conmigo a la habitación. Juntos nos acercamos a las cunas y observamos a nuestros niños dormir.

Dios, son tan hermosos. Una mezcla de los dos, con cabello castaño abundante y los ojos azules de Carmine.

—Te amo, Lexi. ¿Cómo pude vivir sin saber que nunca estaría completo sin ti?

—Eres un seductor, siciliano.

—No es seducción, es la pura verdad. Esto que tenemos es mi mayor riqueza. Ustedes son mi tesoro.



Carmine

Semanas después

—¿Muerto?

—*Sí. A los narcotraficantes no les gusta llamar la atención. La Interpol empezó a investigar al Basilotti que quedaba porque también estaba metido en fraudes en las empresas de su padre.*

—Quieren sangre.

—*¿Y tú qué crees? El fiscal estaba frustrado. Cerró un acuerdo con Jaronde McGhee del que ya no puede retractarse porque fue homologado en juicio y al final, se quedó sin nada, porque con Basilotti muerto, ¿a quién va a acusar por la muerte o desaparición de las ex esposas?*

—¿Pero estás seguro de que Silvio Basilotti realmente murió? Podría haber fingido su propia muerte.

—No es así como funcionan las cosas con los narcotraficantes colombianos, doctor Parisi. Usan a sus muertos como ejemplo para la siguiente generación. Todavía no ha salido en los periódicos de Europa, pero sí en los de América Latina. El cuerpo fue encontrado descuartizado en la selva amazónica. Ya hicieron el examen de ADN y confirmaron que era él.

—¿Cómo? Eso podría tomar meses.

—Digamos que recibieron una pista anónima… mía.

—¿Sabías que era Silvio?

—Sabía que había una posibilidad, y para no seguir, con perdón de la expresión, corriendo en círculos, decidí darles el dato. Y se confirmó.

—Bueno, mejor así. Espero que los tres estén reunidos en el infierno ahora.



Lexi



Capítulo 52

—No puedo creer que ya haya pasado un año, Lexi. ¡Tus bebés tienen un año! Tienen que ponerse a hacer más niños con urgencia.

Le sonrío a Allyson mientras observo a dos de mis empleados de la librería moviendo cajas de libros que acaban de llegar.

Dios, un año desde que nacieron los niños. Increíble lo cierto que es ese dicho de que “el tiempo vuela”.

En estos doce meses pasaron muchas cosas, no todas buenas.

Mi abuela está con la salud estable, lo cual es positivo, pero en contraste, mi mamá se encerró definitivamente en un mundo solo suyo.

Mi padre, en cuanto se enteró de que estaba internada y de que ya no era la misma persona con la que convivió toda la vida, todavía desde prisión, solicitó el divorcio. Fue tan inmoral que quiso usar a los abogados que Carmine había contratado cuando hicieron el acuerdo con él, para separarse definitivamente de mi madre, pero mi esposo les prohibió trabajar para él en ese proceso.

Fue obligado a quedarse en Sicilia tras ser liberado, cumpliendo arresto domiciliario, como Carmine me explicó.

No sé cómo todavía le quedaba dinero, probablemente parte de lo que Gagliano Basilotti le había adelantado. El hecho es que fue fotografiado poco después de quedar “libre”, tanto de la cárcel como de mi madre, por un paparazzi, en el jardín de su nueva casa, besándose con una chica que apenas parecía mayor de edad. Mucho más joven que yo.

Tres meses después, hubo una invasión a su domicilio y lo mataron de un disparo en lo que supuestamente fue un intento de robo, pero cuando la policía cerró el caso, concluyó que la nueva "novia" era cómplice del agresor. Todo fue planeado, porque ella sabía que mi padre tenía una caja fuerte en la casa. Tanto la chica como el asesino están presos y el juicio debería celebrarse en los próximos meses.

Mentiría si dijera que lloré por su muerte. Cuando Carmine me lo contó, para mí fue como escuchar sobre el asesinato de un desconocido. Si es verdad que uno cosecha lo que siembra, mi padre tuvo su merecido por todo lo que hizo y por todos los que perjudicó, especialmente Lucilina Basilotti. Ni siquiera estoy segura de creer que solo fue testigo de su muerte. Sería perfectamente capaz de mentir y usar lo que sabía en el momento adecuado para salvar su propio pellejo.

La policía siguió buscando a las mujeres desaparecidas incluso después de la muerte de Gagliano Basilotti, hasta que encontraron una propiedad suya en el interior de Sicilia. Allí descubrieron los cuerpos de tres de sus ex esposas, pero no el de la última, lo que indica que al menos en eso, mi padre no mintió. Lucilina sí fue arrojada al océano.

No pienso más en él por decisión propia. Ya estaba muerto para mí cuando aún vivía, y ahora que dejó este mundo, opté por enterrar su memoria en una parte del pasado a la que no pienso volver. Mi padre fue un ser humano horrible durante todos los años en que compartimos la vida.

Además de lo que hizo conmigo y con mi abuela, abandonó a su esposa cuando más lo necesitaba.

Solicitar el divorcio de alguien internado en una institución psiquiátrica no es un proceso fácil, y aun así exigió que los abogados hicieran lo que fuera necesario para librarse de mi madre.

Sí, esas fueron sus palabras exactas: “librarse de ella”.

Cuando supe lo que estaba pasando, fui a enfrentarlo.

Salí de ese encuentro con más desprecio por él que nunca, y decidida a no verlo nunca más. Me mantuve firme en esa decisión, ni siquiera asistí a su cremación.

Visito a mi madre cada semana y, poco a poco, el rencor fue disminuyendo en mi corazón. Lo que siento por ella ahora es lástima.

Una vez intenté llevar a mi abuela, en un día en que recordaba todo, pero mamá no dio ninguna señal de reconocerla. Mi abuela lloró al salir del instituto y esa noche, cuando volvió a su estado habitual, ese mundo de olvido que cada vez es más constante, tuvo pesadillas.

Me prometí a mí misma que jamás volvería a hacerle eso.

—Voy a la oficina a terminar de leer un contrato, porque dentro de poco Rafaelle y Carmine estarán aquí —dice Allyson.

Vamos a pasar una semana de vacaciones en la Costa Amalfitana, solo con nuestros esposos e hijos. Giovanna y Santo nos encontrarán allá. Partimos mañana por la mañana.

—Está bien. Solo estoy esperando que descarguen estas cajas y voy a pedir a los empleados que cierren la tienda también.

Después de que ella se va, me acerco a unas cajas abiertas, convencida de que si no me pongo manos a la obra, no saldremos de aquí en horas.

Tomo tres de las descartadas, decidida a llevarlas hasta el fondo de la tienda, que da a un callejón, porque ahí tenemos un contenedor

especial para materiales reciclables.

De repente, ya afuera, siento un escalofrío en la nuca y me giro, con la sensación de estar siendo observada.

No hay nadie en la librería, excepto mis empleados en la sala contigua, y algunos podrían decir que mi miedo es un eco del episodio en el invernadero de Ginevra, pero ya aprendí a distinguir lo imaginario de lo real hace mucho tiempo.

Fuera de la tienda, necesito poner las cajas en el suelo para poder abrir el contenedor y, entonces, otro escalofrío, ese que uno siente cuando sabe que está en peligro, me obliga a voltear.

Me sobresalto tanto que no consigo gritar, porque frente a mí está el mismo hombre que vi en la biblioteca hace más de un año y que me dijo que le mandara saludos a mi esposo.

El mismo hombre que estábamos esperando.

Por fin.

—Podría seguir observándote durante meses, Lexi. Eres hermosa, pero ya me cansé de este juego. Voy a darte una advertencia: tu marido es un paranoico con la seguridad. ¿Te parece normal? ¡Mierda, estás más protegida que la reina de Inglaterra! Por suerte, la paciencia es una de mis mayores virtudes, y aquí estamos. ¿Hiciste lo que te pedí? ¿Le diste mis saludos a Carmine?

—¿Cómo iba a hacerlo? Nunca te presentaste. Ni siquiera sé quién eres.

Él sonríe, pero no parece el gesto de alguien en su sano juicio, sino de alguien que perdió la cordura hace mucho.

Observo bien su rostro y noto algo que no vi la primera vez que nos encontramos: el costado izquierdo está muy estirado, como si se

hubiera sometido a una cirugía reconstructiva.

Una cirugía para reparar una quemadura, probablemente.

—Hoy en día soy una sombra, pero en el pasado, me llamaban Copertino Amato. Pregúntale a Carmine. Él sabe quién soy.

Intento disimular la sorpresa. Esto no lo esperábamos. Tanto Carmine como la policía, al ver las imágenes de aquel encuentro en la biblioteca, creyeron que se trataba del gemelo idéntico de Copertino Amato, Sorrentino, que desapareció en la época de su supuesta muerte y que ahora habría vuelto buscando venganza contra quien, según él, llevó a Copertino a hacer lo que hizo.

Pero si el que tengo frente a mí es el ex amigo de mi esposo, ¿dónde está su hermano? Porque hubo un cuerpo en esa casa junto al de Ingrassia. Solo queda una conclusión: quien murió en ese incendio fue el gemelo.

—Yo también lo sé —respondo por fin—. No tengo secretos con mi marido. Conocemos cada detalle de la vida del otro. Tú eres un ex amigo. Alguien que prefirió creer en los celos enfermizos antes que en el hombre que era como tu hermano.

Él echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—¿Te dijo que le metió la verga a mi prometida?

—Me dijo que tuvo un romance con ella antes de que tú la conocieras. Desde mi punto de vista, fuiste tú quien se metió en su camino, al involucrarte con una ex suya, y después no supiste manejarlo.

Sonríe otra vez, pero hay algo malvado y aterrador en sus ojos.

—¡Mira qué tierna! ¡Defendiendo a tu macho!

—Conozco a Carmine. Nunca se metería con la mujer de otro. Todo lo que hiciste fue en vano, señor. Perdiste a un amigo, mataste a la mujer

que amabas, todo por nada.

—¿*La maté*? ¿Cómo sabes eso?

—¿Quién más podría haber incendiado esa casa? Además, investigué. En su momento, todos los periódicos dijeron que habías muerto en ese incendio. Incluso hubo un entierro para alguien que supuestamente eras tú. Si eras inocente, ¿por qué no apareciste para desmentirlo? Dime una cosa: ¿tienes pesadillas con el cuerpo de tu hermano quemándose en tu lugar?

—Perra, vas a venir conmigo y vas a pagar por esto.

—¿Pagar por qué? Yo no hice nada. El único asesino aquí eres tú. Mataste a tu prometida y a tu hermano. Usaste el cuerpo de tu gemelo, tu propia sangre, para evadir los cargos y esconderte durante años. Eres una vergüenza para la humanidad, Copertino Amato.

—¿Y qué si los maté? Ella era una puta que se abría de piernas para cualquiera, y mi hermano… ese idiota ni sabía cómo divertirse. Le hice un favor.

—Tu lugar es pudriéndote en la cárcel —digo.

Ya no disimula su odio hacia mí y mete la mano dentro del saco del traje, pero antes de que pueda sacar lo que sea, tres policías armados, junto con Carmine, aparecen desde dentro de la librería.

Copertino es detenido mientras mi esposo corre hacia mí. La ola de adrenalina que se había disparado en mi cuerpo se desvanece y empiezo a temblar.

—Shhhh… Ya se acabó, amor, y déjame decirte algo, no volverá a pasar.

—Era necesario, si no, él jamás habría salido de su escondite.

—¡Me tendiste una trampa, hijo de puta! —grita el ex amigo de Carmine, mientras lo esposan.

—¿De verdad creíste que iba a dejar a mi esposa desprotegida, Copertino? ¿Pensaste, aunque fuera por un segundo, que permitiría que Lexi saliera sola a tirar la basura? Así como tú la estabas observando, nosotros también te teníamos vigilado.

—¿Y por qué no me arrestaron antes?

—Porque necesitábamos una confesión —responde uno de los policías, un detective, y luego continúa—: Copertino Amato, queda arrestado por el asesinato de Sorrentino Amato e Ingrassia Trov. Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra ante el tribunal. Tiene derecho a contar con un abogado presente durante los interrogatorios. Si no puede pagar uno, el Estado le asignará uno. ¿Entiende estos derechos conforme se los acabo de explicar?

—Vete al infierno.



Carmine

—No puedo creer que por fin haya terminado —dice mi madre.

—¿Cómo alguien puede estar tan enfermo? —comenta mi cuñada, Allyson, aún impactada—. Planeó esa venganza durante años.

—Esperó el momento exacto para destruir la vida de Carmine —añade Lexi, palideciendo—. Aguantó hasta que él tuviera esposa e hijos, algo que pudiera perder y lamentar.

Como le dije a Copertino, cometí un error al dejar a Lexi expuesta durante el episodio en el invernadero de mi madre. Aunque la camioneta en la que llegaron Gagliano Basilotti y su hijo era de una empresa que llevaba años prestando servicios en su casa, debió haber sido registrada.

Cuando nacieron los gemelos, me prometí a mí mismo que nunca más bajaría la guardia con la seguridad de mi familia. Por eso, cuando hace cerca de un mes Lexi se despertó en medio de la noche con una pesadilla en la que el hombre que había visto en la biblioteca hacía más de un año volvía a decirle "dale recuerdos a tu marido", me lo tomé muy en serio.

Al principio, todavía pensaba que podía tratarse de alguien enviado por Gagliano Basilotti, pero solicité las grabaciones de la biblioteca del día que Lexi estuvo allí y, al ver el rostro del hombre, lo reconocí de inmediato. Aun así, al igual que la policía, creí que se trataba del gemelo de Copertino.

Con ayuda de la Policía y de mis abogados, montamos una trampa. No quería que Lexi participara, pero cuando se lo conté, ella argumentó que jamás lo atraparíamos si él no creía tener ventaja. Así que mientras él la vigilaba, nosotros lo vigilábamos a él. Sabíamos que era solo cuestión de tiempo hasta que se acercara, pero nunca la dejaría vulnerable a menos que estuviera completamente seguro de que no corría peligro. Entonces, decidimos que ella estaría sola el tiempo suficiente como para que Copertino se expusiera.

Ahora estamos reunidos en la casa de mi madre para hablar de todo lo que pasó. Romy subió con la abuela de Lexi, porque aunque la mayor parte del tiempo no recuerda nada, ni siquiera a su nieta, Leonitina es muy sensible a la energía del ambiente y percibe la tensión, lo que también la altera.

—Toda esta situación parece una película de acción —dice Giovanna.

—De terror, más bien. Ni siquiera puedo creer que ese hombre esté preso. Ahora nuestros hijos están a salvo —Lexi aprieta mi mano.

—Sabes que fue una situación excepcional, ¿cierto? No vas a exponerte así nunca más —le advierto.

—No te preocupes. No tengo ningún deseo de aventuras ni de correr riesgos, esposo. Vamos a vivir nuestra vida, crear recuerdos y dejar a los villanos en el lugar al que pertenecen, atrapados en su propia maldad, sea en esta vida o en la próxima.



Carmine



Capítulo 53

La prensa me llama magnate.

Mis competidores, empresario implacable.

Mis ex novias, alguien sin corazón.

La verdad es que soy un hombre sencillo.

Un siciliano con raíces profundamente ligadas a su tierra y a quienes son importantes para él. No miento ni finjo. No cambio mi discurso para agradar a nadie.

Amo, odio o soy indiferente, y el círculo de quienes reciben mi amor y devoción es muy reducido.

Mientras juego con mis hijos en una playa privada de la Costa Amalfitana, ayudándolos a construir castillos de arena, observo a mi reina, la que ocupa el papel principal en mi universo, meterse al mar.

La mayoría de las personas moja los puños y la nuca primero; prueba antes.

Lexi sigue caminando y se lanza de golpe.

Es una analogía perfecta de cómo es ella en la vida. La chica criada en un colegio de monjas no aceptó moldes. No se resignó ante el enfermo que se hacía llamar su padre ni obedeció sus órdenes. En lugar de eso, casi sin experiencia de vida, luchó.

Ideó un plan loco, formó un pequeño ejército con las dos chifladas que son sus mejores amigas y me robó el corazón sin posibilidad de devolución.

No puedo apartar los ojos de ella, ni siquiera mientras sigo construyendo el castillo de arena con mis hijos.

Dije que soy un siciliano de raíz, pero debo completar: un siciliano de raíz, *enamorado*.

Me preocupaba que el arresto de Copertino la afectara. Lexi pasó meses teniendo pesadillas con el episodio del invernadero de mi madre, pero apenas unos días después, parece estar bien. Me dijo que ya no quiere hablar del tema, solo olvidarlo y concentrarse en ser feliz.

Mis hijos ríen cuando el agua del mar nos alcanza, llenando el "foso" que hice alrededor del castillo.

Mis hijos tienen un vínculo muy especial. Yo crecí con cuatro hermanos y un primo, pero entre gemelos hay algo distinto, una conexión que no se puede explicar. Se comunican, aunque aún sean tan pequeños, con la mirada.

Barone intenta escapar, caminando y tropezando en la arena, y mi hermano Rafaelle lo atrapa justo a tiempo para que no llegue al mar.

Criar hijos es difícil. Hay que encontrar un equilibrio entre permitirles experimentar su independencia y al mismo tiempo ponerles límites.

Dejar que sean valientes y, a la vez, protegerlos.

Veo a Lexi salir del agua y caminar hacia nosotros sonriendo, con su piel mojada y deliciosa que me hace desear llevármela corriendo a la suite de la casa que compramos en esta región.

Giordano se agita al ver a su madre, señalándola:

—*¡Mamma!* —grita, como si no la hubiera visto en meses, y yo sonrío.

Lexi nos tiene a los tres completamente rendidos a sus pies.

—Sí, tu *mamma* ya viene.

Barone se suelta de los brazos de su tío y corre con sus pasitos tambaleantes hacia ella, abrazándose a sus muslos.

Lexi ríe y lo toma en brazos.

Mi corazón, ese del que alguna vez dijeron que no tenía, se calienta con la escena y, tomando a Giordano de la mano, camino hacia mi familia.

—*¡Mamma!* —repite él cuando nos acercamos.

—*Sí figlio, sono tua mamma*[14] —responde ella.

Él se ríe a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás cuando Lexi se inclina y lo besa. Barone, en sus brazos, señala su propia mejilla, celoso.

Ninguno de los tres está dispuesto a ceder el amor de ella.

Los momentos que comparto con ellos son el centro de mi existencia, la razón por la que me levanto todos los días.

Tomo a Giordano en brazos, beso la frente de cada uno de mis hijos y luego los labios de mi mujer.

—Te quiero solo para mí esta noche. Me puse de acuerdo con mi hermano y con Santo para que se queden con los niños.

—¿Algún plan especial?

—Vivir a tu lado siempre es especial, bella.



Lexi

La oscuridad de la noche solo se rompe con la luz de la luna y la temperatura del agua es agradable, incluso siendo madrugada.

Apenas llegamos a la Costa Amalfitana, me invadió una sensación deliciosa de libertad. Amo la playa, en realidad, el contacto con la naturaleza en general, y se lo comenté a Carmine.

Él me sorprendió al organizar este viaje con Santo, Rafaelle y mis cuñadas, y solo cuando llegamos aquí, me dijo que la casa era nuestra, que la había comprado para mí.

Ni siquiera lo que pasó en la librería pudo opacar mi felicidad durante estas vacaciones. Me siento ligera como hace mucho no me sentía.

Cierro los ojos, flotando unos segundos, saboreando la sensación del agua del mar contra mi piel, el ritmo suave de las olas adormeciendo mis pensamientos.

La calma se rompe con la llegada del hombre de mi vida, nadando hacia mí.

—¿Nunca vas a dejar de huir de mí? —pregunta, tomándome en brazos y haciendo que mis piernas se entrelacen en su cintura.

—Me gusta que me persigas.

Corrí delante de él cuando salimos de la casa y, luego de quitarme la salida de baño en la arena, me lancé al agua.

Lo vi observándome un rato antes de finalmente venir a buscar lo que le pertenece.

Sus brazos fuertes me envuelven, y sé, por el ritmo de su respiración, que está en su modo depredador, lo que hace que la temperatura de mi sangre se dispare.

Su boca encuentra la mía en un beso apasionado que me deja sin aliento, y yo lo profundizo, perdiéndome en las sensaciones de nuestros cuerpos juntos. Se separa para mirarme, sus ojos brillan. Puedo sentir la energía de su deseo apoderándose por completo de mí.

—Te amo —susurra, apenas unos segundos antes de apartar mi bikini y su short de baño, y luego penetrarme con fuerza.

Nos movemos juntos, perdidos en la pasión, los cuerpos entrelazados dentro del agua, atrapados en nuestro propio universo.

—Yo también te amo, siciliano.

Sus manos me sostienen con firmeza, explorando y poseyendo mi cuerpo, tomándome con hambre.

Él no deja de besarme y nuestros movimientos se sincronizan en una entrega total.

Cuando el clímax nos alcanza al mismo tiempo, no nos separamos.

Carmine sigue susurrándome promesas de amor al oído, mientras yo miro al cielo que esta noche parece un manto estrellado, agradeciendo a la vida por haberme dado tanto.



Lexi



Capítulo 54

Casi un año después

—¿Por qué eres tú quien me está trayendo? ¿Y por qué en auto y no en helicóptero? —pregunto a Lucca, golpeando el piso del vehículo con el pie, nerviosa, y mi cuñado solo sonríe.

—¿Alguien ya te dijo que eres muy ansiosa, *signora* Parisi Trovato?

—¿Y alguien ya te dijo que esa habilidad que tiene tu familia para guardar secretos es desesperante?

—¿No confías en nosotros, Lexi?

—Con toda mi alma.

—Entonces espera la sorpresa. Te va a gustar.

Miro por la ventana y me digo a mí misma que estoy nerviosa sin motivo.

Las sorpresas, cuando vienen de Carmine, siempre son buenas. Juro por Dios que ese hombre trabaja a diario solo para hacerme feliz.

Después de todo lo que pasó con ese loco de Copertino Amato, mi esposo pasó por una fase de paranoia total con nuestra seguridad, pero ahora, luego de tener la certeza de que ya no hay peligro, de que fue arrestado y condenado, poco a poco nuestras vidas han vuelto a la normalidad.

Hace unos tres meses, compró una viña cerca de la de Rafaelle, porque a nuestros hijos les encantó la granja del tío cuando pasaron las vacaciones allí, y a pesar de tener tantas propiedades, mi esposo no poseía nada que se pareciera mínimamente a un entorno rural.

Es hacia allá donde nos dirigimos ahora.

Veo a Lucca mirar la hora en su reloj.

—Muy bien, cuñada, ahora vas a demostrar si de verdad confías en mí. Voy a tener que vendarte los ojos.

—¿Entonces para qué me pediste que viniera maquillada y peinada? Vas a arruinarlo todo.

—Porque ese era el trato. ¿Hiciste lo que te pedí? ¿La mujer esa te puso esa porquería en la cara que supuestamente dura un año?

—Eres un ogro, Lucca, y sí, hice lo que pediste. Estoy usando un maquillaje a prueba de tsunami, incluso. La maquillista me aseguró que durará al menos doce horas. También me echó tanto spray en el cabello que si alguien enciende un encendedor cerca, me convierto en antorcha humana.

—Deja de quejarte y gírate —dice, con una venda en la mano.

—¿De verdad tengo que ponerme eso?

—Sí.

Obedezco y tampoco protesto cuando me ayuda a salir del auto y me guía hacia lo que, estoy segura, es la casa principal de nuestra viña.

Escucho las risas de Giovanna, Allyson, Berlín, Constance y Romy al entrar en la residencia.

Oigo una puerta cerrarse. Poco después, mi cuñado se despide de mí.

Ya resignada, dejo que me quiten la ropa y me vistan de nuevo.

A estas alturas, ya imagino de qué se trata y hago un esfuerzo por no llorar.

Solo cuando me sacan de la casa y escucho sonar la marcha nupcial, me retiran la venda.

Miro a mi alrededor y tengo que llevarme la mano a la boca para contener la emoción.

Nuestra familia (mi enorme y nueva familia) está reunida, esperándonos.

Un camino de flores lleva hasta un altar decorado también con ellas.

Miro a mi esposo y ya no puedo contener las lágrimas cuando lo veo, de pie, junto a mi abuela, hermosa, con un vestido de seda, maquillada y peinada, sujetando de la mano a cada uno de mis hijos.

Barone y Giordano llevan traje y corbata, como dos miniaturas de Carmine.

Me olvido de que las novias deben ser elegantes y corro hacia donde están.

Beso y abrazo a la abuela y a los niños, que gritan emocionados y se cuelgan de mi cuello.

Oigo vagamente risas y aplausos de los invitados, y también a algunos miembros de nuestra familia guiar a la abuela y a los gemelos a sus asientos.

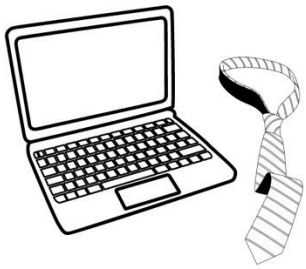
—Me encantó la sorpresa, pero ¿esto significa que no te sentías casado porque no tuvimos fiesta ni ceremonia religiosa antes, esposo?

Él me besa profundamente antes de responder.

—No. No necesito un papel, ni pastel ni champán, ni la bendición de nadie para golpearme el pecho como el bastardo arrogante que soy y gritarle al mundo que eres mía. Pero un día me dijiste que el matrimonio que tuvimos no era el que habías soñado. Jamás voy a darte la oportunidad de mirar hacia atrás y pensar que te faltó algo en la vida, mi Lexi. Cuando estemos viejitos, vas a recordar el pasado y cuánto

fuiste amada por mí. Vas a estar segura de eso y de que cada minuto de nuestro camino valió la pena.





Lexi



Epílogo 1

—¿Cómo te sientes? —pregunta Constance, caminando a mi lado.

Ella y Romy me acompañan del brazo al salir del cementerio. Carmine viene un poco más atrás, acompañado por la abuela y Ginevra.

Aunque sé que mi querida abuela no tiene la menor idea de por qué vinimos hoy, ya que sus momentos de lucidez son casi inexistentes, me pareció importante que todos tuviéramos este cierre.

Mamá falleció ayer, por causas naturales, sin haber vuelto nunca a tener conciencia del mundo que la rodeaba.

En su caso no era Alzheimer ni amnesia, era como si se hubiera encerrado en un lugar al que no dejaba entrar a nadie más.

—No la amaba y, para ser honesta, creo que ella descansa en paz.

—Me encanta lo sincera que eres, Lexi —dice Romy.

—Entre mi madre y yo hubo más momentos amargos que felices. No guardo recuerdos bonitos de mi infancia con ella ni gestos de cariño. Nos unía el lazo de sangre y nada más.

—¿Podemos cambiar de lugar? —Escucho decir a Carmine, y las dos sonríen antes de irse a acompañar a mi abuela y a mi suegra, mientras mi esposo me pasa un brazo por los hombros.

—¿Crees que mi mamá desperdició su vida? —pregunto.

—¿A qué te refieres?

—Fue incapaz de amar a su madre y a su única hija. Nunca conoció a sus nietos, y aquel a quien le entregó todo su amor, no la valoró.

—Lo que pienso es que no existe el desperdicio ni la pérdida de tiempo, sino decisiones. Aun si se enamoró de tu padre, ella no dejó de tener la capacidad de distinguir entre lo correcto y lo que no lo era. Era una mujer adulta. Tampoco creo que estuviera desconectada de la realidad, sino que fue egoísta por elección. Mi madre tiene un dicho: *la siembra es opcional, pero la cosecha es obligatoria*. Tu padre no valía nada, y quizás cuando ella vio quién era realmente, no lo soportó, pero no la considero una víctima inocente de Jaronde. Para mí, eran dos caras de la misma moneda.

—Eres un sabio, *signor* Parisi.

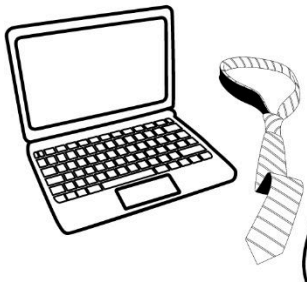
—No. Soy directo, esposa. La mayoría de las veces, lo que digo no es lo que la gente quiere escuchar.

—Amo cada defecto tuyo —lo provoco.

Él me aprieta aún más contra su cuerpo y me da un beso suave en los labios.

—No tengo defectos, mujer. Busca la palabra "perfección" en el diccionario y encontrarás una foto mía.

—Perfecto y modesto —ironizo—, pero sobre todo, el hombre de mi vida.



Carmine



Epílogo 2

Aún faltan algunas horas para que se ponga el sol. El día está caluroso y el cielo, completamente despejado. Tal como imaginaba, veo a Lexi en un bikini rojo caminando por la orilla del mar.

Dejo el saco y la corbata en el auto, igual que los zapatos y los calcetines.

Antes de pisar la arena, me arremango el dobladillo de mis pantalones.

Durante algunos instantes, solo la contemplo desde lejos. Su figura pequeña, con el vientre de seis meses de embarazo perfectamente marcado.

Hermosa. Y más mía de lo que cualquier mujer haya sido de un hombre en este maldito planeta.

Hace un año terminó la universidad y ahora, en “Palabras Dulces”, hay una sección especial dedicada a la venta de primeras ediciones. La librería es un éxito, y Lexi se entrega a ella con el mismo amor con el que hace todo en la vida.

Mandé a los guardaespaldas a vigilarla desde lejos, y ella sabe que no está sola, pero me dijo que necesita estos momentos de paz.

Lexi ama la playa, el olor del mar, y todos los días, sin importar lo agotada que haya terminado en la librería, viene a darse un baño.

La veo acariciarse el vientre mientras, sin saber que la estoy observando, mira fijamente el horizonte.

A pesar de todo el poder que tengo, de los lujos más extravagantes que puede darme el dinero, nada de eso se compara, ni remotamente, con el valor de momentos como este.

Al principio, no entendía por qué le gustaba tanto esa rutina junto al mar. Ahora, se ha convertido en nuestro ritual como pareja.

Ya no necesito poseer nada material. Llegué a la cima de la vida. Todo lo que valoro ahora no tiene precio.

Las risas de mis hijos, los encuentros familiares, el calor del cuerpo de Lexi junto al mío y la certeza de que me ama tanto como yo besaría cada centímetro del suelo que pisa por el mundo.

Camino lentamente hacia ella, observando su silueta recortada contra el sol.

Ella se gira hacia mí y, al verme, sonríe.

Acelero el paso, porque cerca de ella, siempre quiero todo... y muy rápido.

Sin decir una palabra, apoyo las manos sobre el vientre donde crece nuestro tercer hijo, otro varón: Ricci.

—Viniste —dice, y recuerdo haberle dicho algo parecido aquella noche de la fiesta en el castillo, cuando la encontré parada en medio del salón. Fue en ese entonces cuando finalmente admití que Lexi Ciambra, la “chica de la biblioteca”, joven, inocente y con un gusto pésimo para vestirse, me había dejado completamente fascinado.

—¿Y a dónde más iría, mujer? ¿No sabes que mi misión en este mundo es perseguirte? Eres mía, esposa. Ya no hay fecha de vencimiento. Solo nosotros dos, para siempre.


Meryartt

¡FIN!

Asegúrate de leer el bonus del libro 3 de esta serie en la siguiente página.



Bônus



Lucca Parisi Trovato

La protegí como a una hermanita, y desde siempre, Berlín me robó el corazón.

Por primera vez, tenía en mi vida a una mujer que no era de mi familia y a quien amaba.

La observé desde lejos, y cuando una broma universitaria se salió de control y Berlín necesitó mi ayuda, ya no pude contener el deseo de hacerla mía, porque se había convertido en mi obsesión.

PALABRAS DE LA AUTORA

Espero que hayan disfrutado acompañar la historia de amor de Carmine y Lexi.

Yo adoré cada línea que escribí y estoy irremediablemente enamorada de estos sicilianos.

Como habrán notado por el capítulo extra, el próximo libro de la serie será sobre Lucca y Berlín, la hermana de Allyson.

Un beso y hasta la próxima aventura.

D. A. Lemoyne

SOBRE LA AUTORA

D. A. Lemoyne es una autora best seller con más de cien libros publicados en varios idiomas. Desde su debut en 2019, ha creado múltiples sagas exitosas.

Su pasión por los libros nació a los ocho años, cuando su abuela —que vivía en otra ciudad— la llevó a conocer su biblioteca personal, ubicada en una habitación al fondo de su apartamento. Al ver el amor instantáneo de su nieta por la lectura, la señora, que era profesora de Literatura, le regaló toda su colección.

Brasileña de nacimiento, actualmente vive en Carolina del Norte, Estados Unidos, y le encantan las buenas charlas y cocinar para los amigos.

Sus romances son intensos, y los protagonistas masculinos, apasionados. Las heroínas sorprenden por su fortaleza.

Cree en el amor, y leer y escribir son sus más grandes pasiones.

Contacto: dalemoynewriter@gmail.com

---

[1] ¡Muchas gracias!

[2] El Alzheimer es una enfermedad neurodegenerativa progresiva que afecta principalmente la memoria, el pensamiento y el comportamiento. Se caracteriza por la acumulación de placas proteicas anormales en el cerebro, lo que provoca la muerte de las neuronas. Actualmente no existe cura para el Alzheimer, pero existen tratamientos para los síntomas.

[3] Un experto en libros de primeras ediciones es un profesional con un profundo conocimiento de las primeras ediciones de obras escritas. Es capaz de autenticar y evaluar estas obras basándose en diversos criterios, como la calidad de impresión.

[4] Protagonista de “El amor que el siciliano rechazó”.

[5] Los chocolates Blanchard son una marca ficticia de chocolates que han sido propiedad de la familia de Allyson Blanchard, ahora Allyson Blanchard Parisi Trovato, durante generaciones.
[6] Hija de Rafaelle y Allyson, protagonistas de «El amor que el siciliano rechazó». El personaje aparece en la obra mencionada.
[7] Protagonista de “Amor Siciliano”.
[8] “Sí, niña, un castillo”.
[9] "Soy una princesa".
[10] Protagonista de “Amor Siciliano”.
[11] Primo de Carmine y protagonista de “Amor siciliano”.
[12] Vehículo ficticio de Del Motore Automobili, empresa creada para esta serie.
[13] Romy y Constance tendrán sus libros en el futuro.
[14] Sí, hijo. Soy tu mamá.